



TEJIENDO
REDES



FILAC
FONDO PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE



Reactivación con manos de **mujer indígena**

Wellspring
Philanthropic Fund



FORD
FOUNDATION



Tejiendo Redes- Semillas de esperanza y empoderamiento de Mujeres Indígenas

© 2021. MILAC - FILAC

COORDINACIÓN GENERAL

Freddy Mamani Machaca – Presidente Consejo Directivo FILAC

Myrna Cunningham Kain – Vice Presidenta Consejo Directivo FILAC

Juan Pita - Vice Presidente Consejo Directivo FILAC

SUPERVISIÓN GENERAL

Gabriel Muyuy Jacanamejoy - Secretario Técnico FILAC

Amparo Morales - Jefa de Gabinete FILAC

EQUIPO TÉCNICO

Ernesto Marconi – Responsable planificación FILAC

Hortencia Hidalgo- Responsable Mujer Indígena FILAC

Carmen Sotomayor – Monitoreo FILAC

Rocio Condori – Monitoreo FILAC

REPORTAJE

Daymira Barriga - Reportaje

CON EL APOYO

Comunidad aborigen Miyuyoc (Argentina)

Juan Cho Society – JCS (Belice)

Asociación de Pueblos Guaraní Zonal Yaku Igua – APG Yaku Igua (Bolivia)

Comunidad Kawesqar A'tap (Chile)

Corporacion Mujer, Tejer y Saber - MUTESA (Colombia)

Comunidad Tayepa Keneneme (Costa Rica)

Organización de Mujeres Indígenas Campesinas del Ecuador – OMICSE (Ecuador)

Asociación de Desarrollo Comunal Indígena del cantón San Isidro, Panchimalco – ADESCOINSA (El Salvador)

Asociación Femenina para el Desarrollo de Sacatepéquez –AFEDES (Guatemala)

Xijuika SPR de RL (México)

Organización de las Mujeres Indígenas Mayangna del Territorio Mayangna Sauni Arungka-MAYAKAT (Nicaragua)

Red de Mujeres Indígenas sobre Biodiversidad de América Latina y el Caribe - RMIB-LAC -Organización comunitaria: Grupo de Mujeres emprendedoras Galu Duddu, de Dad Nakue Dubbir" (Panamá)

Organización Mujeres Mismos Indígena- OMMI (Paraguay)

Organización de mujeres indígenas Amazónicas Ashaninkas de la selva central -OMIAASEC (Perú)

Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la cuenca Amazónica - COICA y Organización de Mujeres Indígenas de Autana – OMIDA (Regional Amazonía)

EDICIÓN Y DISEÑO GRÁFICO

Oswaldo Calle Quiñonez - Coordinador Comunicación FILAC

Wendy Medina – Unidad de Comunicación FILAC

Enoé Aliaga Flores – Diseño Gráfico

IMAGENES

Archivo proyectos Tejiendo Redes - 2021

DISTRIBUCIÓN

Libre, bajo licencia Creative Commons de

Distribución No Comercial 4.0 Internacional, citando fuente

VERSION DIGITAL EN:

<https://www.filac.org/publicaciones/>

FILAC

20 de Octubre 2287 esq. Rosendo Gutiérrez

filac@filac.org

La Paz, Bolivia

COOPERACIÓN

Esta publicación contó con la cooperación de la Fundación Wellspring y la Fundación FORD



ENTREVISTAS REALIZADAS

Mujeres indígenas ganaderas

Argentina, Hayde Mabel Mendoza

Xtenq'ankil Rochocheb' Laj Kemonel - Strengthening the House of Weavers

Belice, Cristina Coc (Directora Ejecutiva), Timoteo Mesh (Coordinador Pol Inter)

Capacitación en el aprovechamiento responsable e integrado para la elaboración de productos artesanales en cestería con especie vegetal, cajas con especie no maderable para la recolección de mangos en la comunidad Indígena Guaraní de Aguayrenda

Bolivia Evarista Cadencia Ramon Richard Caguay

Revitalización de tejido ancestral Kawesqar en Junquillo c'apàs (Marsippospermum grandiflorum)

Chile, Hayde del Carmen Aguila Caro, Miguel López

Mujeres salvaguardas del conocimiento y tejedoras de procesos: Reactivando generación de Ingresos desde lo propio Y fortaleciendo capacidades en mujeres indígenas migrantes.

Colombia, Maria Clemencia Herrera Nemerayema, Mabel Otalora

Fortalecimiento de las capacidades de producción bajo el sistema ancestral de las fincas de las mujeres productoras de Korbita para la sostenibilidad económica de sus familias.

Costa Rica, Luzmilda Navas Mendez, Dariana Rodríguez Iglesias

Fortalecimiento socio organizativo y productivo de las familias de la Organización de Mujeres Indígenas y Campesinas Sembrando Esperanza –OMICSE- en la provincia de Cotopaxi, Ecuador.

Ecuador, Gladys Yolanda Guaman casillas, Oswaldo Reimundo Chuquitarco Chicaiza

¡Siwatket ulinit!, mujeres en movimiento: red intercomunal de productoras nahuas del pueblo de Panchimalco, El Salvador.

El Salvador, Romilia Jacinto Martínez

“Mujeres mayas tejiendo identidad para el resguardo de sus conocimientos ancestrales desde el arte textil e indumentaria”

Guatemala, María Isabel Granados Turuy, Milvian Aspuij

Vainilla Tuknin de la Huasteca Potosina

México, Saraeth Ramos Pérez, María Antonia Flores Flores, María del Carmen Ramos Pérez

Seguridad alimentaria por el establecimiento de huertos biointensivo manejo y diversificación participativo en 9 comunidades indígenas en el territorio MATUMBAK

Nicaragua, Brenda Miguel Juwith, Gilvio Franc

Mujeres Gunas, liderizando economías familiares en tiempos de pandemia - COVID-19, en la comunidad de Dadnakue Dubbir

Panamá, Florina Lopez Miro, Ilenia Perez

Artes con identidad cultural de las mujeres indígenas de El Estribo

Paraguay, Milner Solano, Lorenza Benitez Vargas

Mejorando la economía y la soberanía alimentaria de la mujer indígena basada en la recuperación de saberes ancestrales en la selva central del Perú

Perú, Hilda Perez Mancori, Ketty Marcelo López

Mujer Uwottuja: Sabiduría y Vida

Región Amazónica, Amelia Conde Conde, Beisy Arana



Índice

7 **Presentación**

9 **Reactivación económica con manos de mujer**





Presentación

La revista Reactivación con Manos de Mujer, editada por el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC), retrata el desarrollo y resultados de 15 proyectos comunitarios autosostenibles, ejecutados entre agosto y octubre de 2021 por mujeres indígenas de la región.

En su desarrollo, los reportajes recogen no solo la perspectiva de las organizaciones que presentaron y desarrollaron los proyectos sino, y esto es lo importante, de las beneficiarias, de mujeres que dan cuenta del aporte concreto para sus vidas y para su economía familiar de cada dólar invertido.

El FILAC tiene como objetivo general apoyar los procesos de desarrollo con identidad de los pueblos, comunidades y organizaciones indígenas de América Latina y el Caribe.

Es en este contexto que creó el fondo concursable Tejiendo Redes, con fondos donados por Wellspring Philanthropic Fund y Ford Foundation, con el propósito de inyectar recursos a proyectos de mujeres indígenas, con miras a la reactivación económica posconfinamiento por la COVID-19.

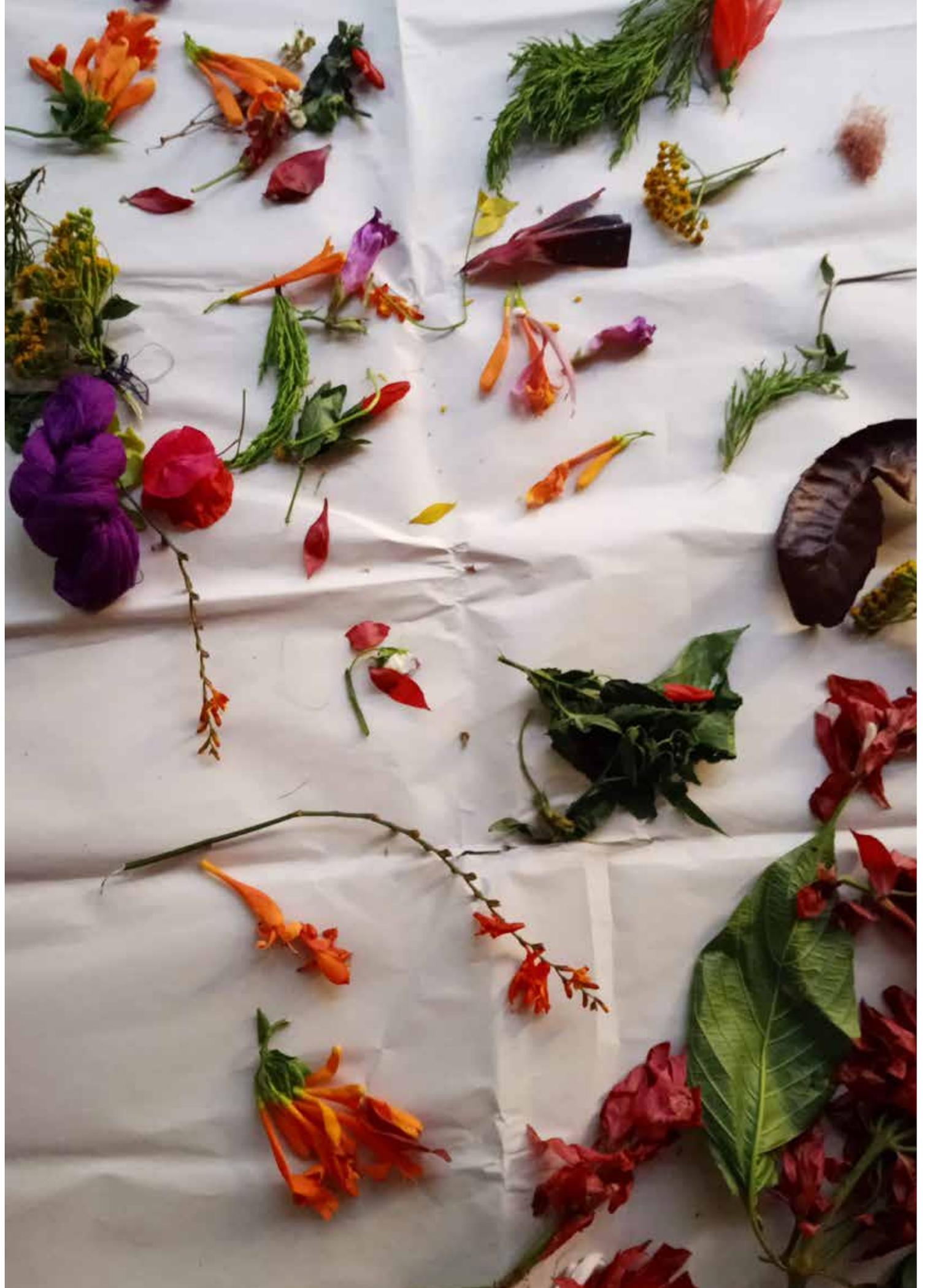
¿Por qué el FILAC eligió a las mujeres? Porque ellas son las que llevan la carga más pesada durante esta pandemia y porque este organismo considera que serán ellas quienes apoyen e impulsen los procesos de recuperación económica.

Los resultados muestran que con pequeñas donaciones –8 mil dólares estadounidenses por proyecto– se puede fortalecer el desarrollo propio con identidad y en armonía con la naturaleza; la autogestión indígena, el diálogo intercultural e intergeneracional, la revalorización de prácticas, conocimientos y saberes indígenas, prácticas, técnicas y tecnologías de cuidado de la Madre Tierra y, sobre todo, el empoderamiento femenino.

Los 15 proyectos, uno por cada país miembro del FILAC, beneficiaron de forma directa a 1.719 mujeres indígenas: 5 en Argentina, 47 en Belice, 28 en Bolivia, 11 en Chile, 24 en Colombia, 15 en Costa Rica, 1.187 en Ecuador, 100 en El Salvador, 64 en Guatemala, 50 en México, 20 en Nicaragua, 20 en Panamá, 60 en Paraguay, 65 en Perú y 23 en la Región Amazónica, aunque si se toma en cuenta a sus familias, podrían pasar de 8 mil.

Las mujeres pertenecen a 22 Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe: Omacagua (Argentina), Mopán Maya y Q'eqchi Maya (Belice), Guaraní (Bolivia), Kawésqar (Chile), Uitto, Kankuamo, Wayuu, Inga, Pijao y Nasa (Colombia), Bribri (Costa Rica), Panzaleo (Ecuador), Nahua (El Salvador), Kaqchikel (Guatemala), Nahua y Teenek (México), Mayangna (Nicaragua), Guna (Panamá), Enxet Sur (Paraguay), Asháninka (Perú) y Uwottuja (Región Amazónica).

Les invitamos a leer en las siguientes páginas las 15 motivadoras historias de éxito, esfuerzo y compromiso.



Reactivación económica con manos de mujer indígena

Ser mujer e indígena en tiempos de la pandemia del COVID-19 es un desafío. Este grupo de mujeres, ya muy golpeadas por el fenómeno de la pobreza, se enfrenta al deterioro de sus condiciones de vida debido a la pérdida de empleos, la falta de espacio de venta y la caída de los niveles de producción, ya sea de las artesanías, producción agrícola y otros emprendimientos.

Según un informe de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 2020), las brechas de pobreza entre población indígena y no indígena son bastante grandes. En ese mismo informe se afirma que en Panamá el índice de pobreza indígena es seis veces más alto que el de no indígenas, mientras que en Brasil donde la pobreza entre los pueblos indígenas triplica la del resto de la población.

En la misma dirección, el informe “Derechos de las mujeres indígenas. A 25 años de Beijing”, preparado por el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC, 2021) afirma que la pobreza de las mujeres indígenas es una referencia directa al impacto desproporcionado de un sistema que las ha marginalizado, de la esfera económica, social, política, y las ha caracterizado desde una identidad empobrecida y victimista.

En ese escenario, el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y

el Caribe (FILAC), desarrolló el “Fondo concursable Tejiendo Redes” para apoyar procesos comunitarios de reactivación económica impulsados por mujeres indígenas mediante pequeñas donaciones destinadas a fortalecer las iniciativas de desarrollo propio.

Con un capital semilla de 120 mil dólares aportados por la Fundación Wellspring y la Fundación Ford, el proyecto arrancó su trabajo destinando recursos al apoyo de iniciativas de mujeres de organizaciones, comunidades y pueblos indígenas de 15 países de América Latina.

Cada uno de los proyectos beneficiarios del fondo recibió, en calidad de donación, hasta \$US 8.000.

Las beneficiarias del fondo fueron organizaciones de mujeres indígenas de 15 países de la región, que tuvieran una iniciativa colectiva en marcha y que, como efecto de la pandemia del COVID19, la organización precise apoyos que permitan la reactivación de ingresos a las familias indígenas. Las organizaciones beneficiarias podían estar asentadas tanto en áreas rurales como en áreas urbanas. Todos los proyectos fueron ejecutados entre agosto y octubre de 2021.

Valen la pena soñar y trabajar

A su conclusión, el Fondo rotativo tejiendo redes” dejó mejores resultados a los esperados, llenando de satisfacción a las beneficiarias, a



los impulsores, los ejecutores y los también a los financiadores del proyecto.

“Con estos proyectos de las mujeres indígenas sentimos fuerza, sentimos orgullo, orgullo por la identidad de todas estas mujeres que han trabajado, esperanza, sentimos confianza, sentimos solidaridad, pero también enorme capacidad de resiliencia. En estos proyectos vemos las enormes capacidades de las mujeres indígenas, con los recursos que recibieron”, señaló la vicepresidenta del Consejo Directivo del FILAC, Myrna Cunningham.

Pero Cunningham, al igual que otros, considera que ahora el desafío es sostener el acompañamiento y al mismo tiempo lograr que los recursos recibidos se multipliquen de modo que en el futuro haya más mujeres beneficiadas.

Por otro lado, los resultados obtenidos mostraron que con el acompañamiento se fortaleció la capacidad de acción de las organizaciones de mujeres indígenas, y también el diálogo intergeneracional, un elemento considerado fundamental, no solo para innovar, sino también para potenciar la resiliencia de los pueblos.

“Esto nos demuestra que vale la pena seguir soñando, seguir trabajando”, comenta Cunningham, aunque agrega que tanto para el FILAC, como para los otros involucrados en el proyecto, quedó claro que “si los recursos no van acompañados de respeto, de un proceso de

acompañamiento cuidadoso, de un proceso de montarnos sobre lo que ya están haciendo las compañeras, (el proyecto) no funciona”.

Resaltó que este tipo de acompañamiento definitivamente nos permite seguir avanzando en el ejercicio y reconocimiento de los derechos individuales y colectivos de nuestros pueblos y particularmente de las mujeres.

Oportuno para paliar los impactos de COVID 19

Los resultados obtenidos por el proyecto fueron destacados por Gaby Ore, representante de la Fundación Wellspring, una de las financiadoras del proyecto, por el carácter esperanzador y multiplicador de los Fondos.

En una evaluación realizada el día del cierre del proyecto, Ore calificó al fondo como 1) una respuesta y esencial destinada a paliar los impactos de la pandemia de la COVID-19, 2) destacable por la mirada holística e integral que es una marca de FILAC en los proyectos, la misma que fortalece la capacidad de resiliencia económica de las mujeres y a la vez apoya la construcción de liderazgos, capacidades y participación; y 3) proyectos que conllevan además de la generación de ingresos, la recuperación de conocimientos, el diálogo intergeneracional, la recuperación de sistemas tradicionales de producción, todo acompañado de espacios de diálogo y empoderamiento de las mujeres.

15 proyectos innovadores

Las 15 iniciativas apoyadas por el FILAC están relacionadas al desarrollo económico con identidad cultural, en ellas las relacionadas a la soberanía alimentaria (producción agroecológica, recolección, caza y pesca sustentables, comercialización en circuitos cortos), arte con identidad cultural, medicina tradicional o cosmética natural y turismo comunitario.

Proyectos relacionados a jóvenes y desarrollo indígena:

1. ¡Siwatket ulinit!, Mujeres en movimiento: Red intercomunal de productoras nahuas del pueblo de Panchimalco (El Salvador).
2. Fortalecimiento de las capacidades de producción bajo el sistema ancestral de las fincas de las mujeres productoras de Korbita para la sostenibilidad económica de sus familias, comunidad Tayepe (Costa Rica).
3. Seguridad alimentaria por el establecimiento de huertos biointensivo manejo y diversificación participativo en 9 comunidades indígenas en el territorio Matumbak Mayakat (Nicaragua).
4. Artes con identidad cultural de las mujeres indígenas de El Estribo OMMI (Paraguay).
5. Vainilla Tuknin de la Huasteca Potosina, Xijuika (México).
6. Xtenq'ankil Rochocheb' Laj Kemonel - Strengthening the House of Weavers (Belice)
7. Mejorando la economía y la soberanía alimentaria de la mujer indígena basada en la recuperación de saberes ancestrales en la selva central del OMIASEC (Perú).
8. Aprovechamiento responsable e integrado para la elaboración de productos artesanales en cestería con especie vegetal, cajas con especie no maderable para la recolección de mangos en la comunidad Indígena Guaraní de Aguayrenda APG – Yaku-Igua (Bolivia).
9. Revitalización de tejido ancestral Kawesqar en Junquillo c'apàs (Marsippospermum grandiflorum), Comunidad A'tap (Chile).
10. Mujeres mayas tejiendo identidad para el resguardo de sus conocimientos ancestrales desde el arte textil e indumentaria" AFEDES (Guatemala).



**Soberanía alimentaria y desarrollo con identidad
para el empoderamiento de la mujer indígena**

11. Mujeres salvaguardas del conocimiento y tejedoras de procesos: Reactivando generación de Ingresos desde lo propio y fortaleciendo capacidades en mujeres indígenas migrantes. MUTESA (Colombia).

12. Mujeres Gunas, liderizando economías familiares en tiempos de pandemia - COVID-19, en la comunidad de Dadnakue Dubbir - REDMI LAB (Panamá).

13. Fortalecimiento socio organizativo y productivo de las familias de la Organización de Mujeres Indígenas y Campesinas Sembrando Esperanza –OMICSE- en la provincia de Cotopaxi, OMICSE (Ecuador).

14. Mujeres indígenas ganaderas Comunidad Aborigen Miyuyoc (Argentina).

15. Mujer Uwottuja: Sabiduría y Vida, OMIDA (Región Amazónica).



Omacagua





Nueva tropa de **llamas** renueva perspectivas de ganaderas Miyuyoc

El uso de los mismos machos reproductores aumenta la consanguinidad en el ganado, lo que influye negativamente en el vigor y la salud de las crías, reduce su tasa de natalidad, aumenta la mortalidad y la frecuencia de los defectos de origen genético. El problema es más agudo cuando el hato es pequeño, de ahí la necesidad de “refrescar la sangre”, sumando cada cierto tiempo nuevos individuos.

El proyecto Mujeres Indígenas Ganaderas, ejecutado en la Comunidad Aborígen de Miyuyoc, Argentina, ataca justamente esta dificultad detectada en las “tamas” o rebaños de llamas domésticas de cinco criadoras. La mejora fue una de las 15 ideas seleccionadas por el fondo concursable Tejiendo Redes una iniciativa del FILAC y recibió un financiamiento de 8.000 dólares estadounidenses donados por las fundaciones Wellspring y Ford.

La comunidad de Miyuyoc se encuentra en la quebrada de Humahuaca, de la provincia de Jujuy, y cuenta con unas 39 familias que pertenecen al pueblo indígena Omaguaca, que es reconocido como tal por el Estado argentino.

Las cinco beneficiarias aprovechan la lana de estos camélidos para elaborar artesanías y su car-

ne, cuyo consumo repuntó por la crisis ocasionada por la COVID-19 tanto dentro como fuera de la comunidad.

Mabel Mendoza, presidenta de la organización, explica que compraron 39 hembras y seis añachos, como se nombra en Jujuy a los machos destinados a la reproducción. La compra de la pequeña tropa no fue al azar. Un experto en zootecnia del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) capacitó a las cinco mujeres a través de la plataforma Zoom en genética, en las características que deben tener los sementales, la alimentación que debe recibir la tropa y su manejo.

“El ingeniero nos recomendó un machito. Hemos sido más estrictas a la hora de buscar, pues el machito es el que define, ya sea para carne o lana”.

El 92 % de los 8 mil dólares que recibió la comunidad fue invertido en la compra de los 45 animales.

“Hemos sido más estrictas a la hora de buscar, pues el machito es el que define, ya sea para carne o lana”.

Mabel Mendoza

Expectativas

En las reuniones de socialización y planificación del proyecto, unas pidieron machos para mejorar la lana de los camélidos y otras apuntaron a la calidad de su carne.

Irma Cruz, de 43 años, y Regina Cruz, de 58, se encuentran en el



Una de las reuniones de socialización del proyecto efectuada en agosto.

primer grupo y sus expectativas son altas, aunque para recibir el beneficio tendrán que esperar a que los machos cumplan los tres años. Los machos reproductores son utilizados para fecundar a las hembras —empadre— a partir de los tres años.

“Nos dieron ocho hembritas y un añacho. Las llamitas son de un año y medio, y recién en dos o tres años vamos a tener reproducción”, dice Irma.

Su hogar lo conforman su esposo y un hijo, y ella está a cargo del cuidado de la tama familiar. “Hace pocos años que me compré seis llamitas de la comunidad, son poquitas, eran para autoconsumo nomás; nos vino bien el proyecto”.

La criadora tiene hoy una tropilla de 20 animales y espera duplicar esa cantidad en unos tres años, cuando los sementales comiencen su actividad reproductora.

Para quien no lo sepa, las hembras tienen una cría una vez al año y si lo que se aprovecha es su lana, la esquila también es anual.

“Yo aprovecho la fibra, el hilo, los tejidos. Por acá hay mucho turismo, nos va muy bien la artesanía”. Ella teje prendas de vestir, adornos y también hila la lana y la vende. “Esto lo hago sola, por eso pienso ahorrar y comprarme algunas máquinas para hilar”.

Con la incorporación de los nueve camélidos, Irma confía en reactivar su actividad económica principal, ya que los añachos proporcionados por el proyecto tienen una fibra de calidad superior a la de las llamas de su comunidad.

“Voy a tener una fibra más lisa, porque las llamas acá no tienen muchas hebras y las prendas de vestir salen un poquito más ásperas. Ahora voy a tener una fibra de calidad y voy a hacer prendas más finas para el turismo”.

Regina vive con su esposo y cinco de sus ocho hijos. Ella cría llamas desde los 17 años, actividad a la que se dedica hace más de cuatro décadas.

“Yo tengo máquina, hilo la lana y vendo el hilo. También tejo, guantes, gorros... Hago todo tipo de tejidos a mano”.

El kilo del hilo lo vende en 1.000 pesos argentinos (casi 10 dólares), pero por cada prenda de vestir puede recibir hasta 3.000 (unos 30 dólares). “Te conviene hacer la prenda a vender por kilo”. Con el refrescamiento de su hato, ella espera que aumente la cantidad y la calidad de la fibra, de modo que no tenga que salir a buscarla en otras comunidades.

Aprendizajes

Las dos ganaderas reconocen que su participación en el proyecto les dejó varias ense-

**Nombre del proyecto**

Mujeres Indígenas Ganaderas Miyuyoc

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria

Organización proponente y sigla

Comunidad Aborigen Miyuyoc

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiadas

Cinco familias

Resultados

- Adquisición de 39 hembras y seis llamas macho para la reproducción
- Intercambio de conocimientos con la zootecnia occidental
- Introducción del pasto llorón en la comunidad Miyuyoc
- Capacitación en genética, cuidados y alimentación de los hatos de camélidos

Ficha técnica



ñanzas. La primera de ellas es la capacitación en genética para poder, a futuro, elegir por sí mismas los animales y así renovar su ganado y qué características deben tener los camélidos, hembras y machos, si lo que se quiere es mejorar su fibra o si lo que se busca es aprovechar su carne.

También recibieron información sobre el manejo de la reproducción para evitar que los machos preñen a sus descendientes.

“El ingeniero del INTA nos dijo que hay que cambiar a los machos una vez cada dos años. Nosotros hacíamos cruzar dentro de la misma tropa”, cuenta Mabel Mendoza. Esto no implica necesariamente volver a comprarlos, ya que los añachos pueden ser intercambiados entre las cinco beneficiarias, pero si fuera el caso tienen que adquirirlos de otro lugar para evitar la consanguinidad.

Los nueve animales que recibieron las mujeres, al ser de mejor calidad y potreros, no están acostumbrados a alimentarse de las pasturas silvestres. “No son como los que teníamos, que están acostumbrados a ir a pastar al cerro, por eso les estamos dando alfa (alfalfa)”, sostiene Irma.



Los omaguacas y la influencia kolla

Hoy, las 44 comunidades que se consideran parte del pueblo omaguaca residen en la quebrada de Humahuaca, situada en la provincia de Jujuy, al noreste de Argentina; 38 comunidades habitan espacios rurales y seis, espacios urbanos.

Según el Censo de 2001, unas 10.500 personas declararon que pertenecían a este pueblo, pero la Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas (ECPI) 2004-2005,

develó que solo 1.553 eran descendientes de primera generación de los omaguacas; de ellos, 1.374 vivían en Jujuy.

Durante el incario su territorio fue invadido por los quechuas, por lo que hasta la fecha están fuertemente influenciados por la cultura quechua.

En los últimos años, los omaguacas han ido diferenciándose del pueblo kolla y reafirmado su identidad.

Por ello, el ingeniero en zootecnia del INTA les recomendó sembrar el pasto llorón, que es un tipo de pasto perenne, autóctono del sureste de África, que tiene alta tolerancia al frío y resistencia a heladas, soporta las sequías típicas de la puna jujeña y es apto para zonas montañosas.

“Compramos las semillas y vamos a probar con eso en el invierno (de 2022). Las vamos a poner en los rastros. Vamos a mejorar la ali-

mentación de las llamitas con el pasto llorón”. Entre las actividades realizadas como parte del proyecto, las cinco ganaderas recibieron una charla sobre empoderamiento y liderazgo. Sin embargo, tanto Irma como Regina admiten que no recuerdan muy bien lo tratado.

“Un poco entendí, en un taller por Zoom sí nos hablaron de eso, pero nosotras poco estamos entendiendo”, dice Irma “Se ha hablado, pero no me acuerdo”, agrega Regina.



En perspectiva, lo aprendido durante el tiempo de ejecución del proyecto puede ser compartido con el resto de las familias de la comunidad Mu-yuyoc. Es decir, los reproductores pueden ser intercambiados para mejorar la genética de los camélidos locales y se puede sustituir el pasto silvestre por el pasto llorón para su alimentación. Esta posibilidad está abierta.

“Primero nos fortaleceremos nosotras y una vez fortalecidas daremos la oportunidad a la comunidad”.

“Las llamas de acá no tienen muchas hebras y las prendas salen ásperas. Ahora voy a tener una fibra de calidad y voy a hacer prendas más finas”.

Irma Cruz

Tropiezos

El proyecto culminó el 28 de octubre, pero tropezó con el retraso en el traspaso del dinero, atribuible al banco de Jujuy al que se hizo el depósito. Esto iba a ocasionar un efecto en cadena. Por ello, las cinco mujeres comenzaron a ejecutar las actividades previas a la compra y conjuraron la demora. “Nos reunimos en dos ocasiones para ver cómo iba a ser todo el trabajo, buscar precios, contacto con el INTA y también la capacitación con el ingeniero”. Así, cuando el banco liberó los fondos, el camino ya estaba allanado.



Maya





Bordando identidad, mujeres q'eqchi y mopán se proyectan como 'startup'

“Bordar es una puerta abierta para mostrar nuestra identidad cultural. Nos permite decir quiénes somos y de dónde venimos, nos ayuda a preservar nuestra historia y nuestra cultura”.

Las palabras de Hermelinda Mis, una de las mujeres que participó del proyecto Xtenq'an-kil Rochocheb'Laj Kemonel-Strengthening The House of Weavers (Fortalecimiento de la Casa de Tejedoras, en español), resume el objetivo de este proyecto ejecutado por Julian Cho Society (JCS) en Belice.

Julian Cho, mopán maya nacido en el distrito de Toledo de ese país, fue un defensor de los derechos de los pueblos indígenas.

El proyecto –cofinanciado por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC– capacitó a 47 mujeres de los pueblos indígenas Mopán Maya y Q'eqchi Maya en el patronaje, corte, costura y bordado con motivos mayas de blusas y camisas de varón.

“Nuestros productos no son solo para generar dinero, también son afirmaciones. Afirmamos que venimos desde muy lejos, que no nos vamos a rendir, que las mujeres no pueden ser dejadas atrás y que su rol en el sistema económico debe ser reconocido”, apunta Hermelinda.

“El proyecto ha tenido un impacto más grande del que pensamos. Estamos planificando que nuestros productos se vendan en el exterior”.

Hermelinda Mis

Los mopanes habitaban parte de la zona central de Belice, pero en los siglos XVIII y XIX fueron expulsados por los colonizadores británicos que fundaron la Honduras Británica y retornaron gradualmente a partir de 1886.

Los q'eqchis son originarios de la región guatemalteca de Verapaz, los que emigraron a Belice a finales de 1800 después de perder sus tierras y la libertad, arrebatadas por productores alemanes de café.

Belice es el país más pequeño de Centroamérica, con 22.966 km² de superficie y una población de 410 mil personas, de las que el 11% son mayas. Se convirtió en colonia británica en 1962 y es el último país de la subregión en lograr su independencia (1981); tiene por lengua oficial el inglés.

'Startup'

“El proyecto ha tenido un impacto más grande del que pensamos. Estamos planificando que nuestros productos no solo se vendan nacionalmente, sino en el exterior”, expresa la joven, quien es producto de fruto de la mezcla entre q'eqchis, alemanes y latinos.

“Tenemos planeado sumar todos nuestros recursos, buscar patrocinadores para hacer un negocio de 'startup' para nuestros diseños



Un grupo de participantes muestra a la cámara los blusones de varón con sello maya.

y bordados. Queremos llamarle Diseños Rosa Blanca”, agrega.

Una “startup” es una empresa emergente con grandes posibilidades de crecimiento, que hace uso intensivo de la tecnología y comercializa sus productos o servicios a través de las plataformas digitales.

El perfil del proyecto Fortalecimiento de la Casa de Tejedoras, presentado por la organización no gubernamental JCS, fue uno de los 15 seleccionados por el fondo concursable Tejiendo Redes y recibió un financiamiento de 8.000 dólares estadounidenses donados por las fundaciones Wellspring y Ford.

JCS —ONG comprometida con los derechos de los pueblos indígenas del distrito Toledo, al sur de Belice, a través de programas que promueven la educación, la justicia y el desarrollo sostenible— puso una contraparte de 8.706 dólares y las aldeas de los cinco grupos de mujeres, un monto de 8.726 dólares.

Del total de las 47 beneficiarias, ocho pertenecen al pueblo Mopán Maya y nacieron en el pueblo de San José, y 39 al Q’eqchi Maya asentado en los poblados de Laguna, Medina Bank, Otoxha y Santa Teresa.

Los principales impactos del proyecto, según la ONG, son el empoderamiento de las mujeres, el intercambio de conocimientos entre ellas y

sus comunidades, y la transmisión de saberes de abuelas a hijas y nietas.

Resultados

La JCS se planteó capacitar a 30 mujeres de Medina Bank, Otoxha y San José en el corte y confección de blusones y camisas de hombres, aunque al final la cantidad se redujo a 27.

Las 27 participantes aprendieron en cuatro sesiones —de siete horas cada una— a tomar medidas, elaborar patrones, cortar la tela y unirla usando máquinas de coser reacondicionadas.

“Las mujeres que aprendieron costura tienen la intención de usar sus conocimientos para ayudar a sus familias y niños en sus escuelas cosiendo sus uniformes, y practicar su costura hasta que alcance un estándar comercial, después de lo cual esperan crear productos mayas únicos para la venta”, dice Timoteo Mesh, coordinador de Política Internacional de JCS.

Las que no participaron de los talleres eran abuelas a las que ya les fallaba la vista, pero estuvieron presentes en las capacitaciones “observando y guiando”.

Sus hijas o nietas tomaron sus puestos, pero, como no eran integrantes oficiales de los grupos, no fueron registradas como tales. “En realidad tuvimos mucho más de 27 personas capacitadas, estimamos que hubo cerca de



Nombre del proyecto

Xtenq'ankil Rochocheb'Laj Kemonel-Strengthening The House of Weavers (Fortalecimiento de la Casa de Tejedoras, en español)

Tipo de proyecto

Arte con identidad cultural; costura y tejido mopán y q'eqchi

Organización proponente

Julian Cho Society (JCS)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Contraparte

JCS puso una contraparte de 8.706 dólares y las aldeas de los cinco grupos de mujeres beneficiadas, 8.726 dólares.

Beneficiadas

47 mujeres y sus familias

Resultados

27 mujeres capacitadas en el corte y confección de blusones, y camisas de hombres.

20 mujeres capacitadas en los bordados mopán y q'eqchi

Empoderamiento de las participantes.
Prevención de la violencia de género

Resultados no previstos

- Intercambio intergeneracional de conocimientos
- Fortalecimiento del orgullo de ser mayas
- Fortalecimiento del sentido comunidad de los grupos de mujeres

40. La transmisión de ese conocimiento, el orgullo que tenían las abuelas de ver a sus hijas y nietas reemplazarlas y aprender en las capacitaciones fue muy impresionante”. De las 20 mujeres de las aldeas Laguna y Santa Teresa que se inscribieron en el programa de bordado con patrones mayas, 19 lograron completar los cursos.

“El bordado incluye glifos mayas que simbolizan la continuidad de las tradiciones y valores de la vida maya, estos valores y forma de vida fueron compartidos con el grupo de mujeres y las integrantes lo compartieron dentro de sus propios círculos sociales”, apunta Mesh. El tiempo de capacitación también fue de cuatro días, con una carga horaria de 28 horas.

En todas las sesiones, los facilitadores dividieron los grupos y las tareas se hicieron en parejas para asegurar que haya más práctica y seguimiento directo en cada sesión.

Transformación

El producto final de los talleres de costura fue confeccionar una camisa de manga larga en parejas.

En la primera sesión, las mujeres —divididas en tres grupos— aprendieron los conceptos básicos, a tomar medidas, a usar las máquinas de coser y a realizar mantenimiento.

Después, trasladaron estas habilidades al papel. Los resultados de la primera jornada fueron un patrón de camisa sobre papel y la tarea de hacer en casa cortes en papel y tela.

En la segunda sesión fueron capacitadas en ensamblar las piezas y en conocer las mejores técnicas para hacerlo; al final, se les dio material y una tarea en pareja para hacer cortes y coser una prenda.

“Se les entregó dos máquinas por grupo, entonces tuvieron que crear un sistema de rotación para poder cumplir las sesiones y las tareas para la casa”.

En la tercera, el capacitador revisó el trabajo y les dio más material para confeccionar otra prenda. En la cuarta, se les dio una charla so-

“El bordado incluye glifos mayas que simbolizan la continuidad de las tradiciones y valores de la vida maya”.

Timoteo Mesh



bre cómo mejorar la calidad de la costura.

En cuanto a las bordadoras, se las dividió en dos grupos y en la primera sesión les entregaron los kits de bordado, les enseñaron las técnicas básicas y se propició un intercambio de ideas sobre el significado de los colores y de cada glifo bordado. Los glifos son letras y símbolos de la escritura maya.

Después aprendieron a hacer bordados del pueblo Mopán —conocido por su habilidad de bordado en tela— y Q'eqchi. Respecto de los últimos, Hermelinda comenta que básicamente se usaron los que representan la espiral, que significa la continuación de la vida, lo que le da identidad al producto.

Además, los cinco grupos elaboraron una camisa y la obsequiaron a alcaldes o líderes locales para que las usen en actos oficiales fuera de la comunidad. Así, las autoridades se convirtieron en una suerte de embajadores del trabajo de las 47 participantes.

Dificultades

Entre los contratiempos con los que tropezó el proyecto, Mesh menciona que la restricción al desplazamiento y a las reuniones, medida preventiva adoptada por el gobierno para frenar la expansión de la pandemia, obligaron a posponer algunas de las capacitaciones.

El segundo problema fue la dificultad de adquirir máquinas de coser, debido a que el Gobierno dio prioridad a la importación de medicinas e insumos de bioseguridad.

Aunque en el mercado había máquinas eléctricas, no todas las aldeas tienen este servicio básico. JCS buscó máquinas manuales que fueron reparadas y acondicionadas para poner en marcha el proyecto. “Logramos localizar dentro de las comunidades máquinas, en

algunos casos no había mucha necesidad de compostura”.

El tercero fue la falta de tiempo de las participantes, quienes además de asistir a los talleres, estaban ocupadas con sus familias y, sobre todo, con sus hijos y sus clases virtuales, además de sus tareas agrícolas.

Aprendizajes

La Casa de las Tejedoras fue un espacio para que las mujeres compartan conocimientos, fortalezas, retos y el trabajo que hacen las organizaciones mayas en el ámbito nacional, sostiene el gerente del proyecto.

Los grupos no solo hablaron de costura, sino del cambio climático y de la reducción de las emisiones de CO2 impulsada por el Gobierno, cruzada en la que comunidades mayas participan activamente.

La actividad también permitió el fortalecimiento del orgullo de ser mayas. “Las mujeres se enorgullecen de saber que sus bordados son un reflejo de ellas mismas como una nación que ha continuado viviendo durante generaciones”, prueba de ello es que añadieron bordados mayas a su ropa, a sus kuxtals (bolsos) y a los barbijos.



La capacitadora enseña las técnicas de corte (izq.) y bordado (der.)

Los tres pueblos mayas de Belice

Los mayas q'eqchi', mopán y yucatecos, según el último censo del año 2010, representaban el 11% de la población de Belice; de los cuales 17.409 son mayas q'eqchi', 10.557 mayas mopán y 2.869 mayas yucatecos.

Los mopanes habitaban en parte de la zona central de Belice, pero en los siglos XVIII y XIX fueron expulsados por los colonizadores británicos que fundaron

la Honduras Británica y que apelaron al incendio de los poblados indígenas para lograr ese propósito. Esta colonia fue disuelta en 1981.

Los q'eqchis son originarios de la región guatemalteca de Verapaz, los que emigraron a Belice a finales de 1800 después de perder sus tierras y la libertad que les fue arrebatada por productores alemanes de café.

“La simbología del bordado ha permitido que las mujeres mayores de los grupos puedan comenzar a compartir sus conocimientos con las más jóvenes. Los símbolos actuaron como un catalizador para la conversación sobre cómo las mujeres han sido parte esencial de las comunidades mayas a lo largo de los años y continúan siéndolo. Los colores del bordado permitieron conversar sobre los elementos importantes de la cultura maya y cuán conectados están los pueblos indígenas con la naturaleza”, sostiene la ONG.

Estas reflexiones no se quedaron dentro de los grupos, sino que se extendieron a sus familias y círculos más próximos, y posibilitaron el fortalecimiento de lazos entre los miembros de los grupos reforzando su sentido de comunidad.

En los talleres también se abordó la violencia de género. “Hemos podido conectarnos, reflejar y debatir nuestras ideas sobre qué y cómo podemos percibirnos como mujeres. Lo que me ha gustado de este proyecto es que ha abierto la oportunidad para que mujeres se junten en ambientes donde puedan expresarse y analizar los límites culturales que enfrentan y

cómo estos cambian a través de las generaciones”, cuenta Hermelinda.

“No me gusta la idea de retratar a las mujeres como víctimas, pues podemos ser mucho más que eso. Esto fue lo que sucedió en nuestro grupo; escuchamos varios testimonios e historias de mujeres que atravesaron situaciones difíciles de discriminación y violencia, pero rescato que han podido aumentar su autoestima, confianza y valentía para decir: ¡Basta! Cuando hablamos de la violencia hacia la mujer, intentamos representar que esto no nos detiene, que somos iguales a los hombres (...) y que somos fuertes mentalmente (...)”.

Las participantes —dice Mesh— decidieron fortalecer los grupos y avanzar hacia una nueva fase, con talleres en los que eleven la calidad de sus bordados y de la confección de prendas con motivos mayas.

“Podemos usar nuestra cultura, nuestros diseños, nuestros símbolos para generar una marca —recalca Hermelinda— que se pueda vender, promover y que también exprese que nosotras las mujeres somos capaces y podemos trabajar”.



Guaraní





El rescate de la cestería, una oportunidad para las **mujeres de Aguayrenda** ante la COVID-19

Aguayrenda, que no tiene más de 400 habitantes, es una comunidad guaraní situada en el Chaco boliviano que rescató del olvido la cestería de cañahueca. La recuperación de conocimientos y técnicas es una fuente de ingresos para las mujeres y una oportunidad de reactivación de la economía familiar, arruinada por la pandemia.

“Antes, por lo menos, lavaba ropa, ahora ni eso se encuentra”, lamenta Yeni Cavero, de 47 años, quien vive con su esposo y dos de las cinco hijas que dio a luz.

La Comunidad Indígena Aguayrenda se encuentra en el municipio de Yacuiba, es miembro de la Asociación del Pueblo Guaraní de la Zona Yaru-Igua, la que a la vez es parte de la Asamblea del Pueblo Guaraní (APG) de Bolivia.

El rescate de la cestería a base de esta planta de tallos huecos fue posible gracias al proyecto: Aprovechamiento Responsable e Integrado para la Elaboración de Productos Artesanales en Cestería con Especie Vegetal, Cajas con Especie no Maderable para la Recolección de Mango.

“Hay personas que saben elaborar cestería, las que por circunstancias de la vida fallecen y si no rescata-

mos esos conocimientos, se van perdiendo”, explica Richard Caguay, responsable de educación y cultura de la APG Yaru-Igua.

El perfil de este proyecto fue uno de los 15 seleccionados por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC, que canalizó para su ejecución 8.000 dólares estadounidenses donados por las fundaciones Ford y Wellspring.

El rescate fue uno de los objetivos del proyecto que culminó con la capacitación de 28 mujeres, de un total de 30 que en agosto de 2021 iniciaron este recorrido.

El segundo fue la reactivación económica de las indígenas a través de la capacitación en el aprovechamiento responsable e integrado de los recursos no maderables, que se logró mediante la siembra de un millar de plantines de cedro y lapacho amarillo —especies maderables— en las quebradas, que servirán de barrera natural para proteger las fuentes de agua y detener la erosión.

“Hemos recuperado conocimientos de nuestras abuelas en cestería y las mujeres tienen una fuente más de ingresos, una actividad más”.

Yeni cuenta que en Aguayrenda solo tres mujeres, entre las que se contaba ella, sabían hacer ca-

“Hemos recuperado conocimientos de nuestras abuelas en cestería y las mujeres tienen una fuente más de ingresos”.

Richard Caguay



Tres mujeres deshebran y afinan las cañahuecas en el taller.

nastos con la cañahueca. “Pero yo no lo hacía bien”, confiesa.

Pese a ello logró colocar en Santa Cruz y en Yacuiba sus cestas que se entregan los jueves de Comadres y Compadres, previos al Carnaval boliviano, y las de cumpleaños.

Consciente de que tenía que perfeccionar sus habilidades, decidió participar en el proyecto. “Entré a los talleres para aprender más, para captar más, entendí más de esto; cuando una hace mejor los trabajos, puede vender más”.

Resultados y actividades

La APG Yaru-Igua se propuso cuatro resultados previos que logró alcanzar, salvo la deserción de dos beneficiarias quienes abandonaron por problemas de índole personal.

Así, 28 mujeres fueron capacitadas en el buen aprovechamiento de especies vegetales no maderables, elaboración de productos artesanales —canastas y cajas de madera—, cuidado de los recursos naturales y reforestación de áreas en peligro de erosión.

Cada una de las participantes elaboró 10 cestas: tres pequeñas, tres medianas, dos grandes con asas y dos para Comadres, además de cajas para transportar mangos y maíz, las que fueron exhibidas en una feria artesanal productiva y gastronómica efectuada el 20 de octubre.

En la bitácora de trabajo del proyecto figuran 10 actividades. La primera fue la socialización con la comunidad, que se hizo al aire libre y en una pausa de la cosecha de maíz ante el temor al contagio masivo con el nuevo coronavirus, y la contratación de artesanos de la comunidad para la capacitación.

Como segundo paso, las beneficiarias aprendieron en el terreno cómo identificar las especies vegetales aprovechables y cómo extraer y acopiar la materia.

“Hay tres o cuatro clases de bejucos y entre estos solo uno sirve, que es blanco. Solamente hay que aprender a diferenciarlos porque algunos se parecen”.

El proyecto tropezó acá con una de sus primeras dificultades: las cañahuecas de la comunidad estaban muy tiernas y aún no podían ser recolectadas.

Por ello, optaron por buscar la materia prima en una comunidad vecina, situada a tres kilómetros. “Se tardaba mediodía para ir a traer. Era lejitos y pesado para las mujeres”. Para salvar este contratiempo, la organización decidió apoyar el transporte con un vehículo.

Posteriormente, en la cancha de una escuela se desarrollaron talleres de capacitación teórica sobre lo visto en el trabajo de campo

Una parte de las participantes posa para una foto grupal exhibiendo sus canastos; cada una elaboró una decena.



Nombre del proyecto

Aprovechamiento Responsable e Integrado para la Elaboración de Productos Artesanales en Cestería con Especie Vegetal, Cajas con Especie no Maderable para la Recolección de Mangos en la Comunidad Indígena Guaraní de Aguayrenda

Tipo de proyecto

Artesanía con identidad, elaboración de cestas y cajas para cosecha y comercialización, aprovechamiento, biodiversidad, recolección, reforestación y cuidado del agua

Organización proponente

Asociación del Pueblo Guaraní de la Zona APG YAKU-IGUA

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiadas

28 mujeres y sus familias

Resultados obtenidos

- 28 mujeres capacitadas en el buen aprovechamiento de especies vegetales no maderables, elaboración de productos artesanales y cuidado de los recursos naturales
- 28 mujeres capacitadas para el cuidado de los recursos naturales y la reforestación de áreas identificadas en peligro de erosión.
- 28 mujeres han mostrado sus productos artesanales en una feria artesanal gastronómica



y luego las beneficiarias, de diversas edades y estado civil, hicieron sus primeras prácticas.

Más adelante, las mujeres recibieron materiales de escritorio para tomar notas, kits de bioseguridad y herramientas para el deshebrado de las cañahuecas y el afinado de las hebras, paso previo al armado y tejido de las cestas.

Además de los insumos de bioseguridad, ellas recibieron una charla sobre los conocimientos ancestrales para prevenir y reducir los malestares asociados con la COVID-19 e información sobre la medicina occidental.

Otro de los problemas detectados en esta etapa fueron las dificultades de las mujeres para asistir de forma presencial y continua a los talleres de capacitación, debido a sus tareas agrícolas y del hogar, así que se optó por hacer un seguimiento domiciliario a sus avances.

Superadas las dificultades, se siguió con la tala del laurel —especie maderable no comercial— para fabricar las cajas destinadas al transporte de fruta durante la cosecha, el corte de la madera y su transporte, y el armado, además de la contratación de un técnico forestal, quien fue el encargado de capacitar a las participantes en el cuidado del medio ambiente en las áreas que se encuentran erosionadas y están próximas a las fuentes de agua, y sugirió con qué especies reforestarlas.



Los plantines de cedro y lapacho amarillo fueron provistos por el Servicio Nacional de Áreas Protegidas; sin embargo, la falta de lluvias retrasó la reforestación al punto que el trasplante se hizo con el sistema de riego artesanal de goteo en botellas recicladas de gaseosas.

“Por suerte, a los dos días ha comenzado a llover y ha llovido bastante”.

Los avances del proyecto fueron compartidos en el muro de Facebook de la APG Yaru-Igua y las comunidades comenzaron a demandarlos. “Hay mucha demanda por las canastas, pero no les hemos dejado vender porque ellas tienen que exponer sus trabajos en la feria. No queremos todavía lanzar a la venta hasta concluir el proyecto”, sostuvo en octubre la dirigente Evarista Cadencia, capitana grande de esta organización.

Emprendedora

Yeni Cavero se declara contenta con lo aprendido, que le servirá —dice— para salir adelante en medio de la profunda crisis socioeconómica que ocasiona la pandemia en las familias indígenas.

Además de la cestería, ella y su esposo tienen un terreno que cultivan juntos. “Más que todo siembro verdura, tengo esa entradita que me ayuda a solventar mi casa”.

Sin embargo, participar de este proyecto no fue fácil. “Mi esposo y mis dos niñas se van a la escuela, yo madrugaba para atender mi huerto hasta las 10.00, me ponía a cocinar a la 11.00 para ir a los talleres”.

La cestería le da —calcula— un ingreso extra de al menos 600 bolivianos al mes, cantidad que aunque no representa ni un tercio de los 2.164 bolivianos del salario mínimo nacional, es mucho mejor que los ingresos cercanos a cero que antes tenía.

La docena de canastas pequeñas en las que las familias colocan las golosinas con las que se agasaja a los niños las vende en 60 bolivianos; la docena de los cestas para Comadres y Compadres las coloca entre 60 y 120 bolivianos, todo depende del tamaño. Una canasta con asas para colocar 50 unidades de mangos puede llegar a costar hasta 80 bolivianos, pero “la gente no compra porque son un poco caritos”.

Este emprendimiento es personal, aunque su esposo le apoya trayendo la materia prima. Sus hijas, que le ayudaban de pequeñas, ya no quieren hacerlo.

Una de ellas participó también del proyecto de Tejiendo Redes. “Ojalá ponga interés. Antes de que terminen los talleres le dije: ‘Saquemos a la venta, hagamos canastas para vender y salgamos adelante’”.

Cajas de madera de laurel que son usadas para enviar frutas y otros productos a los mercados.



En el último período intercensal, la población guaraní decreció

Los expertos creen que la causa de la reducción de la población guaraní en Bolivia es consecuencia de los procesos de migración y expulsión de la población rural a los centros urbanos. Lo cierto es que en el período intercensal 2001-2012, la cantidad se redujo de 81.011 a 58.990 personas, 22.207 habitantes menos, lo que equivale al 27,33 %.

Este pueblo indígena está asentado en la región del Chaco, que atraviesa 16 municipios de los departamentos de Santa Cruz, Chuquisaca y Tarija. En Bolivia hay 320 comunidades —una de estas es Aguayrenda, fundada en 1773 por un misionero católico— que se organizan en 21 capitanías. Aguayrenda, se encuentra en el Cantón de El Palmar, Gran Chaco.

Yeni también descarta la fabricación de las cajas para el transporte de la fruta y el maíz a los mercados, no solo porque el plástico reemplazó a este artículo, sino porque se necesita una inversión adicional.

“Tenemos que tener una motosierra, pagar al carpintero o al artesano para que corte la madera en tablones y en piezas, quizá poniendo un poco de dinero. Te compran las cajas, pero no es suficiente”.

¿Qué hace falta para llegar a otros mercados? Su respuesta es clara: que las autoridades locales y regionales se involucren y promocionen sus productos en diferentes escenarios del ámbito nacional.

“Debemos tener la conciencia de reponer. Si corto un árbol, tengo que reponer dos: el que he cortado y regalarle uno a la naturaleza”.

Richard Caguay

Lecciones y retos

Las 28 mujeres que culminaron el proceso de capacitación tomaron conciencia —sostiene Caguay— del aprovechamiento sustentable de los recursos naturales y del cuidado de las fuentes de agua.

“Debemos tener la conciencia de reforestar o reponer. Si corto un árbol, tengo que reponer dos: el que he cortado y regalarle uno a la naturaleza”.

En cuanto a los retos, Caguay apunta a replicar el proyecto, esta vez de forma autogestionaria, en las demás comunidades de la APG y seguir canalizando recursos para beneficio de las mujeres y las comunidades de la nación guaraní.



Kawésqar



Cestos y joyería de junquillo, legado, presente y futuro de las 'nómadas del mar'

Las kawésqar no solo tejen preciosos canastos, aretes y collares, y otros artículos más contemporáneos. Sus hábiles manos transforman el junquillo, materia prima esencial para este pueblo indígena canoero, asentado en la región de Magallanes, y en cada pieza se entrelazan sus saberes, su cosmovisión y sus memorias, en particular las del exterminio.

El c'apas, como nombran en su idioma a esta fibra vegetal, crece libre en las extensas turberas de la región más austral de Chile; es parte de un legado milenario, pero también es presente y futuro, coinciden Cecilia del Carmen y Leticia Caro.

Ambas representan a dos de las 10 familias beneficiadas con el proyecto Revitalización del Tejido Ancestral Kawésqar en Junquillo C'apas (*Marcippospermum grandiflorum*), ejecutado en Punta Arenas por la organización comunidad indígena A'tap.

Esta organización calificó al fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC, canalizador de una donación de las fundaciones Wellspring y Ford a través de su programa Mujer Indígena.

El proyecto, que concluyó con éxito el 29 de octubre de 2021, tuvo el objetivo de promover el

conocimiento y la revalorización de la cultura kawésqar a través de capacitaciones teóricas y prácticas de recolección, tratamiento y tejido de esta planta para continuar prácticas ancestrales, lograr su comercialización y dar una oportunidad a mujeres y jóvenes de este pueblo de desarrollar una actividad económica ligada a la cultura.

Oficialmente este pueblo tiene 3.448 habitantes, aunque la CEPAL (2017) asegura que su población no supera los 1.200 habitantes, y se encuentra en riesgo de extinción debido al genocidio perpetrado desde 1877 en adelante.

Leticia, de 47 años, madre de dos hijos y abuela de tres nietos, es una técnica en enfermería, quien eligió retornar a la economía comunitaria y renunció a su trabajo en un hospital.

Ella ya sabía tejer el junquillo con el que fabricaba canastos, pero desconocía el proceso de creación de joyas con barbas de ballena, conchas y otros elementos presentes en la naturaleza, y necesitaba una actualización en las técnicas.

“La cestería ya no es solamente canastos, podemos convertirla en parte de nuestra economía y retornar a la esencia, a la conexión con nuestros ancestros, porque el tejido nos conecta con ellos, con

“Podemos convertir la cestería en parte de nuestra economía y retornar a la esencia, a la conexión con nuestros ancestros”.

Leticia Caro



los antiguos. La opción es que esta fibra vegetal vuelva a ser parte importante en nuestra economía y, por supuesto, replicar este conocimiento entre los miembros de la comunidad”.

“Lo que estamos haciendo es retornar a nuestra economía y claro que tiene una finalidad económica, porque hoy en día no solamente vamos a vivir del c’as —trueque o intercambio—; esto va de la mano con qué parte de nuestra comunidad trabaja con turistas y nosotros podemos apoyar con nuestros trabajos”.

Cecilia del Carmen tiene 50 años y su familia la componen su esposo y sus tres hijos. “Soy artesana, pero generalmente hago el trabajo a pedido, porque la gente no compra ni valora lo que uno hace”, dice.

Ella también sabía tejer canastos, pero se dedicaba a hacer cajas con la curtiembre de la piel de los pescados y las barbas de ballena, y ayudaba a su esposo en la fabricación de puntas de flecha con los huesos del gigante marino.

“Al junquillo lo encontraba sucio para trabajarlo” porque sus fibras siempre aparecían regadas por el suelo de la vivienda familiar. Pero esta percepción cambió gracias al proyecto. “Me entusiasmé hartito, hartito, ahora me encanta trabajarlo”.

Cecilia cuenta que le encantó hacer su primer canasto con esta fibra extraída de su terreno,

que lo llenó de piedritas y erizos como un amuleto de la abundancia.

En los talleres aprendió a hacer aplicaciones para las joyas kawésqar y esta actividad sedujo a toda su familia, que se involucró en todas las fases de este proceso.

“Yo hago todo el tejido de junquillo, le pongo las aplicaciones y mi marido elabora las partes más finas; lo que a mí me cuesta él lo realiza, las retoca, trabajamos en conjunto”.

“Si nosotros pudiéramos vivir de esto, nos dedicaríamos cien por ciento”.

Resultados

En el proyecto —financiado con 8.000 dólares— participaron grupos familiares de la comunidad Kawésqar, asentada en la isla Dawson, y un miembro artesano de la comunidad Yagan: Patricio Chihuey.

En esta región austral habitaban cuatro pueblos canoeros: Aonikenk, Kawésqar, Yagán y Selknam, este último pueblo originario busca recuperar su territorio.

La A'tap cumplió los cuatro resultados previstos en el proyecto y, además, alcanzó metas que no estaban previstas.

Así logró fortalecer o revitalizar el conocimiento ancestral del tejido de esta especie de



Una de las aprendices luce un par de aros elaborados por sus manos.



Nombre del proyecto

Revitalización del Tejido Ancestral Kawésqar en Junquillo C'apàs

Tipo de proyecto

Artesanía con identidad

Objetivo

Recuperación del conocimiento y promoción artesanía kawésqar

Organización proponente

Comunidad Indígena A'tap

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Beneficiarias

Directas, 11 mujeres indígenas

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Resultados

- Se cumplió con el proceso de traspaso de conocimiento teórico-práctico a 11 familias respecto a técnicas de tejido ancestral kawésqar, elaboración de artículos además de juntar a todas las generaciones.
- El 100 % de las participantes ya conocen dónde pueden conseguir junquillo para elaborar de manera independiente, segura y armoniosa con el medio ambiente sus propios artículos.
- El intercambio cultural con un artesano del pueblo yagan permitió a los participantes conocer las diferencias en cestería, idioma, territorio ancestral y cosmovisión de ambos pueblos australes.
- Se realizó una muestra fotográfica, abierta a todo el público, y venta de artículos elaborados en un liceo de la ciudad de Punta Arenas. Con lo aprendido los y las participantes desarrollaron sus capacidades para la elaboración de artículos utilizando elementos como platería, piedras, cueros y huesos, entre otros insumos.

juncácea y cumplir con el traspaso de conocimiento teórico-práctico de las técnicas de tejido, recolección de la planta y elaboración de canastos, joyería y otros artículos.

“El primer objetivo se cumplió. Además de lograr juntar a todas las generaciones del pueblo Kawésqar de las distintas comunidades, se dio la oportunidad de contar con la presencia de uno de los ancianos considerados Tesoro Humano Vivo. Esto no estaba previsto, solo se fue dando”, dice Miguel López, asesor de A'tap.

La comunidad kawésqar de Puerto Edén, de 15 personas, entre las que se encontraban los últimos 13 hablantes de la lengua originaria, la mayoría de los cuales tenía más de 65 años, fue reconocida por el Estado chileno en 2009 como Tesoro Humano Vivo, con la mira puesta en rescatar su lengua antes de que fallezcan sus últimos hablantes y garantizar la transmisión cultural a las nuevas generaciones.

Además, se realizó un encuentro e intercambio cultural entre los miembros de tres de los pueblos indígenas que habitaban la región de Magallanes: los kawésqar, el facilitador del pueblo yagán y el pueblo selknam, que hizo un viaje para reconocer su territorio ancestral.

“El tejido da para la conversación, hablamos sobre el territorio, de quiénes somos y a dónde vamos, fue enriquecedor”, comenta Hayde del Carmen Águila, representante de A'tap.

“Con los selkman fue un encuentro emocionante. Era la primera vez que pisaban la región, ya

El proceso del tejido de canastos en sus diferentes etapas.



Al borde de la extinción

Según el Censo de 2017, el pueblo de Kawésqar representa el 0,16 % de la población indígena de Chile, con 3.448 personas (39,9 % reside en la región de Magallanes y 24,1 %, en la región Metropolitana). Su territorio se extendía entre el Golfo de Penas y el Estrecho de Magallanes. Hasta mediados del siglo XX eran nómadas que recorrían en canoas los canales australes, de ahí el nombre de canoeros y de “nómadas del mar”. Actualmente, viven en Puerto Edén y en

las ciudades de Puerto Natales y Punta Arenas. Fue uno de los pueblos del sur de Chile víctimas del exterminio, según el Informe de la Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas (2003). Este pueblo tomó contacto con los europeos en 1546, durante el siglo XVII su territorio fue invadido por balleneros y loberos europeos y de Estados Unidos. A mediados de 1871 comenzó la exhibición de indígenas vivos en los zoológicos humanos europeos.

que sus antepasados fueron, en algunos casos, exhibidos en Europa como zoológico humano, fueron expulsados, cazados y perseguidos”, apunta López.

También se logró que el 80 % de los y las aprendices se desenvuelvan de forma segura y armoniosa con la naturaleza en los procesos de colección y tratamiento de junquillo, y puedan elaborar de manera independiente sus propios artículos.

“Lo importante es saber cuándo ir a sacar, cuando está soltando las semillas, por ejemplo, no hay que ir. Hay muchos turbales que están muy lejos, pero la distancia se acorta con un poco de plata y locomoción para ir a buscarla”, sostiene Leticia.

A esto se suma la meta de que al menos el 50 % de las y los participantes conozcan y sepan diferenciar el tejido ancestral del pue-

blo Yagán. El intercambio cultural con Patricio Chihuey les permitió a los participantes conocer las diferencias en cestería, idioma, territorio ancestral y cosmovisión, es decir, enriquecer sus conocimientos y aprender nuevas formas de tejido.

Otro resultado no previsto es que los talleres se convirtieron en un espacio de sanación y el tejido también sirvió de terapia ocupacional para las familias agobiadas por el encierro y para quienes se estaban recuperando de la COVID-19.

“Lo que pasa es que el tejido es parte de sanación, de salud; el tejido es conectarse, fortalecer, nos reúne y nos sana, es como la medicina intercultural, así como lo es la navegación”, dice Leticia.

El proyecto culminó con una muestra fotográfica, en la que las y los descendientes de este



En la clase, cuatro participantes comienzan a tejer la base de los canastos e individuales.

pueblo mostraron lo que pueden hacer con el junquillo, esto los llevó a desarrollar su creatividad y a elaborar artículos utilizando platería, piedras, cuero, huesos, barbas de ballena, entre otros insumos, para darle su sello personal y agregar valor a cada pieza salida de sus manos.

Como parte de las actividades no previstas, se entregó a las familias kits donados de prevención de enfermedades de transmisión sexual y del sida, lo que dio pie para hablar de un tema considerado tabú. También se entregaron diccionarios y cuentos kawésqar donados por la estatal Corporación de Desarrollo, que se sumó al proyecto.

Problemas

Sin embargo, para cumplir las metas trazadas, A'tap tuvo que enfrentar dificultades y buscar soluciones en el camino. La principal, que retrasó el inicio de las actividades, fue que el banco de Chile en el que el fondo Tejiendo Redes depositó el dinero, demoró un mes en pasarlo a la cuenta de la comunidad. Para liberar los fondos, la organización hizo gestiones ante el gerente de la entidad bancaria.

“Eso hizo que nos retrasemos bastante porque además de la recolección, el junquillo necesita un tratamiento de oreo y secado”. Para resolver este problema, la organización efectuó una salida a los juncales para recolectar de forma particular las plantas y así contar

“El tejido da para la conversación, hablamos sobre el territorio, de quiénes somos y a dónde vamos, fue enriquecedor”.

Haydé del Carmen Águila

con el material para los primeros cursos. Así, el 24 y 25 de septiembre se realizaron dos primeras clases presenciales, en las que la presidenta de la A'tap les enseñó los puntos básicos.

Debido a las restricciones por la pandemia de la COVID-19 se hizo complicado adquirir algunos insumos, aunque para remontar esta dificultad hicieron cotizaciones por internet y compraron insumos en la ciudad de Punta Arenas.

Además, las empresas comenzaron a cobrar un seguro antirrobo por el transporte de encomiendas, por lo que se hizo poco menos que imposible comprar insumos de plata en Santiago y trasladarlos a Punta Arenas. La solución vino de las manos de los selknam, quienes compraron y trasladaron los insumos.

El Ministerio de Cultura, que se había comprometido a facilitar un ambiente para la exposición fotográfica de los trabajos realizados y difundir la actividad, no cumplió con sus ofrecimientos. Así, la A'tap hizo gestiones y consiguió un ambiente en un colegio.

“El ministerio lo único que ofrecía era un museo que tiene conflicto con los pueblos originarios, porque es un museo de quienes asesinaron a los pueblos originarios. La gente que participó del proyecto no quería estar exponiendo en un museo de los masacradores de su pueblo”, afirma López.



Un detalle de cómo se comienza a tejer el c'apas, que abunda en los turbales de la región de Magallanes.

Transmisión intergeneracional. Una niña enseña a la cámara el junquillo que colectó.



Sin embargo, tanto Cecilia del Carmen como Leticia, sobrinas por línea materna de Hayde Águila, hacen hincapié en dos problemas: la dificultad para exigir un precio justo por su trabajo y el significado del arte de tejer y, sobre todo, la falta de mercado.

Un canasto mediano, por ejemplo, cuesta 30 mil pesos chilenos (casi 38 dólares estadounidenses), un collar podría costar 15 mil (casi 19 dólares), y un juego de aros y collar unos 25 mil (unos 31 dólares), dice Leticia.

Al ser los kawésqar un pueblo indígena en riesgo de extinción, por lo general, sus productos “son bien cotizados”, todo depende de dónde se sitúe para venderlos, apunta.

Además, la producción no está dirigida solo a los turistas, sino sirve para concientizar a la población en general de que existen otras culturas. De ahí la dificultad de la beneficiaria de ponerle un precio alto a sus piezas.

“Hayde —quien impartió parte de los talleres— dice que hay que darle el valor a la ceremonia

de recolección, valorizar el tiempo que toma ir a recolectar junquillo, una no lo hace en dos horas, se requieren por lo menos seis; el tiempo de secado, que toma algunos días, y el tiempo de tejido, que son horas o días”, según el proyecto.

“Eso es lo que fui a aprender allí, ahora tengo que procesarlo todavía, porque a mí me cuesta un poco ponerle precio, ya que mi espíritu de comerciante es un poco apegado al intercambio”.

Cecilia es menos optimista debido a la experiencia negativa de su pasado reciente. “Cuando se trata de vender, la gente dice: ‘No, muy caro’ o regatea, porque asegura que no vale su precio. Y esta percepción fue refrendada en la muestra en las que puso a la venta las joyas que elaboró en el proyecto, hermosas piezas únicas.

“Ahora tengo que abrirme un mercado y todavía no sé cómo hacerlo. Los artesanos de la región son como un grupo, ya tienen su clientela. Eso nos faltó un poquito en el proyecto: cómo entrar al mercado, cuáles son los pasos”.



Una niña aprende de sus mayores los puntos básicos del tejido kawésqar.

Con los alicates y la materia prima para joyería que recibió del proyecto, Cecilia continúa produciendo piezas para el adorno personal, pero necesita venderlas para volver a comprar los materiales. “La idea no es que yo me quede con todo esto, ni que saque de mi bolsillo. La idea es que el dinero que vaya saliendo de las cosas que uno va vendiendo”.

Retos

La A'tap identificó cuatro retos que superar: organizarse para participar en ferias locales y vender la producción, realizar nuevos talleres de tejido, publicitar el arte con identidad kawésqar y gestionar la inscripción de los participantes en el Registro Nacional de Artesanos de Chile.

Sin embargo, para quebrar barreras y encontrar compradores más allá de Punta Arenas, Cecilia tiene en mente incursionar en el comercio electrónico.

“Creo que voy a tener que hacerme una página en el Facebook para vender, porque lo que hacemos no te lo valoran acá. La idea es ir trabajando más en mis joyas, en mis tarjetas, en mi logo. Ahora ya entrego por lo menos mi tarjeta y allí salen mi correo y mi teléfono”.

Leticia opina que es necesaria una segunda fase del proyecto para aprender los puntos más difíciles, en los que no pudieron profundizar.

Ellas sueñan en grande. “Dentro de mi ser pienso que como la fi-

bra vegetal es biodegradable, debemos cuidar el territorio y estamos en este proceso de cambio climático. ¿Por qué no podríamos crear bolsas de junquillo, biodegradables y reutilizables, y también que sean parte de una economía propia? Yo creo que ahí se estaría salvando a más de uno”.

Debido al interés despertado entre las familias participantes, la A'tap ya planificó una segunda fase para consolidar la elaboración de canastos y objetos de adorno personal como una opción de desarrollo y revitalización cultural. “Nuestra gente quedó fascinada, ahora vamos con un segundo taller de forma autogestionada para que ellos aprendan otra clase de puntos”, anuncia su presidenta.

La participación de Leticia y Cecilia en el proyecto implicó una redistribución de las tareas del hogar. “Siempre es un problema cuando una sale a hacer algo distinto, pero la verdad es que yo asistí con mis pequeños al taller porque la reconexión cultural no solamente es mía, es de todos. La recuperación de las economías dentro de las comunidades es tarea de todos y todos están insertos en otros planos, entonces para armonizar aquello se requiere de una organización familiar y comunitaria fuertes”.

“A mí —apunta Cecilia— me cuesta mucho hacer cosas así, tengo un hijo que tiene 12 años y él tiene síndrome de Down (hay temporadas que pasa en el hospital) Entonces, cuando le dije que quería hacer este curso de junquillo a mi esposo, él me apoyó”.

“La gente que participó del proyecto no quería estar exponiendo en un museo de los masacradores de su pueblo”.

Miguel López



Uitoto, Kankuamo, Wayuu,
Inga, Pijao y Nasa



Sabores de la selva, una esperanza para las indígenas desplazadas en Colombia

Los helados elaborados con la pulpa de los exóticos frutos de la Amazonia y de otros pisos ecológicos de Colombia — que se comercializan con la marca de paletas artesanales Rozi— son una esperanza de vida digna para miles de indígenas desplazadas de sus territorios con sus familias por la violencia armada en Colombia y el despojo de sus tierras. Ellas ensanchan los cordones de pobreza de las principales ciudades de ese país.

Rozi significa “tiempo de heladas que llega a Amazonia” y también “la cura contra la vejez”, dice Clemencia Herrera, directora y representante legal de la Corporación Cultural Ecológica, Mujer, Tejer y Saberes (MUTESA).

El objetivo de este proyecto y de las actividades que despliega esta organización desde hace 17 años es claro. “No queremos que las mujeres (expulsadas de sus territorios o forzadas a huir para preservar su vida) sigan mendigando en las calles con sus hijos. Lo otro es que nuestras mujeres, desde sus propios conocimientos y sabiduría, sean emprendedoras, que vayan formando empresas, pero aprovechando los recursos que hay en nuestros territorios”.

Desplazamientos

Según el Censo de Población de 2018, Colombia tiene 115 pue-

blos indígenas y su población es ligeramente superior a los 1,9 millones de personas, el 4,4 % del total nacional.

La Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados (ACNUR) calcula que al menos 3 millones de personas se encuentran en situación de desplazamiento en este país, de los que aproximadamente 70 mil son indígenas.

“Entre las principales causas se encuentran las disputas territoriales entre grupos armados, las amenazas contra la vida y la integridad física, la invasión de los territorios despojados por cultivos legales e ilegales, y el uso de sus territorios para la explotación de recursos como minería e hidrocarburos”, agrega.

Este es el contexto en el que nace el proyecto Mujeres Salvaguardas del Conocimiento y Tejedoras de Procesos: Reactivando Generación de Ingresos desde lo Propio y Fortaleciendo Capacidades en Mujeres Indígenas en Situación de Desplazamiento en la Ciudad de Bogotá D.C., seleccionado por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC.

La entidad ejecutora fue MUTESA, que logró capacitar a 24 indígenas —dos más que las 22 previstas de inicio— de los pueblos Uitoto, Kankuamo, Wayuu, Inga, Pijao y Nasa; a los talleres se su-

“No queremos que las mujeres (expulsadas o forzadas a huir para preservar su vida) sigan mendigando en las calles con sus hijos”.

Clemencia Herrera



Dos mujeres durante el procesamiento de las frutas para su transformación en paletas.

maron cuatro varones, que también adquirieron estos conocimientos.

Sin embargo, las beneficiarias no son solo 24 mujeres ni 28 personas (contando a los hombres), sino sus familias. La materia prima es comprada a las mujeres que se quedaron en sus comunidades, por lo que se calcula que entre beneficiadas directas e indirectas llegan a sumar 60 familias.

MUTESA es una organización que trabaja en el empoderamiento de las indígenas, desarrollo de liderazgos y su participación efectiva en los espacios de toma de decisiones, formándolas en iniciativas productivas con identidad y cultura para la generación de ingresos a partir de los conocimientos tradicionales y la economía propia, en comunidad con la naturaleza.

“Cuando se habla de la economía propia, es de los productos que nos da la naturaleza en nuestros territorios”, añade Herrera.

Desde hace 17 años, esta organización sin fines de lucro lleva a cabo diferentes actividades y ha posicionado un centro de artes, artesanías, diseño, gastronomía tradicional, educación para adultos, una tienda agroecológica, entre otros.

Sabores exóticos

El proyecto —cuyo objetivo fue fortalecer el tejido social y comunitario de 22 mujeres en

situación de desplazamiento en Bogotá para promover, resguardar y fortalecer saberes en economías propias, medios de vida y liderazgos indígenas— recibió 8.000 dólares donados por las fundaciones Wellspring y Ford.

Las frutas amazónicas escogidas para transformarlas en helados son la uva caimaron, el copoazú, el chontaduro amazónico, la higuaraya, las cerezas silvestres, el azaí y el camucamu. Todas tienen un alto nivel nutritivo por las proteínas y vitaminas que contienen.

El chontaduro es uno de los alimentos tradicionales de la Amazonia, da frutos dos veces al año, es fundamental de la alimentación de los pueblos indígenas y es muy nutritivo; la higuaraya es la fruta de un cactus del desierto de la Guajira, territorio del pueblo Wayuu, suele consumirse en jugos y es muy dulce, tanto que no hay necesidad de agregarle azúcar al jugo.

Las cerezas silvestres crecen al sur de la Guajira y es la base fundamental de la alimentación de los wayuu; se cosecha una vez al año y su jugo es rico en proteínas; el jugo de la uva cairoma o uva salvaje tiene propiedades curativas, ya que fortalece las defensas y limpia los riñones.

El fruto del copoazú, por otra parte, tiene lípidos insaturados y fibra que ayuda a preservar el buen funcionamiento del sistema cardiovascular, mientras el camucamu contiene vitamina C, debido a lo cual mejora el sistema inmunitario,



Nombre del proyecto

Mujeres Salvaguardas del Conocimiento y Tejedoras de Procesos: Reactivando Generación de Ingresos desde lo Propio y Fortaleciendo Capacidades en Mujeres Indígenas en Situación de Desplazamiento en la Ciudad de Bogotá

Organización proponente

Corporación Cultural Ecológica, Mujer, Tejer y Saberes (MUTESA)

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria; elaboración y promoción de paletas de frutos amazónicos

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

Directas, 24 mujeres indígenas. Se calcula que los beneficiarios indirectos son 60 familias, tanto desplazadas como las que se quedaron en sus territorios

Resultados

- 24 mujeres y cuatro hombres capacitados en la manipulación, conservación y elaboración de helados
- Fortalecimiento de su autonomía económica
- Intercambio intergeneracional e intercultural de conocimientos
- Uso de plataformas digitales, como YouTube, para visualizar los productos
- Recetario de helados y calendario de cosecha de los frutos utilizados
- Plan de saneamiento básico de las instalaciones donde se procesa el alimento, manual para el cálculo de costos
- Manual de Procedimientos y Manipulación y Conservación de Alimentos y Normas de Bioseguridad, entre otros
- Diseño de estructura de contenido de la página web de MUTESA, con la cual se podrá visibilizar los proyectos y promocionar los productos elaborados por las mujeres de la red



tiene efectos antiinflamatorios, mejora el perfil lipídico y ayuda a una correcta cicatrización.

Además de este plus, el proyecto garantiza que en la cosecha no se arrancará los frutos de árboles o matas, sino que se coleccionarán los que se hubieran desprendido de forma natural para no dañar a la Madre Tierra. “Este es el valor cultural que se está colocando a este producto”, destaca MUTESA.

“Durante las capacitaciones y teniendo el primer encuentro nacional, mujeres de varios pueblos indígenas dieron un aporte de sus territorios, es decir, no solo trabajamos con frutas amazónicas, sino de otras regiones”, explica.

Para cumplir sus objetivos, la corporación planeó nueve actividades: un primer encuentro con las 22 mujeres indígenas en la ciudad de Bogotá, que se aplazó varias veces debido a la pandemia; talleres virtuales para la elaboración de manuales y procedimientos en manipulación de alimentos y normas de bioseguridad; talleres de capacitación teórico-prácticos en manipulación de alimentos, conservación de las frutas y de su pulpa, producción de las paletas, refrigeración, manejo de las máquinas despulpadora y la de hacer las paletas.

Posteriormente, las participantes recibieron una explicación detallada respecto al cálculo de los costos para ponerle un precio a su producto y manejo de una empresa gastronómica, el marketing gastronómico y el uso de plataformas digitales como Instagram.



Participantes y capacitadores prueban el sabor de sus paletas.

Los facilitadores también explicaron el proceso de congelamiento, los ingredientes que deben llevar los productos e hicieron sugerencias sobre el empaque.

Durante los encuentros, representantes indígenas ofrecieron diversos testimonios acerca cómo la violencia terminó por expulsarlas de sus territorios; con este material, MUTESA hizo un microdocumental audiovisual titulado: Mujeres Salvaguardas del Conocimiento y Tejedoras de Procesos, y abrió un canal de YouTube. (<https://www.youtube.com/watch?v=T8vUrmCpPfc>)

También se programó una reunión con un funcionario del Instituto Nacional de Vigilancia de Medicamentos y Alimentos (INVIMA) para conocer los requisitos de obtención del registro sanitario para la producción de helados y se contrató a un ingeniero de alimentos con el fin de iniciar los trabajos necesarios para cumplirlos.

Sin embargo, el trámite no fue concluido, ya que por el volumen de la producción la actividad ingresó en la categoría artesanal. “El registro INVIMA por el momento no es necesario, ya que vamos a manejar el producto de manera artesanal, el cual se puede ofrecer en tiendas, restaurantes, en eventos, pero no se podrá aún comercializar en las cadenas de supermercados. Sin embargo, sí es necesario tener un permiso de la Secretaría de Salud”, apunta el informe presentado por la entidad ejecutora.

Salto digital

También se evaluaron tres propuestas para el diseño y lanzamiento de un sitio web de la corporación (<https://www.mujertejerysaber.com/>), otro de los resultados planificados por MUTESA.

En este sitio, la organización presenta los proyectos desarrollados con su patrocinio y tiene enlaces a una tienda virtual. Sin embargo, este portal aún no fue liberado al público.

Durante la capacitación, los formadores y profesionales contratados elaboraron un Manual de Procedimientos y Manipulación y Conservación de Alimentos y Normas de Bioseguridad; un recetario para la producción de las paletas, un documento con recomendaciones y procedimientos que orientan las adecuaciones necesarias en las instalaciones de MUTESA para lograr el registro sanitario, y un plan básico de saneamiento del lugar donde se procesa el producto.

Sobre el recetario, Herrera destaca la originalidad de su contenido. “No tuvimos que copiar de nadie. Nosotras somos las autoras de estos productos, porque la mayoría son silvestres. Nos ha tocado escribir, investigar, preguntarles a los abuelos y a las abuelas, a la gente que cuida la selva sobre los valores nutricionales de los frutos”.

También tuvieron que recabar información sobre el calendario ecológico, es decir cuándo hay cosecha y cuándo no, esto para comprar la materia prima.

Una vez que la economía se vaya reactivando y las actividades recuperen parte de la normalidad tras el paso de la tercera ola de la COVID-19, el próximo paso es inaugurar la heladería indígena, actividad postergada debido a las restricciones impuestas por la pandemia. Entretanto, las 24 mujeres que fueron capacitadas deben seguir practicando en sus casas y, de ser posible, enriquecer y mejorar las recetas.

Expulsión

María Ernestina Jansasoy, de 35 años, vive con sus tres hijos, su pareja, un nieto y ahora está a cargo de su padre, un adulto mayor. Ella pertenece al pueblo Inga, de raíz quechua, que se encuentra asentado en los departamentos de Putumayo, el norte de Nariño, el sur del Cauquetá y la Bota Caucana, como se conoce a un saliente de la provincia del Cauca.

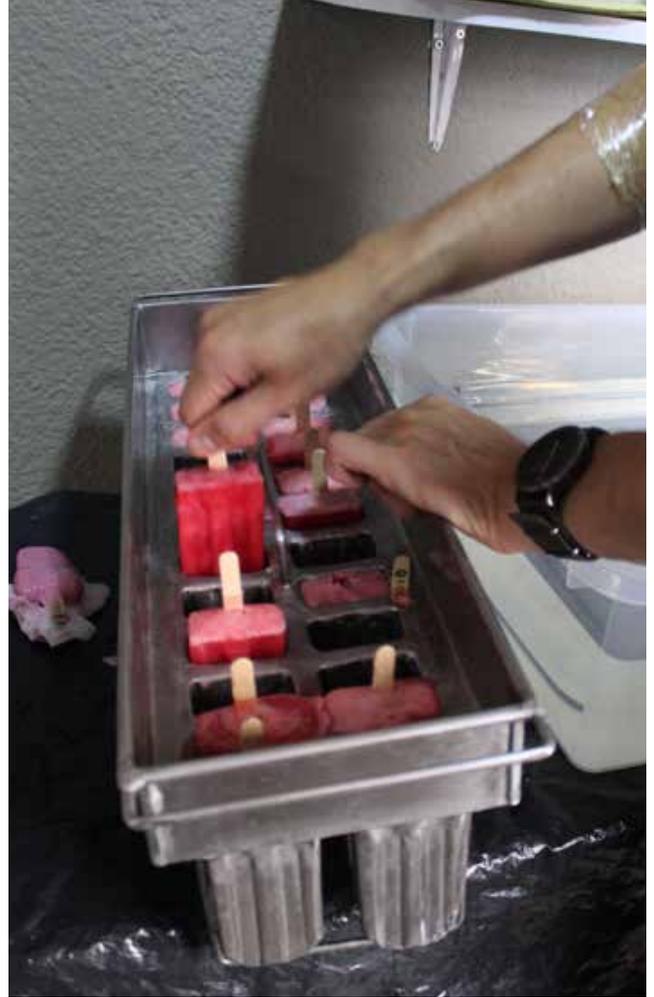
Forzados por la violencia, la expoliación de sus tierras y otros factores, los descendientes de este pueblo migraron a las principales ciudades colombianas. En el área urbana, ellos se insertan en la economía informal como curanderos y vendedores ambulantes de plantas medicinales y de otros productos curativos, además comercializan artesanías e instrumentos musicales.

María es una de las 24 beneficiadas con el proyecto. Ella llegó a Bogotá en 2003, con solo 17 años y su primer hijo. “Lastimosamente nos tocó salir de un día para otro porque buscaban a mi papá y a mi hermano, ellos ya no estaban, nos tocó salir con lo que teníamos puesto”.

En ese tiempo no sabía quiénes estaban detrás de esta persecución. Hoy está convencida de que eran las FARC. “En ese tiempo todo era tan cerrado, no entendía, pero ahora mirando cómo son las cosas, era la guerrilla la que nos sacó, no porque fuéramos ricos, pues la verdad siempre fuimos de bajos recursos, sino porque mi papá trabajaba con personas que tenían más. Prácticamente nos sacaron porque mi papá trabajaba por ellos. En ese tiempo hubo secuestros de dueños de fincas, a dos de ellos los mataron”.

¿Cómo lograron ella y su hijo sobrevivir al desarraigo? La madre de María tejía bolsos y ruanas, y la entonces adolescente hacía diversos artículos a base de mostacillas, como se llaman a esos diminutos abalorios de fantasía.

“Lo hacía por costumbre, pero ya en la ciudad nos tocó hacerlo para sostenernos, esa fue la ventaja que tuvimos. Trabajamos y siempre hemos trabajado así, independientes. Fui practicando más la artesanía que es la actividad con la que ahora nos sostenemos en Bogotá”.



Hoy elabora bolsos, collares, aretes, pulseras, cinturones y otros artículos. Cuando la entrevistamos estaba ocupada con un pedido de decorar copas de vidrio que iban a ser usadas como portavelas.

María ingresó al proyecto ejecutado por MUTESA, con la expectativa de aumentar sus conocimientos. “Me gusta aprender cosas nuevas. Me llamó la atención cuando me dijeron que iban a enseñar a hacer paletas con frutas de nuestros territorios. Nosotras hicimos paletas de mora y cereza”.

El proyecto acabó a fines de octubre. Sin embargo, la beneficiaria no pudo seguir la recomendación de practicar en casa. “Por el momento no tengo nevera y me toca esperar un poco para seguir practicando en la casa”. Por esta causa tampoco puede asegurar que se dedicará en el futuro a la elaboración de helados.

Si la historia de vida de María es dolorosa, lo es más la de Justina Mojomboy, inga nacida en 1956 en el departamento de Putumayo, resguardo de Calenturas. Ella tenía 24 años cuando el terror llegó a su vida. Un tío y un primo cercano habían sido elegidos y desempeñaron el cargo de gobernadores en diferentes etapas y los mataron.



Participantes en el taller de capacitación sobre cálculo de costos.

Éxodo, violencia armada e indiferencia estatal

Colombia tiene una población de 50,88 millones de habitantes. Del total, 1,9 millones pertenecen a uno de los 115 pueblos indígenas reconocidos por el Estado, es decir que representan el 3,74 %. Según la Organización de los Pueblos Indígenas de la Amazonia Colombiana (OPIAC), la presencia de los grupos armados en sus territorios, el reclutamiento de niños, el desplazamiento forzado, el riesgo de violencia sexual y abuso por parte de los actores armados, amenazas y control territorial sumados a la desatención y el abandono estatal son las presiones más fuertes que tienen que enfrentar las mujeres de los 56 pueblos indígenas de esta región. Por desplazamientos se entiende que personas o comunidades enteras dejan sus hogares “como medida de autoprotección cuando ven amenazada su integridad, en los confinamientos restringen su movimiento limitando el acceso a bienes o servicios básicos para la supervivencia”. La Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados (ACNUR), en el informe Panorama de las Necesidades Humanitarias Colombia, publicado en abril de 2021, sostuvo que en el primer trimestre de 2020 el impacto de la COVID-19 y los daños ocasionados por los fenómenos naturales se sumaron a la situación previa donde se había observado un cierto alivio. A cuatro años de la firma de paz entre el Gobierno de Colombia y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia,

Ejército del Pueblo (FARC-EP), más de 500 mil personas se han desplazado y de estas, al menos 120 mil fueron en eventos masivos. En el mismo periodo, más de 114 mil personas fueron confinadas por los Grupos Armados Organizados (GAO) y Grupos Armados Delictivos (GAD) o de crimen organizado (de orden nacional y transnacional), como parte de las disputas territoriales en algunas zonas rurales apartadas y urbanas antes controladas por las FARC-EP.

“Son hechos que aterrorizan a la población con homicidios selectivos, reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes, amenazas y señalamientos y, en general, prácticas de sometimiento y control poblacional. Hechos enmarcados de manera particular en las disputas, entre otros actores, de facciones disidentes de las ex FARC (frentes 36 y 18), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Bloque Virgilio Peralta Arenas (“Caparros”) y los grupos de crimen organizado contra las AGC (Autodefensas Gaitanistas de Colombia) en el noroccidente del país (occidente y suroeste antioqueños, Bajo Cauca, Sur de Córdoba), enfrentados por las zonas de cultivo, procesamiento y comercialización de droga (cocaína), así como la captación ilícita de rentas prove nientes de la minería ilegal y trata de personas, entre otras”, destacó la Defensoría del Pueblo de Colombia, en un informe emitido el primer trimestre de este año.

El Cabildo es la institución principal del pueblo Inga; el Gobernador es la máxima autoridad que representa a la comunidad, coordina con las instituciones, gestiona proyectos y da el mandato de castigar o sancionar; el Alcalde Mayor lo reemplaza en su ausencia.

“En eso llegaron las FARC, nosotros no podíamos salir sin permiso de ellos. Empezaron a matar a gobernadores; fue muy terrible, yo no quiero recordar eso”.

Por años, la comunidad de Calentura pagó una “cuota de protección” a las FARC, con el fin de evitar amenazas y el asesinato de sus líderes, pero llegó un momento en el que las poco menos de 150 familias se negaron y los gobernadores fueron asesinados, uno de ellos fue uno de los hermanos de Justina.

Su comunidad la nombró entonces alcaldesa mayor, luego gobernadora y ella pasó a ser blanco directo de las amenazas. Por ello, envió a la menor de sus hijas a Bogotá con la ayuda de una maestra, tres de sus hijos se fueron a vivir con la abuela paterna.

“Yo me quedé, tres o cuatro veces me agarraron y me llevaron, me decían que yo estaba con el gobierno. A mis hijas Margarita y Sandra las cogieron las FARC, a mi hija Laura me la mataron. No sé qué habrá dicho, qué preguntas le habrán hecho”.

“Nadie sabe lo que yo he sufrido, perdí la finca, todo lo que tenía se quedó allá”.

Hace cinco años volvió a su comunidad, en el marco de una investigación propiciada por la Defensoría del Pueblo; recorrió los lugares donde vivió y donde mataron a sus familiares. “Tengo muchas cosas que decir y que no quiero recordar más”.

Tras sobreponerse a estos recuerdos, la madre Justina, como hoy la conocen, cuenta que la vida en Bogotá fue dura y que logró sobrevivir con los ingresos gracias a su habilidad para tejer.

Ella ingresó al proyecto por el gusto de aprender a hacer helados. Sin embargo, no continuó probando porque no tiene los equipos para hacerlos en casa ni para conservarlos. “No tengo para dónde irme, cuando me voy donde mi hija o mis hijos vuelvo para acá, pero ya sola porque no cargo con nadie”.

Aprendizajes

Entre las lecciones aprendidas, MUTESA destaca el trabajar con los saberes de los que son porta-



doras las mujeres desplazadas por la violencia y el vincular estos conocimientos en el proceso de producción, en este caso de las paletas artesanales y el trabajo en comunidad.

“Aprendimos que crear nuevas empresas, posicionarlas y llevar a cabo diferentes proyectos y procesos necesita de mucha dedicación, tiempo y esfuerzo”, pero también que estos procesos son enriquecidos no solo con la reflexión colectiva de las participantes en los proyectos, sino con el apoyo de profesionales.

“Logramos vincular nuevas maquinarias, formaciones y procesos de aprendizaje que empoderarán más a las mujeres, ya que se crearon nuevas capacidades que permiten enterarnos completamente de nuestros productos, cómo se hacen, de qué manera se hacen, paso por paso. Eso permite crear estrategias que crean sentido de apropiación en todos los espacios de liderazgo en nuestra corporación”.

María Jansasoy, a lo dicho, agrega que aprendió que una debe valorarse y hacerse valorar como mujer y como indígena. “A veces, una se dedica mucho al trabajo, al hogar, a los hijos, pero primeros somos mujeres. Esto siempre se los recuerdo a mis hijas, no somos de nadie, somos de nosotras mismas”.

Ella dice que le gustaría una segunda edición del taller para aprender algo más, pero sobre todo para que las mujeres que no lograron participar de la primera versión puedan inscribirse y tengan la oportunidad de aprender y salir adelante.

**Para hacer el recetario
“nos ha tocado escribir,
investigar, preguntarles
a los abuelos y a las
abuelas, a la gente que
cuida la selva”.**

Clemencia Herrera



Bribri





Bribris diversifican cultivos y aumentan su producción para **llegar a los mercados**

La práctica agrícola del pueblo bribri en Costa Rica está guiada por el calendario lunar. “Hay una fase en la que sembramos los plátanos y, si nos guiamos por la Luna, hay pocas posibilidades de que la planta se muera”, dice Arlen Morales.

Ella es una de las 15 mujeres que se beneficiaron con el proyecto Fortalecimiento de las Capacidades de Producción bajo el Sistema Ancestral de las Fincas de las Mujeres Productoras de Kórbita para la Sostenibilidad Económica de sus Familias. Esta iniciativa recibió 8.000 dólares estadounidenses del fondo concursable Tejiendo Redes, un mecanismo de financiamiento del FILAC que canaliza recursos donados por las fundaciones Wellspring y Ford.

El respeto al movimiento natural del satélite de la Tierra es un factor que debe ser tomado muy en cuenta a futuro, apunta el técnico Ignolio Nercis, quien presentó los resultados del proyecto ejecutado por la Asociación Tayëpa Kanëneme, que tiene por socias a las beneficiarias.

“El pueblo bribri trabaja en estrecha relación con los movimientos lunares. Eso hizo que en ocasiones se tuviera que esperar algunos días para realizar cierta actividad, lo que provocó algunos atrasos. La lección aprendida es que para futuros trabajos, las

actividades tomarán muy en cuenta esta práctica ancestral propia de la cosmovisión bribri”, agrega.

Así, la tierra es preparada cuando la Luna está en cuarto creciente debido a que el agua fluye hacia arriba y el terreno queda mejor preparado; los tubérculos y todas las plantas cuyos frutos se encuentran bajo la tierra se siembran con la luna nueva y en cuarto menguante con la finalidad de que la savia fluya de arriba hacia abajo; si el producto crece por encima de la superficie, es mejor hacerlo en luna llena y cuarto menguante con la finalidad de que la savia se desplace de abajo hacia arriba, por citar algunos ejemplos.

“El grupo ya lo teníamos conformado desde antes, como hace cuatro años. Antes éramos 15 personas, pero después de que apareció el proyecto se sumaron dos más”, explica Arlen, de 24 años, quien vive con su esposo.

“El grupo lo teníamos conformado como hace cuatro años. Antes éramos 15, pero después de que apareció el proyecto se sumaron dos”.

Arlen Morales

Según Tayëpa Kanëneme, las metas trazadas durante la planificación se cumplieron al 90 %, debido a las intensas precipitaciones pluviales, que impidieron el desplazamiento hasta las fincas y retrasaron la siembra de las semillas, y a la pandemia, que impidió avanzar en la producción y comercialización de jabón orgánico medicinal.



Costa Rica, situada en América Central, tiene poco más de 5 millones de habitantes, de los que más de 100 mil se reconocen indígenas, es decir el 2,4% de la población total. Sus ocho pueblos originarios —Huetar, Maleku, Bribri, Cabécar, Brunka, Ngäbe, Bröran y Chorotega— habitan en 24 territorios y se concentran, sobre todo, en las reservas indígenas de Salitre, Cabagra, Talamanca Këköldi y en el cantón Buenos Aires.

Los miembros del pueblo de Bribri —palabra que significa espíritu guerrero o valiente—, según el censo 2011, no llegan a las 20 mil personas (18.198) y hablan una lengua de raíz chibcha. La base de la dieta de los bribris es el maíz, el cacao, el café, los bananos, la yuca y los frijoles; la caza y la pesca. Su economía es de subsistencia y su producción agrícola está destinada al autoconsumo. De las 15 mujeres que fueron capacitadas, cuatro pertenecen a la comunidad de Amubri, ocho a la de Kórbita y tres a la de Cachabri, todas situadas en Talamanca.

“Produzco para autoconsumo, para alimentar a los pollos y chanchos, y también vendo lo que sobra a los intermediarios”, dice Geisel Sánchez, de 25 años, quien vive con su esposo y sus dos hijos.

“Todo lo que producimos es para nuestro consumo y frutas como la palta y el banano, para comercializar”, apunta Arlen. Sin embargo, la

pandemia ocasionó una caída de los precios. “No hay mucha entrada”.

En sus parcelas la producción es orgánica, es decir que no usan pesticidas ni ningún otro agroquímico.

Resultados

Tayëpa Kanënome proyectó la mejora de 15 fincas ancestrales con diversos productos agrícolas —culantro, rábano, chiles, rabo de mono, chayote y pepino—; sin embargo, en dos de las parcelas no alcanzaron el nivel deseado debido a que quedaban al otro lado de un río cuyo caudal aumentó por las intensas lluvias. Para visitar estos predios era forzoso abordar unas pequeñas y frágiles embarcaciones, y asumir todos los riesgos.

Las beneficiarias trabajaron en dos parcelas, una próxima a su hogar en la que sembraron legumbres y hortalizas, y otra más grande destinada al aguacate, la yuca, el ñampi, que es un tubérculo comestible, y otros.

Las socias también fueron capacitadas en la gestión técnica y administrativa de su organización en cuatro talleres.

“Con el proyecto pudimos darles mantenimiento y resiembra a las fincas, y pudimos comprar semillas, antes no teníamos los recursos económicos para conseguirlas”, comenta Arlen y recapitula los beneficios obtenidos.



Nombre del proyecto

Fortalecimiento de las Capacidades de Producción bajo el Sistema Ancestral de las Fincas de las Mujeres Productoras de Kórbita para la Sostenibilidad Económica de sus Familias

Organización proponente

Asociación Tayépa Kanëñeme

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria y medicina tradicional: Diversificación en la producción de alimentos bajo el sistema ancestral bribri y elaboración de jabones con yerbas naturales

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

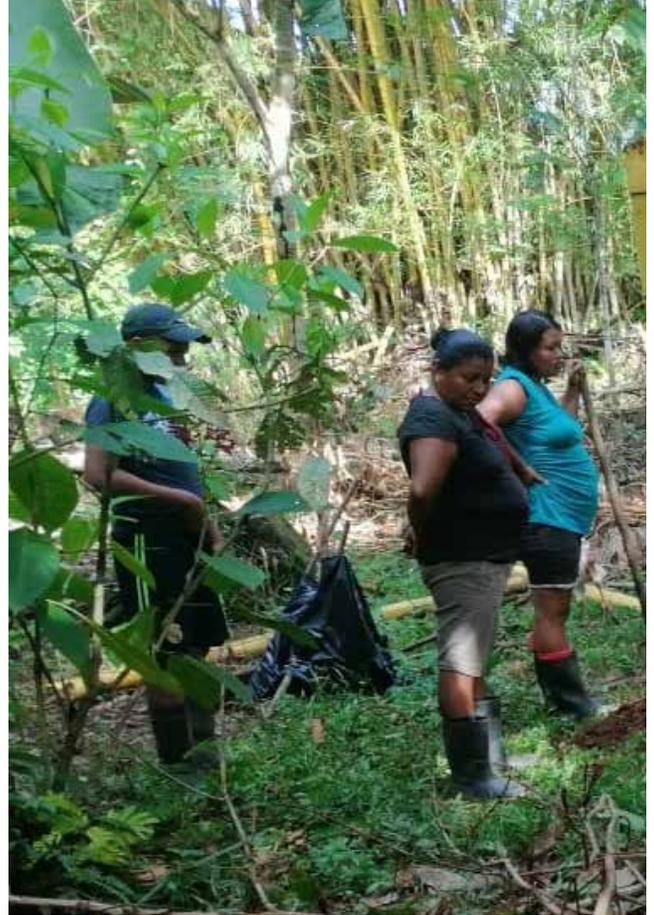
Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

Las beneficiarias directas son 15 mujeres indígenas y sus familias

Resultados

- 13 fincas ancestrales mejoradas y diversificadas con la siembra de culantro, rábano, chiles, rabo de mono, chayote y pepino
- 15 mujeres capacitadas en contabilidad (libro de ingresos y gastos), pago de impuestos y emisión de facturas electrónicas, en redactar y manejar libros de actas, expresión oral, uso de tecnologías y técnicas básicas de mercadeo
- Transmisión intergeneracional de conocimientos
- Rescate de la práctica cultural de la "ulapeitok" (agricultura de acuerdo a las fases lunares)



“En lo personal, no sabía mucho de la siembra y aprendí mucho de las fases de la Luna. También me ayudó a limpiar las tierras”, agrega la joven entrevistada.

Punto aparte es la producción de jabón orgánico medicinal a base de hierbas, cuya fase de comercialización fue frenada por las sucesivas olas de la COVID-19 en el área del proyecto.

“Se compró la materia prima y se sembraron las plantas medicinales, como el zacate de limón o limoncillo y la hoja santa” para prepararlos y se cuenta con la metodología para su producción y mercadeo, dice el informe final de la asociación de mujeres agricultoras.

Según Nercis, ellas ya sabían producir este artículo de higiene, gracias a otro proyecto, por lo que no fue necesario programar un taller de capacitación. Sin embargo, les hacía falta materia prima, insumos que se compraron, mientras que otros fueron recolectados del bosque y luego sembrados en sus parcelas para tener un acceso más fácil a ellos.

Actividades

Para lograr el objetivo principal y los resultados anotados, la Asociación programó y efectuó nueve actividades.

La primera fue la ubicación de las fincas que iban a ser mejoradas y la preparación y limpieza del terreno. Para ello se recuperó la práctica



Mujeres bribris participan en el deshierbe y limpieza comunitaria uno de los predios elegidos.

cultural ulapeitok (similar a la minga). “Todas van a la finca de una, termina el trabajo y luego van a la finca de la otra y así sucesivamente”, explica el técnico.

La principal dificultad en este punto fue la distancia entre los predios, la falta de comunicación debido a la pandemia y los problemas de conectividad.

Cada integrante de la Asociación trabajó en dos parcelas o lotes y empezó la siembra de hortalizas y frutas. “El inicio del proyecto fue difícil porque no se podía comenzar a trabajar grupalmente en todas las fincas. Algunas se fueron rezagando, por lo que la organización dividió el grupo en dos”, lo que permitió trabajar simultáneamente en predios y optimizar el tiempo.

También compró insumos para encarar el proyecto, es decir herramientas, mallas, semillas, abono orgánico y plásticos de invernadero para las 15 beneficiarias y materia prima para hacer el jabón.

Se programaron y realizaron cuatro talleres, en los que las indígenas aprendieron a llevar la contabilidad (libro de ingresos y gastos), pagar impuestos, redactar y manejar el libro de actas, cotizaciones y a emitir facturas electrónicas.

Acordar un horario entre las 15 socias fue la principal dificultad con la que tropezó esta ac-

tividad. Debido a la pandemia, los escolares pasaban clases presenciales solo en las mañanas y sus madres tenían que llevarlos y recogerlos, por lo que estos cursos de capacitación se realizaron por las tardes.

La Asociación también ofreció talleres de liderazgo y empoderamiento de las mujeres dentro de las organizaciones comunales, en los que se abordaron temas como gestión de proyectos, expresión oral, uso de tecnologías, trabajo en equipo y técnicas básicas de mercadeo para la venta de productos propios.

En cuanto a la producción del primer lote de jabón orgánico, la actividad fue suspendida con la promesa de reanudarla cuando la nueva ola de contagios muestre una curva descendente.

“En su mayoría, las mayores aportaban sus conocimientos ancestrales sobre el uso del calendario lunar para la siembra y las jóvenes, el esfuerzo físico y el dinamismo”, destaca el técnico Nercis.

Aprendizajes y retos

Respecto a las lecciones aprendidas, al inicio del proyecto las 15 mujeres decidieron trabajar todas en un mismo terreno hasta terminar. Sin embargo, esa forma ralentizó el avance y tuvo que ser replanteada a medio camino.

El respeto al calendario lunar en la agricultura es fundamental para el pueblo bribri, por lo que

Pobreza, despojo, asesinatos e impunidad

Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC) de Costa Rica, 18.198 personas (Censo 2011) componen el pueblo de Bribri, que representa el 17,47 % de los 104.143 individuos que se identifican como indígenas. Además, solo el 54,7 % de ese pueblo indígena aún habla su idioma.

De acuerdo con la proyección del INEC, en 2021 la población de Costa Rica es de 5,1 millones de habitantes, de los cuales el 26,2 % vive bajo el nivel de pobreza (Encuesta Nacional de Hogares 2020). Sin embargo, el promedio nacional dista de la proporción de pobres entre los pueblos indígenas, que oscila entre el 34,2 % y el 94 %. En el caso de los bribris es del 70,80 %, es decir que siete de cada 10 es pobre.

Desde 1977, el Estado costarricense reconoce 24 territorios indígenas, aunque en estos persisten los conflictos con hacendados no indígenas, detonantes de la violencia y el asesinato selectivo de sus dirigentes. Esta situación llevó a que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) ponga sus ojos en este país centroamericano.

El 18 de marzo de 2019, el líder indígena bribri Sergio Rojas Ortiz, de 59 años, fue asesinado a tiros en su vivienda. En su cuerpo tenía siete impactos de bala. Rojas defendió durante más de cuatro décadas los derechos de los pueblos indígenas ante la ocupación ilegal de sus territorios y participó en la recuperación de tierras en

el cantón Buenos Aires de la provincia de Puntarenas.

En 2012, la CIDH le había otorgado medidas cautelares (MC 321/12) precisamente por haber sido amenazado de muerte de manera sistemática y tras ser víctima de una tentativa de asesinato.

Rojas tenía una amplia trayectoria en defensa de los derechos de los pueblos indígenas, fue presidente de la Asociación de Desarrollo de Salitre, coordinador del Frente Nacional de Pueblos Indígenas (FRENAPI) y miembro de Consejo Iriria Ditsö Ajkónuk Wakpa.

El 24 de septiembre de 2020, la Fiscalía dio a conocer su decisión de archivar la investigación y cerrar el caso. Sin embargo, en un escenario de condena nacional e internacional, el 14 de enero de 2021, un juzgado penal rechazó la solicitud de desestimación del caso.

El 17 de septiembre de este año se cumplieron 30 meses de ese crimen, que continúa impune.

Sin embargo, los bribris no son únicos blancos de la violencia en Costa Rica. 11 meses después del asesinato de Rojas, el 23 de febrero de 2020, el líder brörán Jehry Rivera fue abatido a balazos, un día después de que se iniciaran nuevas acciones tendientes a la recuperación de tierras en el Territorio Brörán de Térraba, en la misma provincia. Los indígenas responsabilizaron de este nuevo crimen a los “finqueros”.

la Asociación anunció que en futuros trabajos tomará muy en cuenta esta práctica cultural.

Entre los desafíos, Tayëpa Kanëneme se planteó dar continuidad a la producción y mercadeo del jabón orgánico, aunque esto depende de la reactivación de la economía de la zona, dar sostenibilidad a las fincas mejoradas, aprovechar los productos, tanto para el consumo familiar como para la venta, y poner en práctica lo aprendido en cuanto al manejo de libros, actas y liderazgo.

Geisel espera que cuando llegue la cosecha tenga lo suficiente para el consumo familiar y un excedente para ponerlo a la venta.

“Lo positivo del proyecto es la experiencia de trabajar juntas, todas aprendimos”, afirma en referencia al rescate de la práctica comunitaria del ulapeitok.

El otro punto fuerte —agrega la joven— fue refrescar el conocimiento ancestral de las fases de la luna y cómo estas sirven de guías en la agricultura. “En nuestro territorio eso se da por tradición y de ello nos hablan mucho de eso nuestros bisabuelos y abuelos”.

Como autocrítica, la Asociación Tayëpa Kanëneme enfatiza en sus limitaciones debido a su escasa experiencia en el manejo de proyectos financiados.

“Lo positivo del proyecto es la experiencia de trabajar juntas (trabajo comunitario del ulapeitok)”

Geisel Sánchez



Panzaleo





OMICSE supera metas y más de 1.100 familias se aseguran una fuente diaria de nutrientes

El proyecto de la Organización de Mujeres Indígenas y Campesinas Sembrando Esperanza (OMICSE), de Ecuador, comenzó con la previsión de dotar de tres pollas ponedoras de la raza Warren a 1.035 fincas dirigidas por mujeres, cantidad que se elevó a 1.187 durante la ejecución, es decir 15 % más que la meta inicial.

Las mujeres, pertenecientes a 25 comunidades del pueblo indígena Panzaleo de la provincia Cotapaxi, pusieron como contraparte dos polluelas. Hoy, cada familia tiene en su gallinero cinco de estas aves de corral de la raza Warren.

Cuando las gallinas tengan entre cuatro y cinco meses comenzarán a poner huevos, destinados al autoconsumo, una segura fuente de nutrientes para las familias beneficiadas, que les garantiza una alimentación sana y nutritiva.

La sostenibilidad de esta iniciativa está garantizada por el compromiso de las beneficiarias de reponer las aves en caso de que lleguen a morir o cuando decline la producción de huevos.

“Tenemos compromisos verbales de que las compañeras serán responsables y nos permitirán hacer visitas de seguimiento. Como dicen los mayores en nuestras co-

munidades, la palabra vale más que un documento”, destaca la presidenta de la OMICSE, Yolanda Guaman.

La OMICSE es una entidad que trabaja desde hace 37 años en la capacitación y fortalecimiento organizativo de mujeres productoras de la provincia Cotapaxi, situada en la sierra ecuatoriana.

“Nosotras tenemos que cumplir y demostrar nuestra capacidad de responder al proyecto, de que no va a ser para hoy o mañana, sino que va a ser a largo plazo”, agrega.

La entidad —que tiene unas 1.200 socias— cuenta en su haber la experiencia de iniciativas de este tipo que también culminaron con éxito.

El proyecto Fortalecimiento Socio Organizativo y Productivo de las familias de la OMICSE tuvo dos componentes: la cría de gallinas criollas en sistemas agroecológicos (huertas integradas familiares) basados en conocimientos indígenas y el fortalecimiento organizacional.

“Nos ha tocado poquito, pero es porque somos bastantes. Para el FILAC ha sido un esfuerzo captar esos recursos y nosotros tenemos que responder con administración transparente”, apunta Guaman.

“Tenemos que cumplir y demostrar nuestra capacidad de responder al proyecto, de que no va a ser para hoy o mañana, sino a largo plazo”.

Yolanda Guaman



asda sdsd asd asdoa ioasidosd
so doasidoasid soiasd

También logró la autogestión de cultivos de toronjil, menta, orégano, romero, ruda, cedro y tilo en las huertas de las beneficiarias, que pusieron como contraparte la mano de obra. A futuro, se prevé la búsqueda de mercados para los excedentes que dejen el consumo familiar.

La iniciativa fue financiada con 8.000 dólares estadounidenses donados por las fundaciones Wellspring y Ford, canalizados por el fondo concursable Tejiendo Redes, mecanismo de financiamiento del FILAC.

Indígenas

El Estado ecuatoriano reconoce la existencia de 14 nacionalidades y 18 pueblos indígenas, entre estos últimos se encuentran los panzaleos o kiwchas de la provincia de Cotopaxi.

Las nacionalidades son “conjuntos de pueblos milenarios anteriores o constitutivos del Estado de Ecuador”, que se autodefinen como tales, tienen una identidad histórica, un idioma y cultura comunes, viven en un territorio y poseen formas de organización social, económica, jurídica, política y de ejercicio de autoridad.

Los pueblos indígenas, en cambio, son “colectividades originarias conformadas por comunidades o centros con identidades culturales que les distinguen de otros sectores de la sociedad ecuatoriana, regidos por sistemas pro-

pios de organización social, económica, política y legal”.

La población de Ecuador es de 17,4 millones de habitantes, según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2020), de los que 1,1 millones se declaran indígenas.

Según el Consejo de Desarrollo de las Nacionalidades y Pueblos del Ecuador (CODENPE), los panzaleos suman 58.738 personas.

Resultados

En su reporte final, la OMICSE da cuenta del cumplimiento del objetivo del proyecto de propiciar el “fortalecimiento integral de las fincas, contribuyendo a la mejora de la nutrición y la economía” de las familias asociadas.

En la planificación se previó que 1.035 mujeres de las Organizaciones de Mujeres de Base (OMB) iban a mejorar la alimentación de sus familias con el consumo de huevos. Sin embargo, gracias a un esfuerzo de la entidad y al mecanismo de la contraparte, la cantidad final de beneficiarias fue de 1.187.

“Las compañeras hacen llegar un agradecimiento profundo a quienes han financiado. Ese granito de arena es un aporte muy importante en estos momentos tan difíciles que estamos pasando, especialmente por la pandemia”, dice quien es cabeza de esta organización.

Cantidad de familias y comunidades beneficiadas con el proyecto

Estas comunidades se encuentran en los cantones Latacunga, Pujili, Saquisilí, Sigchos y La Maná.

San Francisco	43
Yanahurquito Chico	152
San Bartolo	57
Wintza	42
San Ignacio	41
Quinte San Antonio	36
Cotopilalo	22
Samana	28
Pilacumbi	30
Río Blanco	31
Corazón de Cerro Azul	17
Patria Nueva	22
Vicente León	50
Quillusillín	57
Chilche	35
La Merced	36
Rasuyacu Corazón De Jesús	38
Rasuyacu Chiguanto	40
Moya Grande	46
Chisulchi Grande	45
La Libertad	17
Pakarimuy Apahua	126
Cachi Alto	68
El Tigre	75
Cachi San Francisco	33

Fuente: OMICSE

La consolidación de la OMICSE como actora social, segundo resultado previsto, también se cumplió.

Las 25 OMB celebraron otras tantas asambleas para tomar decisiones sobre el proyecto; los primeros jueves de cada mes la directiva de la entidad se reunió con dirigentes de las OMB con el fin de fortalecer la unidad y la solidaridad entre mujeres, y tomar decisiones en temas socio organizativos. Además, propició dos talleres de transferencia de conocimientos en la crianza de las pollas y el manejo de las fincas integrales, en alianza con el gobierno provincial y la organización no gubernamental Care Ecuador, que enviaron expertos.

Guaman también pone de relieve que otras organizaciones indígenas, gobiernos locales,



municipales, provinciales e incluso del nivel central comenzaron a tomar en cuenta a la entidad que ella preside para recoger sus criterios en temas referidos, por ejemplo, a la creación de una escuela de justicia indígena, o asegurarse su participación en talleres sobre la crisis medioambiental, biodiversidad y cambio climático, y violencia hacia la mujer, entre otros.

“El trabajo es muy amplio y nosotras estamos avanzando en todos los temas”, apunta.

Impacto

Elvira Llagua, de 52 años, vive en la comunidad de San Francisco y es una de las beneficiarias. Tiene tres hijos, uno en la universidad, una adolescente en secundaria y una niña que cursa el quinto de básico.

Al igual que Guaman, ella agradece a los financiadores del proyecto, ya que una vez que las gallinas comiencen a poner huevos, podrá alimentar a sus hijos con ellos y ya no tendrá que adquirir el producto de terceros.

Para comprar las dos pollas y cumplir así con su contraparte, tuvo que hacer un esfuerzo económico del que no se arrepiente.

“Como mujeres, como madres, no es tan fácil poner (alimentos) en la olla, pero gracias a Dios con estos proyectitos sí se puede, sí se disimula, sí se avanza”.



Parte de las pollas ponedoras toman un poco de aire fresco antes de su traslado a una región subtropical de Cotopaxi.

“Este proyecto nos favorece en estos tiempos de crisis, donde no podemos salir a trabajar porque no hay trabajo. En el campo la situación es muy dura, es bastante crítica, pero aquí seguimos luchando”, añade.

Ella descarta que puedan tener excedentes para ponerlos a la venta. “Esto es para el consumo de mis hijos”, recalca.

Janeth Cajía, quien también tiene tres hijos, no oculta su orgullo cuando menciona que las beneficiarias no se limitaron a recibir, sino que pusieron una contraparte de dos aves más los granos para su alimentación.

A mediados de noviembre, las cinco gallinas del corral familiar tenían un mes y dos semanas de vida, y cuando cumplan cuatro o cinco meses comenzarán a poner huevos. Por ahora, la familia alimenta a estos animales con morchillo —maíz blanco partido— y cebada. “Les damos mezclado para que crezcan más rápido. Cuando se les alimenta bien, todos los días ponen huevitos”.

Cuando declina la producción, estos animales de granja son echados a la olla, pero la familia tiene que volver a comprar otra gallina para reponerla. “Es nuestro compromiso”.

Ella, al igual que Elvira, resalta también el trabajo de mejora de su huerto, cuya producción está destinada al autoconsumo.



Nombre del proyecto

Fortalecimiento Socio Organizativo y Productivo de las Familias de la Organización de Mujeres Indígenas y Campesinas Sembrando Esperanza (OMICSE) en la provincia de Cotopaxi, Ecuador

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria: cría de gallinas criollas en sistemas agroecológicos basados en conocimientos indígenas- autoconsumo y venta de huevos

Organización proponente

OMICSE

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Contraparte

Cada una de las participantes puso una contraparte de dos pollas ponedoras y la alimentación. La organización propició talleres de capacitación y cuidados de las aves

Beneficiarias

1.187 mujeres de 25 comunidades y sus familias

Resultados

- 1.187 beneficiarias recibieron tres pollas ponedoras cada una para incorporar en su finca integral familiar
- Fortalecimiento de las fincas familiares integradas
- 1.187 familias tienen garantizada una alimentación sana y nutritiva
- Fortalecimiento organizacional de la OMICSE.
- Alianza con Care Ecuador y el gobierno de la provincia Cotopaxi
- Participación activa de los jóvenes en la vida de la organización



Al borde de la extinción

Este pueblo indígena es conocido también como los kichwa (quechuas) de Cotopaxi, provincia situada en la sierra de Ecuador. Están asentados en las parroquias de los cantones Latacunga, La Maná, Pangua, Pujilí, Salcedo, Saquisilí y Sigchos. Su nombre, según diversos estudios, tiene su origen en que los guerreros de este pueblo tenían la pintura de un puma en el abdomen. Según el Consejo de Desarrollo de las Nacionalidades y Pueblos del Ecuador (CODENPE), este pueblo cuenta con

58.738 habitantes. Los panzaleos son bilingües, su idioma materno es el kichwa y su segunda lengua es el español. Su máxima instancia de gobierno es el cabildo, después está el presidente de la comunidad. En esta jerarquía, a la asamblea general le siguen el vicepresidente, el secretario, el tesorero, el síndico y los vocales nombrados por la asamblea. Su actividad económica es la agrícola y pecuaria que está destinada, principalmente, al autoconsumo.

La garantía de que las gallinas no mueran por descuido o sean consumidas y no sean repuestas no solo es la palabra comprometida. Cada organización de base tiene el mandato de las asambleas de hacer el seguimiento y visitar los corrales de las beneficiarias.

Transparencia y seguimiento

Entre las actividades desplegadas por la organización para alcanzar los resultados previstos, destaca el proceso de compra y adjudicación de las aves de corral.

En una asamblea con dirigentes de las OMB se conformó la Comisión de Adjudicación y Compras, que envió notas a distintos proveedores solicitando cotizaciones.

Las propuestas de quienes respondieron a la invitación fueron analizadas por esa comisión, que eligió a una proveedora y, posteriormente, hizo una visita de seguimiento a los criaderos de la seleccionada para verificar el crecimiento y la alimentación de las pollas elegidas.

Tras la entrega y recepción de las aves, estas fueron distribuidas a las dirigentes de las OMB que, a su vez, las repartieron de forma equitativa a las socias, quienes suscribieron un acta de recepción-entrega individual.

Luego de esta actividad, las dirigentes de las organizaciones de base hicieron visitas aleatorias a las fincas para verificar el estado de salud de las polluelas.

Otros puntos destacados son la participación activa de los hijos e hijas de las beneficiadas en el cuidado y mantenimiento de las fincas y de las aves de corral, y también su inclusión en la vida de las Organizaciones de Mujeres de Base.

“La participación de la juventud en espacios socio organizativos productivos, generados por la OMICSE, contribuye al aprendizaje y crea expectativas de interés para crear futuras dirigentes y lideresas”, dice el informe final de la entidad.



Nahuas





Telares, alfarería y panadería, para revitalizar actividades productivas indígenas

Romilia Jacinto, Rosa Santos y Herminia Martínez aseguran que en sus comarcas casi nadie sabía cómo usar el cuaxtaquitl o telar de cintura, fabricar utensilios de barro o hacer uno de los deliciosos productos de la panadería del pueblo de Nahua Pipil.

Las tres viven en el cantón San Isidro, donde la Asociación de Desarrollo Comunal Indígena Cantón San Isidro (ADESCOINSA) ejecutó el proyecto ¡Siwatket ulinit! Mujeres en Movimiento: Red Intercomunal de Productoras Nahuas del Pueblo de Panchimalco, El Salvador.

Romilia es además la representante de la organización que ejecutó el proyecto, a la que se sumaron las asociaciones de Desarrollo Comunal Indígena de Azacualpa y Troncones. Las tres formaron el Consejo de Comunidades Originarias de ese municipio (COCOPAN), un resultado que no estaba previsto.

En “Pancho”, nombre familiar de ese municipio salvadoreño, la organización capacitó a más de un centenar de mujeres en cinco actividades productivas, el triple de las 30 previstas de inicio.

Los cinco módulos productivos que revitalizaron el tejido de esas comunidades son el telar de cintura, la alfarería y la panadería

tradicionales, el manejo de aves de corral y el turismo comunitario, actividad por la que se decantó la juventud.

Este proyecto es uno de los 15 seleccionados por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC, que canalizó fondos donados por las fundaciones Wellspring y Ford. ADESCOINSA recibió 8.000 dólares estadounidenses para encarar esta iniciativa.

En el Salvador viven tres pueblos indígenas: Nahua Pipil, Lenka o Lenca y Cacaoperas o Kakawira (Plan de Acción Nacional de Pueblos Indígenas de El Salvador, 2018). La población indígena representa el 0,2 % de los 6,4 millones de habitantes de este país centroamericano, según las proyecciones del último censo (2007).

Olvido

Romilia, de 35 años, madre de un hijo, dice que en el caserío donde vive había dos personas que aún sabían cómo usar y tejer en el cuaxtaquitl, el telar de cintura nahua, aunque “ya no practicaban”.

“Solo había escuchado que la gente de antes había trabajado en eso (...) No tenía idea de cómo se trabajaba, ni de cómo se armaba”.

Romilia Jacinto

“Solo había escuchado que la gente de antes había trabajado en eso y que con esa actividad había logrado sobrevivir. No tenía idea de cómo se trabajaba, ni de cómo se armaba”.



Un comal y dos vasijas luego de ser sometidos al fuego.

“Tuve la curiosidad de aprender y saber cómo se hacía”. Decidida a recorrer este camino, organizó su día a día para participar de los talleres. “Las tareas de la casa las realizaba en la semana para tener libre el domingo”.

Herminia Martínez tiene 76 años, dio a luz 10 hijos; siete formaron pareja y se fueron, aún vive con tres de ellos y tres nietos. Ella se capacitó en alfarería y aprendió a hacer ollas, comales y otras piezas de barro.

“Aquí en San Isidro nadie hace ollas ni comales. Hace años que nadie las elabora, por eso no sabíamos cómo hacer. Todo el servicio de la cocina, del hogar lo comprábamos en Panchimalco”, afirma en referencia a la capital municipal. El comal es usado como una plancha para cocer las tortillas.

Diversos estudios muestran cómo este pueblo hace décadas comenzó a sustituir sus cazos y otros utensilios culinarios de barro por artículos hechos a base de aluminio y hierro colado.

“Me sentí motivada. El barro no lo compramos, hay en el campo, pero no teníamos conocimiento. Ahora que lo tenemos, podemos ir a buscar el barro para hacer comales y otras cosas”.

“Como todos mis hijos están criados, me voy a hacer lo que me toca ese día, ya no espero que nadie me diga no vayas. Así que estamos

libres para trabajar y aprender los oficios que desconocíamos”.

Herminia aprendió la alfarería de la maestra artesana Florentina Martínez, “la última abuela del municipio que aún se dedica a dicha labor”, según ADESCOINSA, quien fue contratada como facilitadora por las personas que estaban a cargo del proyecto.

Rosa Santos, de 65 años, también decidió volver a su esencia y aprender la panadería nahua, como el marquesote (pan dulce a base de arroz), los salpores (panes con harina de la variedad de maíz salpor, cocidos en hojas de plátano), torta seca, tuza y otras.

“Por aquí no he oído que hagan. Cuando estaba pequeña, la que hacía era mi mamá, le gustaba elaborar salpores”.

Ella vive con su madre y una de sus hijas, que la apoyaron cuando les contó su intención de capacitarse. “Me entusiasmé de poder venir. Me llamó la atención aprender esto. Me ha gustado este proyecto”. Y el entusiasmo es tal, que planea mandar a hacer un horno de barro pequeño en su casa para hornear sus propios panes.

Metas superadas

ADESCOINSA —que comenzó el proyecto— se planteó como objetivo reducir las condiciones de vulnerabilidad socioeconómica de las indi-



Nombre del proyecto

¡Siwatket ulinit! Mujeres en Movimiento:
Red Intercomunal de Productoras Nahuas
del pueblo de Panchimalco, El Salvador

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria y artesanía con
identidad. Implementación de cinco
iniciativas: crianza de aves de corral,
telar de cintura, alfarería, turismo comunitario y
panadería tradicional

Organización proponente

Asociación de Desarrollo Comunal Indígena
del cantón San Isidro, Panchimalco
(ADESCOINSA)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

1003 mujeres de caseríos de los cantones
de San Isidro Azacualpa y Troncones, y sus
familias

Resultados

- 12 mujeres de todas las edades capacitadas en el tejido de textiles en el telar de cintura
- 8 mujeres capacitadas en la alfarería nahua
- 12 mujeres capacitadas en la elaboración de productos de la panadería tradicional
- 90 mujeres que aprendieron principios básicos de avicultura y que recibieron entre 10 y 15 pollos
- 5 jóvenes capacitadas para ser guías de turismo
- Definición de circuitos turísticos
- Creación de la primera Red de Productoras Nahuas de Panchimalco
- Formación del Consejo de Comunidades Originarias de Panchimalco
- Intercambio intercultural e intergeneracional de conocimientos



Colores y alegría, el trabajo en el telar de cintura nahua pipil.

genas rurales del municipio de Panchimalco, a través de la creación de una red intercomunal de productoras nahuas que canalice la comercialización justa de sus productos.

Como primer resultado, la organización previó fortalecer la identidad cultural, las capacidades y la recuperación de saberes de 30 mujeres a través de cinco módulos productivos: el tejido de textiles, la alfarería y panadería tradicionales, el manejo de aves de corral y el turismo comunitario.

Sin embargo, esta modesta meta fue superada con creces ya que las participantes en todos estos módulos pasan del centenar. Así, 12 recuperaron los secretos de la textilería nahua, ocho de la alfarería, 12 de su panadería, 90 adquirieron conocimientos sobre la crianza de aves de corral y cinco se prepararon para ser guías turísticas comunitarias.

“Habíamos previsto la inscripción de cinco a seis mujeres por cada actividad, pero el interés en todas las iniciativas superó nuestras expectativas”, comenta Iván Villatoro.

El segundo resultado previsto fue que las beneficiarias conformen la Red de Productoras



Nahuas de Panchimalco, cuya misión es garantizar la sostenibilidad del proyecto y gestionar apoyos ante otras instituciones, locales y nacionales; esta meta también fue alcanzada. Se organizaron tres equipos de monitoreo y seguimiento del proyecto, a cargo de las Juntas Directivas de las Asociaciones de Desarrollo Comunal Indígena de tres cantones y ocho subequipos o brigadas de seguimiento para garantizar la presencia territorial.

Las responsables se encargaron del registro fotográfico de las actividades, de verificar el avance de las mujeres en cada actividad, de gestionar las compras y otros.

Con fondos del proyecto también se compró mobiliario básico para que la red de productoras exponga los productos de las asociadas en mercados y ferias.

El punto de partida fue la socialización, seguida por un Taller de Fortalecimiento de la Cultura y Cosmovisión Nahua, dirigido a las líderes de las asociaciones de desarrollo comunal, en el que se debatió sobre la identidad nahua, su historia y se identificó qué los hace diferentes de la población mestiza. El capacitador fue Villatoro, quien es antropólogo.

Textiles

Para recuperar el tejido en el telar de cintura se inscribieron 10 mujeres, entre niñas, jóvenes, adultas y abuelas, cantidad que se elevó a 16.

Ronald Vega, maestro artesano, fue contratado para impartir el taller. Con él, las participantes aprendieron a preparar el hilo, urdir la trama del tejido, montarla en el telar, tejer y dar los acabados finales.

Romilia cree que la producción de textiles en el cuaxtacaquitl puede ser una alternativa de vida. “Estoy viendo cómo se hace, la inversión y veo que sí, que me puede ayudar en el futuro en los gastos del hogar”. Sin embargo, ella también sopesa su falta de experiencia en la producción de textiles y su desconocimiento de cómo es el circuito de ventas.

Por lo pronto, la representante legal de ADESCOINSA dice que se enfocará en “compartir el conocimiento adquirido en los talleres con las personas que no conocen, que no saben y que desean aprender”.

Alfarería

El segundo módulo del proyecto consistió en recuperar los secretos de la alfarería nahua pi-



Generaciones y géneros unidos, el aprendizaje de la panadería.

Los nahua pipil son menos de 3.000

En El Salvador quedan menos de 3.000 personas que declaran que pertenecen al pueblo indígena de Nahua Pipil, según el último censo efectuado en ese país centroamericano (2000), y su lengua, el náhuatl, está en riesgo de desaparición. En 2009, según la Unesco, lo hablaban apenas 200 personas.

Este pueblo indígena es uno de los tres que lograron sobrevivir al etnocidio perpetrado desde el Estado y que hoy representan en conjunto apenas el 0,2% del total de la población salvadoreña.

Sin embargo, académicos y activistas consideran que la aparente reducción de la población nahua pipil tiene su origen en la masacre de al menos 30.000 nahuas perpetrada en 1932 por el gobierno de Maximiliano Hernández, quien ordenó matar a todo aquel que portara un machete, hablara el náhuatl o vistiera la indumentaria de este pueblo en represalia contra el alzamiento indígena en defensa de sus tierras.

Los mayas y los náhuatl son los ancestros de nahuas pipiles, kakawiras y lenkas.

pil para hacer utensilios culinarios. “Se inscribieron 16 compañeras, que se redujo a 10 por factores climáticos y labores agrícolas”, sostiene el informe final presentado por la entidad ejecutora.

Para el desarrollo del taller, la asociación compró los insumos, en particular el barro que es extraído de predios privados; contrató a la maestra artesana Florentina Martínez, quien enseñó a las participantes a identificar el tipo

de barro adecuado para la cerámica, a prepararlo, a modelar las piezas y a cocerlas en los fogones o las fogatas.

Las 10 mujeres que concluyeron la capacitación aprendieron a elaborar artículos de barro para uso doméstico, como comales y sartenes de pequeñas dimensiones.

“Tengo interés en aprender y hacer el servicio (de mesa) y si podemos vender, vamos a ven-



der para sacar algo e ir ayudándonos nosotras mismas”, dice Herminia.

“Comprar las cosas hechas no es como que una las haga, una las elabora a su gusto y si se quiebran no me aflijo, porque las estoy haciendo yo”, agrega.

Ella calcula que en promedio compra un corral de cerámica cada tres meses y ahora prevé destinar ese dinero a cubrir otras necesidades. Sin embargo, con sus 76 años, no cree que pueda convertir la alfarería en su principal fuente de ingresos. “Por la edad, tengo que hacer según mi capacidad”, sostiene.

“Como soy mayor y recibí los talleres, no voy a dejar que queden por perdidos, sino que queden para los hijos, nietos, bisnietos. Nosotros tenemos que enseñarles y seguir dándole seguimiento al proyecto”.

Panadería

En cuanto a recuperar el sabor y los secretos de los panes nahuas, la entidad ejecutora montó y equipó una panadería artesanal, que erigió en un terreno prestado por una de las beneficiarias.

El horno está hecho a base de barro o arcilla, piedras del río, arena y otros materiales que se encuentran en la zona. Todas las participantes aportaron con mano de obra, con el fin de que estén en condiciones de hacer un horno case-ro, a menor escala, en sus viviendas.

La entidad ejecutora adquirió mesas de trabajo, básculas, latas de diferentes formas y tamaños, rodillos, raspadores, recipientes de aluminio y la materia prima.

La maestra panadera de la comunidad, Fidelina Ramos, les enseñó las recetas, los diferentes puntos de cocción de marquesotes, salpores, tortas secas y tortas de yema, entre otros.

“Voy a mandar a hacer un hornito pequeño en mi casa y me voy a hacer pan”, dice. Actualmente, en los caseríos de Panchimalco este artículo de consumo básico es provisto por panaderías del área urbana, que distribuyen sus productos en vehículos y que no tienen la variedad de los panes de su pueblo.

“Si una aprende, tiene que poder hacer”, expresa con ánimo. También ha pensado en enseñarles a sus nietas a trabajar con la masa y el horno para evitar que los productos de la panadería nahua desaparezcan.

La principal dificultad de los primeros tres módulos fue la falta de tiempo de las mujeres para asistir a los cursos, por lo que su frecuencia, de más de una sesión cada siete días, se redujo a una sola clase por semana, de 07.00 a 16.00.

Aves de corral

De las cinco actividades previstas en el proyecto, la cría de aves de corral fue la que despertó más expectativa. 90 mujeres se inscribieron y recibieron capacitación en su manejo, comercialización y compra de un nuevo lote de pollos para que el proyecto sea sostenible. Las capacitadoras fueron mujeres que ya se habían beneficiado de otro proyecto similar ejecutado por el Ministerio de Agricultura y Ganadería.

El siguiente paso fue el montaje de módulos para las aves. Encontrar un proveedor que les entregue los 1.300 pollos ROS308 y Kavir-Sasso fue una de las principales dificultades de esta actividad. Cada beneficiada recibió un promedio de entre 10 y 15 pollos, y 30 libras de alimento concentrado.

“El equipo de seguimiento y monitoreo se encargó de monitorear el estado de las aves con relación al peso y a la tasa de mortalidad, la cual ronda el 10 %”, explica Villatoro. Además, organizó una jornada de vacunación en cada comunidad, con la finalidad de evitar que la mortalidad aumente.



Instantánea de una feria cultural, el objetivo es atraer turistas.

María, quien tiene 47 años y es madre de una niña, espera que la avicultura se convierta en un pilar de su economía, ya que los “pollos indios”, como se conoce en el área urbana a los animales criados en las granjas indígenas, son muy demandados, pues como no son alimentados exclusivamente con concentrados su carne es más sabrosa. “Lo que hago es mezclar maíz con el concentrado, eso hace que la carne sea más maciza, más consistente, que no sea aguada”.

Ella recibió una decena de pollos, que en semanas alcanzaron el peso de cuatro libras. “Como están bonitos, he pensado en venderlos en diciembre y comprar otros”.

Turismo comunitario

El último componente de este proyecto apunta a aprovechar el potencial de Panchimalco y de sus

comunidades para captar turistas y reactivar la economía comunitaria.

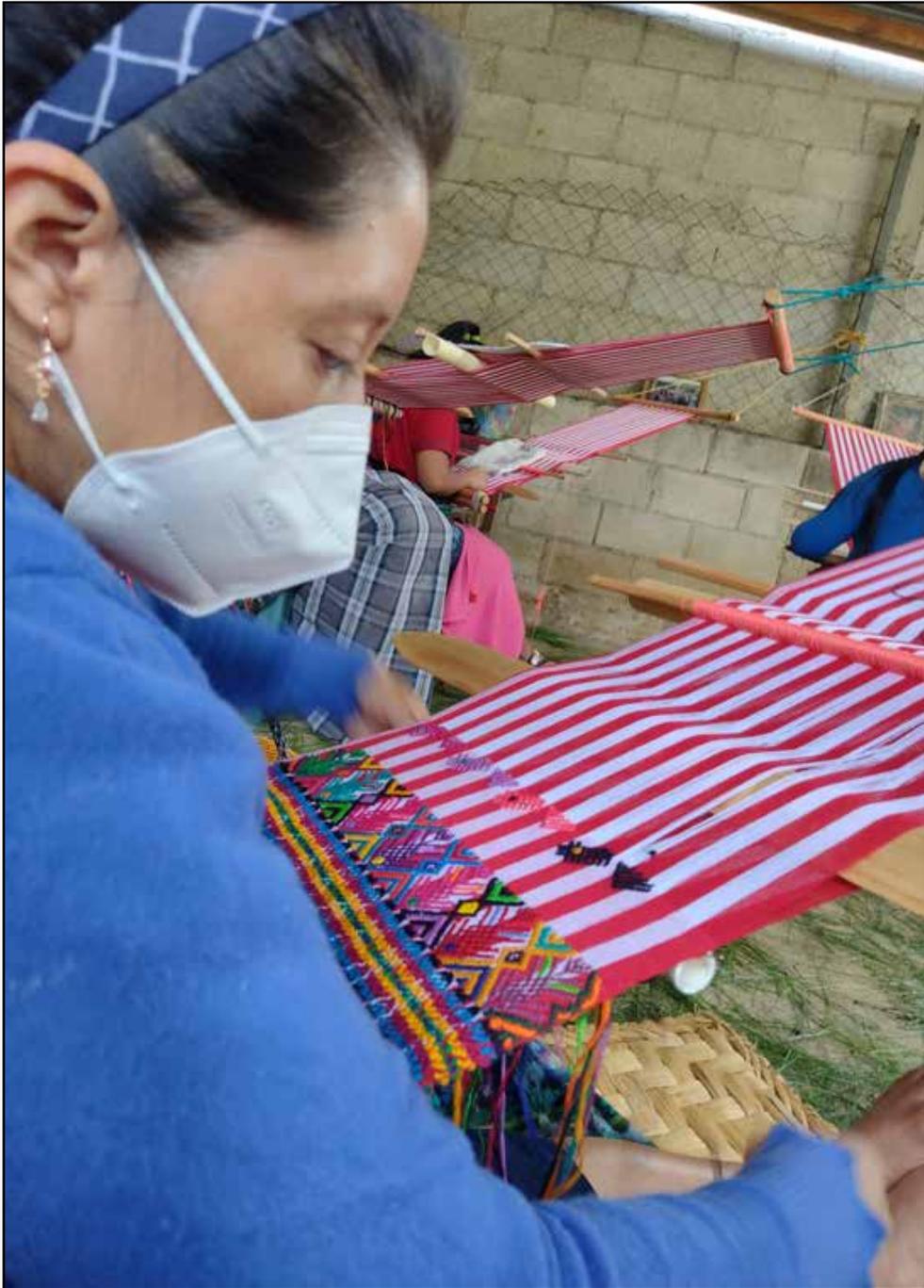
Debido al esfuerzo físico que requiere esta actividad, solo se apuntaron cinco mujeres jóvenes, las que culminaron todo el proceso de formación: talleres de historia, charlas sobre la identidad individual y colectiva nahua y del municipio, identificación del patrimonio cultural de sus comunidades que tengan potencial turístico y capacitación acerca del montaje y logística de eventos culturales. A esta actividad le siguió el trazado de rutas o circuitos turísticos y la elaboración de guiones. Entre los retos, la entidad ejecutora cita la sostenibilidad de cada una de las actividades productivas en el corto y mediano plazo; el fortalecimiento de los conocimientos adquiridos por las beneficiarias y de la red de las productoras nahuas.

“Debido al esfuerzo físico que requiere esta actividad (turismo comunitario), solo se apuntaron cinco mujeres jóvenes”.

ADESCOINSA



Kaqchikel





Telares mayas, trinchera del arte, autorreconocimiento y **resistencia kaqchikel**

Aprender a tejer y vestir el traje maya hecho con sus propias manos no es algo trivial para las mujeres kaqchikel. Es un acto político de resistencia contra el racismo y la “folklorización” de las mujeres de este pueblo indígena; es un autorreconocimiento de su identidad y una forma de contrarrestar el auto-desprecio impuesto por el imaginario colonial, asegura AFEDES.

Desde 2007, la formación política ideológica es una estrategia fundamental de la Asociación Femenina para el Desarrollo de Sacatepéquez (AFEDES), que ejecutó el proyecto Mujeres Mayas Tejiendo Identidad para el Resguardo de sus Conocimientos Ancestrales desde el Arte Textil e Indumentaria.

Este proyecto es uno de los 15 seleccionados por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC, que recibió 8.000 dólares estadounidenses de financiamiento donados por las fundaciones WellSpring y Ford.

Las vertientes productiva y económica de la capacitación en las Escuelas de Tejido —creadas en los municipios mayas de Santiago Sacatepéquez, Santo Domingo Xenacoj y San Juan Comalapa, provincia Sacatepéquez— son también importantes, pero no ocupan el primer lugar.

Madelin y Aura

“En lo personal, no solo aprendí a tejer, aprendí mucho más sobre mí misma y sobre mis derechos como mujer indígena”, dice Madelin Chile, una adolescente de 16 años, una de las 67 beneficiadas con el proyecto.

La adolescente, de cuyas manos salió un hermoso huipil, que es la parte superior de la indumentaria de las mujeres de este pueblo, con franjas en rojo y blanco, nació en una comunidad del municipio de Santiago Sacatepéquez.

Ella cuenta que cuando sale de su comunidad —donde las mujeres aún visten el traje maya de diario—, el peso del racismo se siente en las miradas, sobre todo de los ciudadanos.

“Nos miran como si fuéramos algo diferente, nos sentimos un poco mal. A veces nos sentimos menospreciadas por las otras personas, nos tratan como inferiores y por eso a veces nos sentimos oprimidas”.

“En lo personal, no solo aprendí a tejer, aprendí mucho más sobre mí misma y sobre mis derechos como mujer indígena”.

Madelin Chile

Sin embargo, las palabras de las capacitadoras en los talleres de identidad y formación política han comenzado a germinar, y lo que dicen así lo refleja: “Nos han explicado que no tenemos que sentirnos de esta manera, aunque cada vez hay menos personas que utilizan nuestro traje, es muy bonito, nos representa como mujeres indígenas”.



“Me uní al proyecto con la expectativa de aprender a tejer. Mi abuela decía que no se puede perder la tradición de mi pueblo de hacer su propia ropa. Hay máquinas (con las) que están intentando reemplazar nuestros tejidos, cada vez hay menos personas que tejen, por eso también entré al proyecto”.

La intención inicial de las 67 mujeres que decidieron participar en el proyecto —y cuyas edades oscilan entre 10 y 54 años— fue aprender con el fin de obtener ingresos adicionales para la economía familiar o hacer prendas para vestir a sus familias.

Sin embargo, las Escuelas de Tejidos en las que se capacitaron se convirtieron en un lugar de reflexión, de apropiación y fortalecimiento de su identidad, de empoderamiento y un primer espacio de organización.

“Las escuelas son espacios que permiten a las mujeres empezar a colectivizarse, construir relaciones con otras mujeres en espacios seguros y de confianza que aportan significativamente a sus vidas porque les cambia la dinámica de encierro y recarga de trabajo en el hogar”. En ellos pueden hablar de sus dolores y preocupaciones y, en general, son un espacio de reflexión, de sanación colectiva y de terapia ocupacional, sostiene el informe final de la organización.

Aura Xoc tiene 27 años y cursa el sexto semestre de la carrera de Administración de Em-

presas. La joven explica que si bien para las indígenas es importante tener una formación universitaria, “es más importante que no olvidemos que aprendamos lo que nos identifica, lo que nos distingue como cultura”.

“Solo las personas mayores tejen, no es muy común ver a señoritas o a niñas queriendo aprender a tejer. A mí me faltaba mucho, no sabía tejer”.

Aura admite que le falta afinar los detalles del acabado. A diferencia de las otras participantes, que se inscribieron para dedicarse a tejer y convertir este arte en una fuente de ingresos, ella dice que lo que teja será para uso personal y para sus hermanas.

La universitaria confiesa que se quita la indumentaria de su pueblo en los ambientes donde hay racismo. Sin embargo, destaca que puede usarla para ir a pasar clases si lo desea o para ir a trabajar, siempre que la cultura empresarial no lo prohíba.

“Nuestros trajes, aparte del trabajo que llevan, son llamativos, son elegantes y si una decide vestirse así, lo puede hacer. En mi caso, lo hago, no hay nada que me lo impida”, confía.

Resultados

El proyecto tuvo el principal objetivo de “fortalecer la identidad de las mayas de Guatemala a través de la recuperación de la memoria his-

Alumnas de la Escuela de Tejidos, Santiago de Sacatepéquez.



Nombre del proyecto

Mujeres Mayas Tejiendo Identidad para el Resguardo de sus Conocimientos Ancestrales desde el Arte Textil e Indumentaria

Tipo de proyecto

Artesanía con identidad: recuperación del tejido e indumentaria maya

Organización proponente

Asociación Femenina para el Desarrollo de Sacatepéquez (AFEDES)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

67 mujeres de los municipios Santiago de Sacatepéquez, Santo Domingo Xenacoj y San Juan Comalapa

Resultados

- 67 mujeres mayas tienen elementos de análisis para el autorreconocimiento de su identidad
- Los talleres facilitaron condiciones para que las mujeres inicien un proceso de despertar de conciencia sobre su situación y condición como mujeres mayas
- 67 mujeres fortalecieron su capacidad técnica y productiva a través del aprendizaje del arte textil, que permitió revalorizar este conocimiento ancestral
- Fortalecimiento de la lucha del Movimiento Nacional de Tejedoras para que se reconozca la propiedad colectiva de los tejidos e indumentaria mayas
- Intercambio intergeneracional de conocimientos
- Apertura de un espacio de sanación y terapia ocupacional para las mujeres

Ficha técnica



tórica y el resguardo de conocimientos del arte textil y su indumentaria”, que según AFEDES fue alcanzado.

El método que empleó la entidad ejecutora para arribar a esta conclusión es la evaluación participativa de beneficiarias y capacitadoras designadas por los consejos de tejedoras “Ixoqi’ Ajkemonel chi ru Chajixik ri qatzyaq”, de Santiago de Sacatepéquez; “Ixkoj Ajkem”, de Santo Domingo Xenacoj, y “Kemonela”, de San Juan Comalapa.

Para medir el cumplimiento del objetivo general, la Asociación se planteó dos resultados: fortalecer el pensamiento político de 60 mujeres como sujetas de derechos, a través de acciones formativas, y fortalecer sus capacidades técnicas y productivas en el arte textil mediante procesos de aprendizaje dirigidos por los consejos de tejedoras de los tres municipios en los que se ejecutó el proyecto. Ambas metas fueron superadas, dice la AFEDES; al finalizar el proyecto, las 67 mujeres —siete más que las previstas— aseguraron que ahora tienen elementos de análisis que les permiten reconocer su identidad maya y despertar su conciencia sobre su situación, alternativas para enfrentar el racismo.

En cuanto al segundo resultado, “67 mujeres fortalecieron su capacidad técnica y produc-



tiva a través del aprendizaje del arte textil, y su revalorización”; tomaron conciencia del despojo y la apropiación de los diseños de su cultura por terceros, y lograron “visualizar la elaboración de prendas como un aporte a su autonomía, que trasciende la lógica de la explotación turística”.

La mayoría de las beneficiarias desconocía las dificultades que enfrentan las tejedoras por el plagio de elementos de la cultura maya en las telas sublimadas de bajo costo y calidad, que se abren paso en las comunidades con el empuje de sus bajos precios. Las piezas esenciales del traje femenino maya son el huipil o blusa bordada, el corte que es una suerte de falda sin vuelo y una faja que sirve para mantenerlo en su lugar.

Según Madelin, un huipil normal cuesta entre 1.000 y 1.800 quetzales, que equivalen a poco más de 129 y 233 dólares estadounidenses.

“Hacer un huipil toma entre dos y tres meses, es un proceso largo. Si es un traje completo lleva un periodo más largo, por eso valoramos mucho nuestros trajes”.

Aura agrega que el precio de las prendas hechas a mano depende del tipo de trabajo. “Hay algunos que son más finos, a los que no se les ven los nudos”.

Guatemala tiene una población de 14,9 millones de habitantes (Censo 2018), de los cuales 6,5 millones (43,75 %) se autoidentificaron como indígenas de los pueblos maya, garífuna, xinca y afrodescendientes o creoles.

En este país hay 22 pueblos que descienden del tronco maya y uno de ellos es el kaqchikel, que tiene una población mayor a 1 millón de personas, cantidad que representa el 7,2 % de la población total de ese país centroamericano.

Formación política

Para alcanzar las metas previstas, AFEDES planificó ocho actividades.

Primero celebró reuniones de socialización con integrantes de los Consejos de Tejedoras de los tres municipios citados sobre la organización de las Escuelas de Tejidos, con ellas acordó los aspectos metodológicos, logísticos, de convocatoria, conducción, desarrollo de los talleres y el seguimiento de los procesos de aprendizaje.

“Se logró definir la modalidad de convocatoria, cantidad de participantes, facilitadoras del proceso y el tipo de acompañamiento que los Consejos de Tejedoras ofrecerán al proceso como parte de su trabajo comunitario”.

En segundo lugar, se efectuaron reuniones informativas y de socialización de la estrategia



Mujeres aprenden a colocar el hilo en la urdidora.

Kaqchikel, tercer pueblo indígena más numeroso de Guatemala

El pueblo indígena de Kaqchikel es el tercero con más población de Guatemala, superado solo por el pueblo de K'iche' con 1,6 millones de habitantes y el de Q'eqchi', con 1,3 millones. Sus 1.068.356 habitantes representan el 7,2 % de la población de ese país situado en Centroamérica, de 14,9 millones, y el 17,2 % de los guatemaltecos que se declaran indígenas (censo 2018).

Este es uno de los 22 pueblos descendientes del tronco maya reconocidos por el Estado. Su lengua es el kaqchikel, que pertenece a la familia lingüística maya, y que, según el Atlas de las Lenguas del Mundo en Peligro elaborado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, se encuentra en situación de vulnerabilidad (2010).

general del Movimiento Nacional de Tejedoras con cada uno de los grupos conformados para las Escuelas de Tejidos y de las acciones en curso para lograr ese propósito. Desde 2018, el Consejo despliega una cruzada en varios frentes para el resguardo de la propiedad intelectual colectiva de los textiles e indumentaria maya ante la apropiación de sus diseños por empresarios nacionales y multinacionales e incluso casas de alta costura.

“El intercambio ha permitido reflexionar sobre la pérdida de la capacidad de elaboración de textiles en las comunidades y del uso de la indumentaria maya, que atentan contra la identidad y la preservación de los conocimientos ancestrales”. A esto se suma el robo y plagio de los tejidos, las amenazas contra las tejedoras, los pagos injustos, el regateo. AFEDES también programó talleres sobre identidad y memoria histórica a partir de los tejidos

del pueblo maya, cuyo propósito fue proporcionar a las aprendices elementos de análisis “para la reflexión política sobre su identidad, memoria histórica y el impacto de los sistemas de opresión en sus vidas cotidianas”.

La metodología desarrollada —destaca AFEDES— permite que el proceso de aprendizaje del arte textil no se limite al desarrollo de capacidades técnicas, sino que esté vinculado a un espectro más amplio.

Si de inicio se programaron dos talleres de formación política y fortalecimiento identitario por cada grupo, al final fueron 11.

En estos espacios, las participantes tomaron conciencia de que tejer y vestir la indumentaria maya es “un acto de resistencia frente al racismo”, recibieron charlas sobre la milenaria historia de su pueblo “para resignificarla y re-



valorizarla” ante los prejuicios y estereotipos racistas de la historia oficial.

Formación técnica

En cuanto al desarrollo y fortalecimiento de destrezas para usar los telares de cintura y elaborar las prendas básicas de la indumentaria maya, se realizaron talleres en los que se partió con lo básico.

AFEDES entregó a cada participante hilos, instrumentos para tejer y otros materiales necesarios, y los cursos comenzaron en agosto en Santiago Sacatepéquez y en Santo Domingo Xenacoj, y a principios de septiembre en San Juan Comalapa. Las aprendices en los dos primeros poblados decidieron pasar los cursos dos veces por semana (cuatro horas por jornada) y en el tercero, solo los sábados. Niñas y adolescentes, jóvenes y adultas aprendieron a devanar el hilo (colocarlo en el devanador para

formar los ovillos), a urdir la trama, a colocarla en el telar de cintura y tejer el entramado.

La segunda fase se enfocó en el aprendizaje de la combinación de colores con motivos extraídos de la naturaleza, como flores, granos, piedras y otros, y la elaboración de figuras y símbolos propios de los huipiles de cada comunidad.

Cada una de las participantes hizo un tejido liso, otro con franjas y un muestrario de símbolos y figuras. Algunas, como María, tuvieron la posibilidad de elaborar un huipil de uso diario. Las piezas tejidas como parte del proyecto fueron expuestas en tres eventos públicos efectuados en las comunidades. En Santiago Sacatepéquez coincidió con una reunión del Movimiento Nacional de Tejedoras con la Vicepresidencia de Guatemala, en la que se socializó los avances de la estrategia para preservar la propiedad intelectual y colectiva de los textiles e indumentarias mayas.

En total, se realizaron 118 talleres. Sin contar con el seguimiento domiciliario efectuado por las capacitadoras.

“Las participantes de las Escuelas de Tejidos han expresado su interés y motivación por tejer huipiles de uso ceremonial cuando finalice el proceso de aprendizaje, lo cual es un indicador del nivel de apropiación y fortalecimiento de su identidad”, sostiene el informe final de la Asociación.

“La capacidad de tejer su indumentaria representa reducir el gasto en la compra de textiles de producción masiva, que se basan en el plagio de los tejidos originales elaborados por manos de mujeres tejedoras y que, además, dañan el medio ambiente”.

AFEDES también destaca que la formación política permitió que las beneficiarias valoricen aún más el arte y la ciencia de tejer, y que “puedan tener la fuerza interior para enfrentar la degradación constante que el racismo promueve por vestir su indumentaria maya de manera cotidiana. Cuando las mujeres están fortalecidas desde su identidad, pueden identificar actos que las denigran y empiezan a actuar desde sus espacios familiares y comunitarios”, asegura.

Aura comenta que el empoderamiento femenino también se expresa en el hecho de que mujeres casadas o en pareja ya no tienen que pedir permiso para involucrarse en proyectos productivos.

“A mí me ha ayudado bastante, siempre he tenido muchas inseguridades, siempre fue difícil hablar con otras personas y con la participación en estos talleres me siento con más confianza y seguridad en mí misma”, asegura Madelin.

Combinación de colores, el muestrario se inspira en la naturaleza.



Aprendizajes

Entre los aprendizajes, la organización destaca la importancia de vincular la capacitación técnica con la formación política; el hecho de que en los procesos de formación política se cuente con mujeres que han avanzado en el empoderamiento femenino para compartir sus experiencias.

Como retos quedan en mesa seguir con las capacitaciones, pues el curso básico sobre tejidos en telar de cintura tiene una duración de entre tres y cinco meses, para mejorar la técnica del tejido, bordado y acabado; asimismo, el cálculo de los costos de producción, diseño.

También queda para más adelante la identificación de posibles consumidores y la generación de expoventas, y procurar que las tejedoras reciban precios justos por sus productos.

Venta y trabas

Milvian Aspuac Cón, directora ejecutiva de la Asociación, en la segunda evaluación del avance del proyecto, explicó que los tejidos son, por lo general, mal pagados y que tejer no es rentable debido a su costo. La AFEDES hizo un peritaje socioeconómico, que concluyó que para entrar al mercado y obtener un precio que cubra el tiempo invertido en el trabajo, el

conocimiento, los materiales utilizados y que deje un margen de ganancia a las tejedoras es preciso optar por artículos pequeños, como las bufandas.

La Asociación trabaja desde hace 15 años en la capacitación de los tejidos mayas y en estos tres quinquenios ha observado que hay mujeres que luego de recibir capacitación comienzan a producir para la venta. “Después nos enteramos de que están vendiendo en las comunidades diversos artículos, como servilletas, chalinas, individuales”.

Producir para la venta es una de las estrategias usadas por las indígenas para obtener ingreso extra. Aspuaj explica que las tejedoras de Santiago Sacatepéquez prefieren recibir encargos. “Cuando se les pide un huipil o algún tejido dicen: ‘Bueno, pero me espera unos meses porque ahora tengo pedido’”. Las de Santo Domingo Xenacoj, en cambio, producen primero y luego buscan compradores. Además, elaboran otros productos con hilo, como aretes, collares o pulseras.

“Vamos a ir desarrollando y diseñando estos productos pequeños para que dejen un margen de ganancia para las mujeres”.
Milvian Aspuaj

“Vamos a procurar ir desarrollando y diseñando estos productos pequeños para que dejen realmente un margen de ganancia para las mujeres”. Este es uno de los desafíos que se impone AFEDES.



Nahua y Teenek



La vainilla natural con sello indígena **se abre paso en México**, su país de origen

El profundo e intenso aroma de la vainilla natural que tiene notas de madera, dulce, es casi desconocido para buena parte de los mexicanos que nacieron hace 41 años, cuando las esencias y productos hechos a base de vainilla sintética coparon su mercado.

La vainilla es una de las especias más caras del mundo después del azafrán. Un frasco de 150 mililitros (ml) del extracto natural llega al consumidor final a un precio equivalente a 5 dólares en México, de donde es originaria, mientras los mismos 150 ml de los productos sintéticos cuestan en promedio el equivalente a 0,57 dólares. Esta es la principal razón de la popularización en todo el mundo de las esencias sintéticas o de aquellas hechas con los residuos que ya fueron usados en otro proceso.

Esta especia pertenece al género de orquídeas, se propaga en los húmedos bosques subtropicales. Los árboles hacen de soporte, a los cuales se va adhiriendo la planta por medio de sus raíces; se reproduce a partir de esquejes y su cosecha es anual.

El golpe de la pandemia

La Sociedad de Producción Rural de Responsabilidad Limitada Xi-juika comenzó a prepararse desde 2015 para lanzar al mercado la marca Vainilla Tuknin, palabra ná-

huatl que significa "hermana", un extracto agroecológico sin aditivos y de calidad gourmet.

El beneficiado de las vainas —deshidratación, sudado y fermentación, que intensifican su sabor y aroma— estaba a punto de terminar cuando la Organización Mundial de la Salud catalogó a la COVID-19 como una pandemia y el planeta, literalmente, se paralizó (11.03.2020).

“En 2019 reunimos un montón de vainilla, en marzo terminaba el beneficiado y teníamos que empezar a producir el extracto, que tarda como seis meses, y, de repente, la COVID-19 paralizó todo. Nos quedamos con la vainilla en las manos”, recuerda la presidenta de esta empresa indígena, Sara leth Ramos.

“Lo que hicimos fue transformarla y producir extracto”. Sin embargo, el producto no pudo ser vendido y aún está almacenado a la espera de que la economía se reactive. “Son como 200 cajas de producto que tenemos en dos cuartos de seis por seis en dos municipios”.

“En 2019 reunimos un montón vainilla, en marzo terminaba el beneficiado y teníamos que empezar a producir el extracto y la COVID-19 paralizó todo”.

Sara leth Ramos

La sociedad es el brazo económico de la Asociación Civil (A.C.) Tlalij Yolojti uan Nemistic, fundada en 2015, que debido a la legislación mexicana no puede producir ni comercializar productos. En 2017, ambas, junto con otras organizaciones, dieron vida a la Red



de Mujeres Artesanas, Cocineras Tradicionales y Productoras del Campo de la Huasteca Potosina/Red Mexicana de Comercio Comunitario.

La red está integrada por 20 grupos, que representan a unas 250 mujeres, las que participan de toda la cadena de valor de este producto: siembra y cultivo de la orquídea, beneficiado, transformación, empaque y comercialización.

Las productoras de la red venden la materia prima a la empresa indígena, que les paga “un precio muy bueno”, superior al del mercado; Xijuika contrata a mujeres que no son productoras para que realicen el beneficiado de las vainas. “Puede ser que haya otras mujeres que a lo mejor sean cocineras tradicionales y estén implicadas en el beneficiado, así generamos el autoempleo. Las mujeres participan de diversas formas y no solo de una parte del proceso”, explica la presidenta de la empresa.

“Con poquita producción y poquito terreno sacas más que teniendo una gran parcela de naranja”, dice Gabriela Ramírez. Ella es una de las beneficiarias del proyecto Vainilla Tuknin de la Huasteca Potosina, propuesto por Xijuika, una de las 15 elegidas por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC para canalizar recursos donados por las fundaciones Wellspring y Ford.

“Da ingresos, no sacrificas espacio y sigues cuidando el bosque”, recalca.

Otra de sus bondades es que no requiere de excesivos cuidados; las mujeres pueden cultivarla sin renunciar a sus otras actividades.

Soledad, por ejemplo, es bordadora, maestra y, a la vez, tiene su parcela. Ella borda, sigue dando clases y por ahora se encarga de catalogar unos antiguos textiles que las ancianas de su comunidad le entregaron en custodia.

Objetivo

El proyecto Vainilla Tuknin se desarrolló en la región de la Huasteca, que se extiende por seis estados de México, entre ellos San Luis Potosí. Entre las comunidades o grupos familiares beneficiados se encuentran en los municipios de Aquismón, Tancanhuitz, Matlapa, San Antonio, San Martín Chalchicautla, Tampamolón, Huehuetlán, Tanlajás, Xilitla, Tamazunchale y Ciudad Valles, espacio en el que conviven tres pueblos originarios: los huastecos, que se llaman a sí mismos teenek, los nahuas y los pames.

Familias de los dos primeros pueblos se beneficiaron de la iniciativa.

El objetivo previsto por Xijuika fue poner en marcha una estrategia de reactivación económica para este fruto —expansión de los cultivos y posicionamiento de los productos manufacturados— y lograr que las indígenas nahuas y teenek mejoren sus ingresos a partir del cultivo de este producto.

Saralet Ramos, de blanco, a la izq. comienza la distribución de esquejes.



Nombre del proyecto

Vainilla Tuknin de la Huasteca Potosina, México

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria: promoción y comercialización de vainilla agroecológica dirigida a mercados especiales

Organización proponente

Xijuika SPR de RL

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

Al menos 50 mujeres productoras, entre nahuas o teenek

Resultados

- Creación de parcela escuela, que incluye técnicas productivas ancestrales e innovadoras (intercambio intergeneracional de conocimientos)
- Se incrementó la capacidad productiva de 14 parcelas de mujeres productoras con la siembra de esquejes
- 40 mujeres desarrollaron habilidades en fotografía, diseño de empaque y embalaje
- Empoderamiento económico de mujeres nahuas y teenek
- Envasado y preparado de lotes de extracto de vainilla y semillas, lote de presentaciones de 50 ml, 125 ml, 250 ml y 500 ml



“La reactivación que nos hizo el FILAC nos ayudó a movilizar el producto. No vendimos todo, pero eso nos ayuda a que les sigamos comprando (la materia prima) a las compañeras”, dice Ramos a modo de resumen.

Resultados

Para verificar el cumplimiento del objetivo del proyecto, la empresa indígena se planteó cuatro resultados, los que según Ramos no solo fueron alcanzados, sino superados.

Establecer una parcela escuela que permita la práctica agroecológica de una técnica productiva y mejorar e incrementar la capacidad productiva de al menos 14 parcelas familiares y comunitarias nahuas y teenek fueron los dos primeros.

Desarrollar las habilidades de 40 mujeres de ambos pueblos, adultas y jóvenes, en las diferentes etapas de la comercialización y posicionar al menos dos productos en mercados especiales —agroecológicos y de circuitos cortos (venta directa)— fueron los otros dos.

En un terreno de Tlajil se estableció la parcela escuela y se capacitó a las participantes en la siembra de los esquejes.

“Se utilizaron tanto técnicas ancestrales como innovadoras para mejorar el rendimiento”, explica Ramos.



Para alcanzar este resultado, la empresa indígena propició un diálogo intergeneracional sobre los usos de las plantas en sistemas agroforestales, la planeación de la parcela y la siembra de los esquejes.

También se mejoró e incrementó la capacidad productiva de al menos 14 parcelas, familiares o comunitarias, de los pueblos ya citados. Para ello, las responsables del proyecto efectuaron visitas para verificar la viabilidad de la siembra en la parcela de las mujeres de la Red, desarrollar un taller de capacitación para la siembra y manejo de la vainilla en parcelas familiares.

Los esquejes fueron entregados a las mujeres, con la previsión de que aumenten sus ingresos, al tener más materia prima para vender, y que su voz gane peso y puedan participar en las decisiones familiares y productivas.

“Yo soy productora de todo, tengo esquejes de vainilla, sembré y ahí voy. Todo lo que siembro lo entrego, mi vainilla no tiene químicos ni nada”, cuenta Antonia Flores, indígena nahua.

Los ingresos que obtiene por esa actividad adicional le sirven para apuntalar la economía familiar. “Con lo que mi esposo trabaja no alcanza, por eso decidí sembrar vainilla”.

40 mujeres de la Red, por otra parte, fueron capacitadas en técnicas de fotografía del pro-

ducto y en herramientas y técnicas para elaborar videos promocionales. Además, recibieron un taller de oratoria para que puedan explicar las virtudes de la Vainilla Tuknin.

Para cumplir el cuarto objetivo, la empresa envasó y preparó de lotes de extracto y de semillas en presentaciones de 50 ml, 125 ml, 250 ml y 500 ml.

“También organizamos una gira para agendar citas en empresas y corporaciones, con el objetivo de que les presentemos los productos. Fuimos a la Ciudad de México, Coahuila, Baja California, Guadalajara y San Luis Potosí. Nos reunimos con chefs y dueños de restaurantes”.

Entre los encuentros más importantes y productivos, Ramos cita el sostenido con Paulina Abascal, quien es considerada la mejor chef pastelera de México; en Coahuila, con la administración de la tienda agroecológica Villa de Patos, que tiene sucursales en las tres principales ciudades de México. “Ellos nos compraron y nos volvieron a comprar”.

La empresa también presentó sus productos en la tienda de panadería y postres Mille Délices, el hotel hacienda Mar de los Cabos, en la feria exposición de la Asociación Nacional de Tiendas de Autoservicio y Departamentales, que reúne a proveedores de grandes empresas de la región.



El envasado del extracto de Vainilla Tuknin, de calidad gourmet.

231.213 personas hablan una lengua indígena en San Luis Potosí

¿Cuántos indígenas viven en México y, en particular, en el estado mexicano de San Luis Potosí? El dato más aproximado es el de la cantidad de pobladores de tres años y más que hablan una lengua indígena.

“La población de tres años y más hablante de alguna lengua indígena asciende a 231.213 personas (8,6 % de la población total). En proporción, este grupo de población disminuyó en relación con 2010 cuando conformaban 10,6 % del total de la población (256.468 habitantes)”, dice el reporte de resultados del Censo 2020 del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).

En la boleta censal básica no existe una pregunta sobre autoidentificación indígena ni una explicación del INEGI de cómo cataloga a la población menor de

tres años que habla un idioma indígena o que nació en un hogar indígena.

En el acápite de etnicidad, solo hay tres preguntas: ¿Habla algún dialecto o lengua indígena? ¿Qué dialecto o lengua indígena habla? ¿También habla español?

Sin embargo, a los afrodescendientes se les pregunta por sus antepasados y de acuerdo con sus costumbres y tradiciones, ¿(se considera afroamericano(a) negro(a) o afrodescendiente?

“El 2,0 % de la población total del estado (55.337 personas) se autorreconoce como afroamericana o afrodescendiente”, dice la autoridad estadística mexicana.

Las lenguas indígenas con mayor cantidad de hablantes en el estado de San Luis Potosí son el náhuatl (52,6 %) y el huasteco (41,4 %).

Como quinta actividad, Xijuika desarrolló su portafolio de productos, en formato digital, que consta de fichas técnicas del producto, listas de precios y presentaciones de la vainilla en tres de sus presentaciones: en vaina envasada al vacío, extracto y vainilla en gel.

La entidad ejecutora y las socias también participaron en mercados orgánicos para exponer sus productos, y fortalecieron y actualizaron sus empaques: adquirieron frascos de vidrio

para mejorar la presentación de sus productos, actualizaron el etiquetado sobre la base de los lineamientos de la Administración de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos, entre otros.

“Hemos ido a lugares donde casi no nos cuestionan el precio porque el producto es de muy buena calidad y nos compraron”. Sin embargo, hubo consumidores, sobre todo en la ciudad de México, que pusieron reparos.

Prejuicios

Entre los problemas que se presentaron durante la ejecución, Ramos hace hincapié en los prejuicios de los representantes de las grandes tiendas comerciales respecto a las empresas indígenas y, en particular, a las formadas por mujeres indígenas.

“Nos dicen: ‘¿Puedes esperar seis meses a que te pague?’ Pues claro, si esperamos con el producto en nuestra bodega”.

“También preguntan: ‘¿Tienen suficiente producción?’; ya les explicamos que tuvimos una producción muy grande en la primera cosecha”. Por último, también cuestionan sobre la “promotoría” y si tenemos la capacidad para que los productos no se estancan en los estantes.

“Cuando nos presentamos como empresa de mujeres indígenas piensan en pequeñas producciones, como individuales. Creo —dice Ramos— que lo que hay que hacer es reivindicar la calidad y capacidad de producción que tenemos las mujeres indígenas que nos organizamos, y reivindicar las marcas indígenas”.

“Somos una empresa formal con procesos productivos de alta calidad y que no es de favor, de verdad nuestro producto lo vale”.

Aprendizajes y retos

Entre las lecciones aprendidas, la Directora de Xijuika destaca tres:

La unión de productoras en diferentes etapas de la producción de vainilla logra mejor enfoque y optimiza tiempos para obtener productos de calidad de exportación.

Los emprendimientos de mujeres indígenas confrontan prejuicios que muestran una amplia brecha en el acceso a mercados, en particular a las grandes cadenas, pese a que sus productos cumplen con las normas sanitarias, de volumen y calidad.

“Hacer alianzas con otras entidades nos permitió acceder a clientes potenciales, reivindicando el uso y saberes comunitarios”.

En cuanto a los retos, esta empresa indígena se planteó promover una campaña latinoamericana que posicione a las empresas cooperativas u organizaciones productoras lideradas y conformadas por mujeres indígenas como sinónimo de alta calidad; dar continuidad a las relaciones y contactos establecidos en las giras para concretar acuerdos comerciales y tender redes con las otras iniciativas financiadas por el fondo Tejiendo Redes del FILAC para ayudar a comercializar los productos en otros países.



“El FILAC tiene mucha metodología, muchas relaciones de confianza y nosotras pensamos que podemos sostener un camino continuo, a lo mejor desde una página o un sello”.

Por lo pronto, Xijuika utiliza las plataformas de Instagram y Facebook para promover sus productos: https://www.instagram.com/tuknin_vainilla/?hl=es y <https://www.facebook.com/VainillaTuknin/>.

Valor

¿Por qué cuesta tanto la vainilla natural? La primera razón es por la escasa oferta, notoria a mediados de 1980, cuando la esencia sintética invadió los mercados en todo el mundo. Hoy, los consumidores se decantan por los productos naturales, sin aditivos y, mejor, si son agroecológicos.

La segunda es que estas especies de orquídea silvestre tarda unos tres años en florecer, sus flores viven apenas 12 horas antes de marchitarse y si en este periodo no es polinizada, no hay frutos.

Las productoras deben esperar nueve meses más antes de comenzar a cosechar las vainas, que se recogen cuando aún están verdes.



Ramos con la chef Paulina Abascal, considerada la mejor de México.

En esta etapa, las productoras tienen que redoblar los cuidados. Debido a su buena cotización en el mercado mexicano, “hay personas que aprovechan la noche y entran a robar, nos roban las vainas”, cuenta Gabriela. Después, comienza el proceso de curación o beneficiado de sus frutos.

Antonia Flores, del pueblo nahua, explica que este es un proceso complejo, ya que las vainas por dos a tres meses son asoleadas en los llamados “catres” que todos los días deben ser sacados al sol y vueltos a guardar.

“El sudado produce transformaciones químicas y permite que las vainas se deshidraten y maduren. Los ‘catres’ permiten que haya circulación de aire, lo que hace que no se produzcan cambios bruscos de temperatura”, apunta Ramos. Así, se obtiene una textura más aceitosa, indicador de los cuidados que se le dio durante el curado.

El proceso consta de al menos 12 pasos antes de que la Vainilla Tuknin en su presentación más bási-

ca —vainas empacadas al vacío— llegue a los puntos de venta:

Siembra de los esquejes, poda y control de la composta hasta que la planta llegue a la etapa de floración, entonces los cultivadores deben proceder a la polinización, manual o natural, esperar el desarrollo de los frutos y proceder a la cosecha.

Luego viene el despezonado de las vainas, el lavado, su clasificación, el marchitado, el sudado y el tiempo que requiere el producto para madurar, la selección según su uso, es decir para producir extracto, gel de semillas o venta en forma de vainas. En este último caso se procede al empaclado al vacío y a su comercialización.

Para clasificar las vainas, las productoras deben tomar en cuenta su textura, humedad y tamaño.

La transformación de la materia prima en extracto o gel de semillas requiere de otros procesos. Todo este trabajo previo se refleja en el precio al consumidor final.

“Hemos ido a lugares donde casi no nos cuestionan el precio porque el producto es de muy buena calidad y nos compraron”.

Saralet Ramos



Mayangna





Semillas de **esperanza** y **empoderamiento** para 20 mujeres mayangna

Inundaciones, deslizamientos, graves daños a la infraestructura pública, destrucción de viviendas, anegamiento de extensas áreas de cultivos. Eso y más dejaron a su paso los huracanes Eta e Iota, que barrieron Centroamérica con torrenciales lluvias y vientos de hasta 230 kilómetros por hora en noviembre de 2020.

En Nicaragua, en el territorio Mayangna Sauni Arunkga (su acrónimo es Matumbak), Región Autónoma de la Costa Caribe Norte, hubo familias que no lograron salvar ningún tipo de alimento, ni siquiera semillas.

Matumbak se encuentra dentro de la Reserva de Biosfera Bosawas, la más grande y de mayor biodiversidad de Centroamérica, tiene su propio Gobierno Territorial Indígena y en este espacio viven las nueve comunidades mayangna.

Este pueblo indígena practica la agricultura de subsistencia y antes de los dos huracanes cultivaba arroz, yuca, banano, plátano, malanga (variedad de tubérculo similar a la yuca), quequisque (tubérculo con alto contenido de almidón), maíz y frijoles.

“En 2020, la región fue arrasada por dos huracanes y eso afectó bastante la economía del territorio, en cierto momento hubo es-

casez, mucha escasez. Fue muy difícil superar esta etapa”, recuerda Gilvio Frank, administrador financiero del proyecto.

Tras la devastación, la Organización de la Mujer Indígena Mayangna (cuyo acrónimo es Mayakat) presentó al fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC el perfil del proyecto Seguridad Alimentaria por el Establecimiento de Huertos Biointensivos, Manejo y Diversificación Participativa en Nueve Comunidades Indígenas del Territorio Matumbak.

Mayakat no forma parte de la estructura del Gobierno Territorial Indígena, pero este la reconoce como una organización que representa a las mujeres de este pueblo. La junta directiva de esta organización está integrada por un representante por cada una de las nueve comunidades.

La entidad “tocó puertas para obtener un pequeño proyecto con el cual pudiéramos retomar las actividades agrícolas. En este proceso de búsqueda recurrimos al FILAC, que nos dio la oportunidad de iniciar este proyecto piloto”.

El FILAC seleccionó esta propuesta, una de las 15 que recibieron 8.000 dólares estadounidenses de financiamiento donados por las fundaciones Wellspring y Ford

“En 2020, la región fue arrasada por dos huracanes y eso afectó bastante la economía del territorio (...) hubo escasez, mucha escasez”.

Gilvio Frank



para ponerlas en práctica. A la conclusión del proyecto, a fines de octubre de 2021, la organización ejecutora reportó el cumplimiento de sus metas. Se establecieron 20 parcelas biointensivas, con un área de media manzana (3.500 m²) por cada beneficiaria.

La manzana es la medida de superficie que aún se usa en Nicaragua, herencia del pasado colonial; equivale a una superficie de 100 varas de ancho por 100 de largo (100 varas cuadradas) u 83,82 metros x 83,82 metros. Los españoles usaron esta medida para construir las ciudades en Hispanoamérica y su uso se trasladó también al ámbito agrícola. La superficie total sembrada con hortalizas y variedades de plátano es de aproximadamente siete hectáreas, que en la unidad de medida de superficie de Nicaragua equivale a 10 manzanas (10 mil varas cuadradas).

También se dio un paso importante hacia la diversificación productiva y a la revalorización del ayote, que es un zapallo arbustivo, y el pipián, una variedad de calabaza, propios de la alimentación mayangna, que se habían dejado de cultivar y consumir.

En el proyecto participaron 20 mujeres de las nueve comunidades del territorio Matumbak: Mukuswas (cuatro beneficiarias), Pansuhwas (dos), Wassah (dos), Yapuwas (dos), Ispayuilina (tres), Mahalwas (tres), Ibanwas (dos), Wiu-nakwas (una) y Wakilwas (una).

Lidia Damásio López, de 60 años, de la comunidad Mukuswas, es una de ellas. Tiene siete hijos, tres formaron sus propias familias y dejaron la casa. Ella solo habla en su idioma materno —el panamahka o sumo, nombre que este pueblo rechaza por lo que connota—, vive con su esposo, además de cuatro de sus hijos y nietos.

Lidia se unió porque “no tenía qué comer. Ella se sumó al trabajo para alimentarse y para alimentar a su familia”, dice a través de Kiatrina David, coordinadora del proyecto, quien traduce sus palabras al español.

En su huerto sembró diversas variedades de plátanos y tres tipos de hortalizas. Sin embargo, tendrán que pasar seis meses para que pueda cosechar tomate, pepino y ayotes, y dos años para obtener la primera cosecha de plátanos. Todo lo que produzca la parcela será destinado al consumo familiar, asegura.

El territorio Matumbak tiene una extensión aproximada de 484 km² y una población de 27 mil personas.

En el curso del proyecto quedó claro que los indígenas no solo tienen que sufrir el castigo de la naturaleza, sino la amenaza de colonos y empresas que quieren asentarse en su territorio —de enero a la fecha de 2021 cometieron tres masacres—. Las mujeres, además, deben soportar el peso del patriarcado.

Mujeres siguen atentas el taller de socialización del proyecto.



Nombre del proyecto

Seguridad Alimentaria por el Establecimiento de Huertos Biointensivos, Manejo y Diversificación Participativa en Nueve Comunidades Indígenas del Territorio Mayangna Sauni Arungka (Matumbak)

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria

Organización proponente

Organización de las Mujeres Indígenas Mayangna del Territorio Mayangna Sauni Arungka (Mayakat)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

20 mujeres de nueve comunidades del pueblo Mayangna

Resultados

- Establecimiento de 20 parcelas con el sistema de cultivos biointensivos
- Diversificación de los cultivos
- Recuperación del pipián y el ayote, cuyo consumo había sido abandonado
- Se dio pasos hacia el empoderamiento económico de las mujeres
- Creación de una Red de Productoras indígenas Mayangna, destinadas a gestionar la comercialización del producto de las huertas
- Intercambio de conocimientos y saberes



El machismo de esposos y cónyuges estuvo a punto de echar a pique esta iniciativa. Algunas mujeres anunciaron su intención de retirarse o simplemente dejaron de asistir a las capacitaciones, por lo que quienes estaban a cargo tuvieron que ir a sus viviendas para hablar con ellos y explicarles los beneficios de este proyecto para toda la familia.

Objetivo y resultados

Mayakat se planteó el objetivo de forjar buenas prácticas de producción de alimentos saludables, garantizando la seguridad alimentaria de las familias mayangna de las nueve comunidades.

Para cumplir ese propósito, la entidad ejecutora optó por el método de cultivo biointensivo, propio de la agricultura ecológica y sustentable, que busca altos rendimientos, con bajo consumo de agua, a través de técnicas como el arado profundo, el uso de composta, semilleros y la rotación y asociación de cultivos.

Este último principio —que permite optimizar el riego, el abono y demás— fue aplicado en las



parcelas familiares con la siembra de diferentes variedades de plátanos junto con las hortalizas. Entre los resultados propuestos inscribió la elaboración del plan de producción de cultivos biointensivos en 10 manzanas en las nueve comunidades indígenas, la habilitación de las parcelas y el intercambio de experiencias entre los beneficiarios.

Todos estos resultados fueron cumplidos, destaca Frank. En el conjunto de huertas se sembraron 250 cepas de bananas nativas (o bulbos), combinadas con 100 plantas de pipián, 100 matas de ayote, 150 plantas de tomates y 100 de pepino.

Entre las actividades desarrolladas para alcanzar el primer resultado, se contrató a dos profesionales con el fin de elaborar el plan de producción de los huertos biointensivos que luego fue socializado con las comunidades.

Respecto al resultado dos, las participantes se capacitaron en la preparación de las parcelas, recibieron herramientas y semillas, procedieron a la siembra y luego los profesionales hicie-

ron un seguimiento a las parcelas para orientar a las familias beneficiadas y asegurar el buen manejo de los huertos.

“Se había hablado de que íbamos a implementar la siembra colectiva en cada una de las parcelas. Sin embargo, debido a la distancia, al final se pidió a cada beneficiaria que lo haga con su familia”, apunta Frank.

“No sabíamos cómo sembrar bananos, no teníamos capacitación de un ingeniero que tenga conocimiento sobre el cultivo”, dice Karen Melendres, de 30 años, casada y con dos niños, quien vive en la comunidad Wassah.

El proyecto para ella es importante sobre todo por la capacitación que recibió para sembrar y abonar hortalizas y bananos.

Karen decidió cultivar tomates, chile, chiltoma (chile dulce, es decir sin picante) y pepinos.

“A raíz de los huracanes nos quedamos sin alimentos. Lo que nos dieron esta vez es poco, solo va a ser para consumo familiar. Para llevar



Las semillas compradas por el proyecto para repartirlas entre las beneficiadas.

Pueblo de Mayangna, una historia de resistencia

En el territorio de Nicaragua viven siete pueblos indígenas: Chorotega (221.000 habitantes), Cacaopera o Matagalpa (97.500), Ocanxiu o Sutiaba (49.000), Nahoá (20.000), Mískitu (150.000), Rama (2.000) y los Mayangna (27.000), a los que se suman los creoles o afrodescendientes y los garífunas, reconocidos por el Estado como comunidades étnicas.

La de los mayangnas es una historia de resistencia, de continuos desplazamientos para sobrevivir al genocidio. En 1830 se asentaron en lo que es hoy su territorio.

Poseen un idioma y un sistema de organización propio, están divididos en 75 comunidades y nueve territorios o comunidades. En 1995, las nueve comunidades mayangnas consolidaron el Territorio Mayangna Sauni Arungka (Matumbak), cuya demarcación y titulación culminó el 5 de junio de 2010.

El proceso de saneamiento, sin embargo, no ha concluido y el territorio indígena es amenazado por colonos, traficantes de tierras y empresas deseosas de expandir la frontera agrícola y pecuaria.

Desde 2015, diversas organizaciones promotoras de los derechos humanos indígenas denunciaron ataques sistemáticos contra este pueblo y el Mískitu, que habitan en la Reserva de la Biosfera Bosawas.

Solo en 2021, los mayangna fueron blanco de cuatro ataques armados. El 22 de enero se produjo el primero, en el Territorio Mayangna Sauni As, comunidad Karah Wilú: cuatro guardabosques indígenas fueron heridos de bala.

El 4 de marzo se produjo un nuevo ataque, esta vez en la comunidad Kimakwas, Territorio Mayangna Sauni Arungka: un joven fue baleado cinco veces.

El 10 de mayo, el blanco fue la comunidad Silamwas con el saldo de dos heridos.

El último se produjo el 23 de agosto, 11 indígenas murieron a manos de presuntos "colonos" que los atacaron cerca de una mina artesanal, entre las víctimas había dos mujeres. De los 11 asesinados, tres eran mayangnas. Pero, la Policía aseguró que se trató de un conflicto entre indígenas por una mina de oro.



al mercado y vender necesitamos sembrar más productos”.

En lo que toca al resultado tres, Frank informó que el intercambio de experiencias se realizó con participación de Mayakat y miembros de la junta directiva del gobierno territorial indígena de Matumbak.

“Pensamos que esto podría ser de gran magnitud, lamentablemente tuvimos algunas bajas en las familias (COVID-19) y en la organización”.

También se creó la Red de Productoras Indígenas Mayangna del territorio Matumbak, cuya finalidad es fortalecer a las mujeres productoras e ir tomando acciones para la comercialización de los excedentes, con el fin de generar un ingreso para cubrir gastos básicos de la familia. “Este es un mecanismo un tanto nuevo para la comunidad indígena, la red va a funcionar en el momento de la cosecha”.

Patriarcado

Al margen de las condiciones climáticas, la distancia entre comunidades y los contagios con la COVID-19, la principal y más preocupante dificultad fue la presión que ejercieron las parejas de las mujeres para que dejen los talleres.

“La cultura machista de los cónyuges de las beneficiarias en un momento dado limitaba el

desarrollo de las actividades”, se lee en el informe final del proyecto.

“Tuvimos —agrega— que visitar casa por casa para sensibilizar(los) un poco y que permitan a sus parejas seguir (con el proyecto)”.

Sin embargo, este proyecto piloto abonó el camino para que las mujeres retomen la actividad agrícola que hoy es desarrollada por los hombres.

“Ha sido —dice Frank— una cuestión muy difícil, muchas ONG han trabajado este tema, pero cuando vas a las comunidades entras en shock. Es necesario que trabajemos, hemos estado visualizando dar charlas, en cuestiones de género, de roles, de lo que significa que una mujer se vaya empoderando”.

Otro contratiempo fue usar, desde la formulación del proyecto, las hectáreas como medida de superficie, que no es la misma que emplean las comunidades, lo que trajo inconvenientes a la hora de presentar y evaluar los resultados.

Entre los retos y próximos pasos, la entidad ejecutora mencionó: superar los modelos e ideologías del patriarcado, del machismo; fortalecer y capacitar a las integrantes de Mayakat; suscribir convenios con otras entidades para dar continuidad a estos procesos



Semillas e instrumentos son entregados a las mayangnas bajo lista.

de desarrollo con identidad y seguir buscando recursos para nuevos proyectos que contribuyan al empoderamiento e independencia económica de las mujeres mayangnas.

“Vamos a darle continuidad a este proyecto en la medida de nuestras posibilidades. La organización no cuenta con recursos, pero es voluntad de sus integrantes ir promoviendo y hablando con las mujeres para que, en el mo-

“En 2020, la región fue arrasada por dos huracanes y eso afectó bastante la economía del territorio (...) hubo escasez, mucha escasez”.

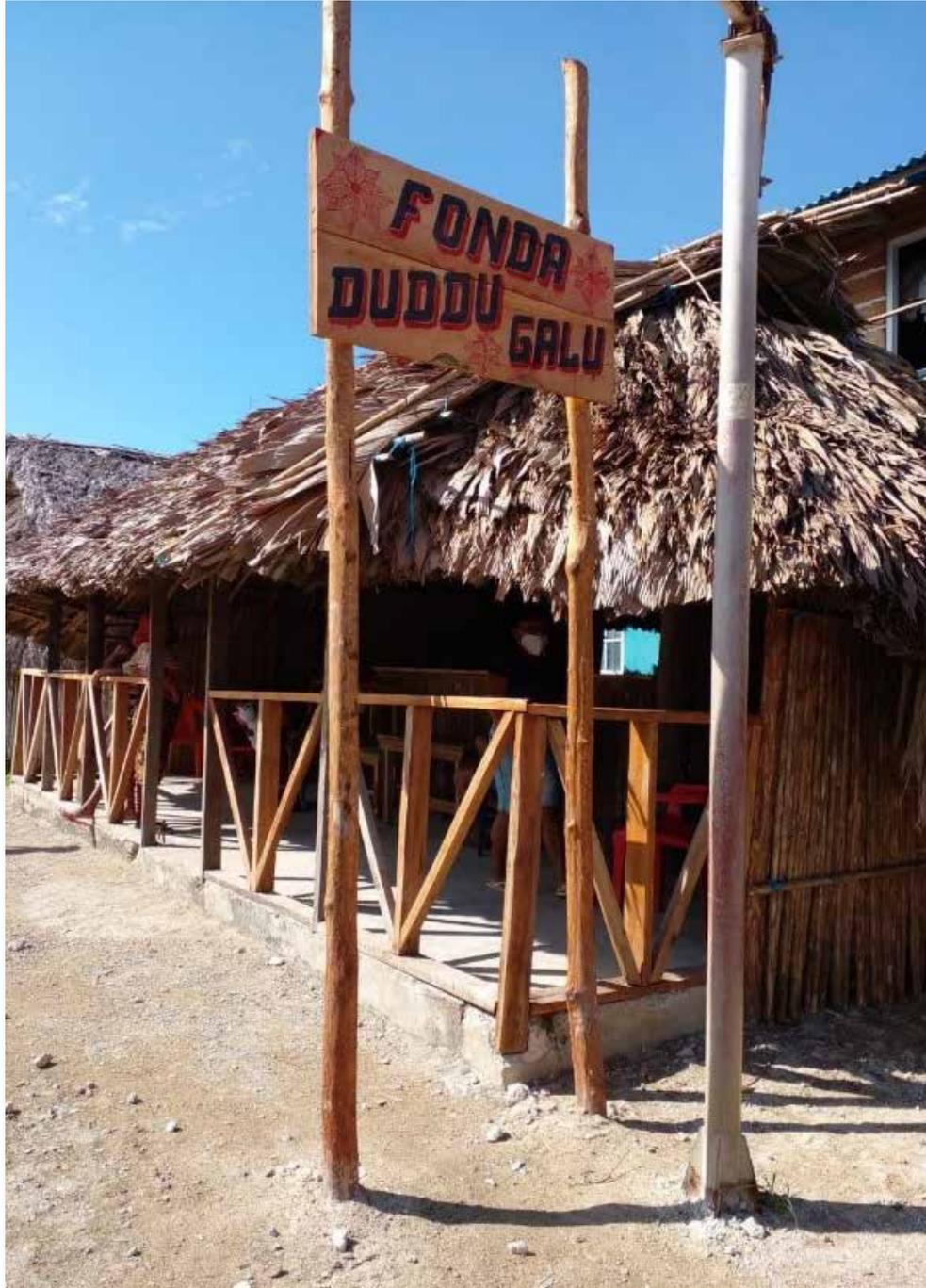
Gilvio Frank

mento de la cosecha, las semillas que se obtengan se compartan con otras compañeras”.

Frank está convencido de que esta estrategia dará resultado y permitirá ampliar el número de beneficiadas. “Uno viene a esta vida a luchar, a salir adelante en conjunto, la cosmovisión de los pueblos indígenas es el trabajo colectivo, la unidad y la solidaridad para sobrevivir”.



Guna





No solo es cuestión de recetas; el rescate de la gastronomía guna

La cultura guna está constituida por múltiples prácticas sociales y la culinaria es una de ellas. A través de ella se expresa la identidad de los pueblos y por ello el rescate de la gastronomía guna no es solo una cuestión de recetas, sino es una acción de preservación de la memoria colectiva y de la identidad cultural.

Este proyecto, además, reintroduce el cultivo de hortalizas y provee de fuentes alternas de nutrientes a la comunidad, contribuye a su soberanía y seguridad alimentaria, y fortalece el liderazgo y empoderamiento femeninos.

Todos estos efectos fueron logrados por 20 mujeres de la comunidad Dadnakue Dubbir, beneficiarias del proyecto Mujeres Gunas, Liderizando Economías Familiares en Tiempos de Pandemia COVID-19.

Esta iniciativa de la Red de Mujeres Indígenas sobre Biodiversidad de América Latina y El Caribe (RMIB-LAC) fue elegida por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC, que canalizó 8.000 dólares estadounidenses. El dinero fue donado por las fundaciones Wellspring y Ford.

Dependencia

La gravedad del problema vinculada a la seguridad y soberanía ali-

mentaria es retratada por Desideria López, de 26 años, madre de tres hijos.

“Antes, casi todo les comprábamos a los colombianos: arroz, maíz, plátanos, azúcar, yuca. Ahora, nosotros podemos trabajar en nuestra comunidad y vender ahí mismo, y ya no depender de si los colombianos traen o no su mercadería”.

En Panamá viven siete pueblos indígenas: Ngäbe, Buglé, Guna, Emberá, Wounaan, Bri-bri y Naso Tjërdi. La población indígena, de 417.559 personas, representa el 12 % del total de los habitantes de este país (Censo 2010).

El pueblo de Guna, de 80.526 personas, habita en una estrecha franja costera al este del Caribe panameño y en algunas islas del archipiélago circundante.

El proyecto articula el encadenamiento productivo y los circuitos cortos: las mujeres cultivan, transforman y venden.

La idea surgió de ellas, que hace un par de años comenzaron a sembrar diferentes productos en sus huertas y abrieron la fonda tradicional, que tuvo que cerrar por la pandemia. Este año, ya con el financiamiento del FILAC, la iniciativa fue reencaminada.

“Mucha gente no cultivaba ni plátanos. Ahora ya estamos cultivando ñame (un tubérculo), zapallos, yuca y plátanos”.

Desideria López



Objetivo y resultados

El objetivo que se trazó la RMIB-LAC fue fortalecer las capacidades de las mujeres en la recuperación y revitalización de la gastronomía, por la soberanía y seguridad alimentaria, con el fin de mejorar la calidad de vida de sus familias y comunidades, diversificando las semillas nativas. En este proceso, se buscaba también visibilizar su aporte al desarrollo de sus comunidades y fortalecer su liderazgo en los espacios de toma de decisión.

En la presentación de resultados, López destacó que estos objetivos fueron cumplidos.

Así, en cuanto al primer resultado, se fortaleció el conocimiento de dos docenas de mujeres gunas en recuperación de recetas tradicionales y soberanía alimentaria y se las capacitó en contabilidad.

“El trabajo en los talleres ha permitido que 20 mujeres indígenas estén liderando cambios económicos dentro de la comunidad, promoviendo el desarrollo sostenible de acuerdo con sus conocimientos tradicionales, demostrando sus capacidades y siendo un referente para las demás”, dice el reporte final.

La remodelación de una fonda tradicional, que ofrece un menú hecho a base de los productos cosechados por ellas, era el segundo resultado esperado y fortalecer cuatro huertos con semillas diversificadas, el tercero.

Semillas

En los cuatro huertos familiares escogidos se sembró semillas de yuca, otoi y ñame (dos especies de tubérculos), arroz rojo, maíz criollo y plátanos, ingredientes para preparar las recetas sacadas de la galera del olvido.

“Este trabajo indirectamente aportó conocimientos y estrategias a las más de 300 mujeres de la comunidad Dadnakue Dubbir, ya se capacitó a las lideresas y se acordó que ellas compartan lo aprendido a las socias de las organizaciones de base”, sostiene el informe final.

“Mucha gente no cultivaba ni plátanos. Ahora mismo ya estamos cultivando ñame (un tubérculo), zapallos yuca y plátanos”, comenta Desideria, quien anticipa que trasladará todos los conocimientos adquiridos a sus hijos.

“Uno de los impactos de la colonización fue que las mujeres se quedaron en las casas y no desarrollen trabajos en el campo, pero en la memoria prevalece el recuerdo de que ellas trabajaban en el campo, acompañando a hermanos, padres o compañeros”, sostiene Florina López, representante legal de esa organización.

Para alcanzar esos resultados, la entidad llevó a cabo una decena de actividades. El punto de partida fue la socialización del proyecto con las beneficiarias y autoridades comunitarias, la realización de tres talleres sobre sistemas propios y recetas tradicionales, nociones básicas



Preparación de la tierra para la siembra de productos nativos.

Nombre del proyecto

Mujeres Gunas, Liderizando Economías Familiares en Tiempos de Pandemia de COVID-19, en la Comunidad de Dadnakue Dubbir

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria: revitalización de la gastronomía guna, restaurante de comida tradicional e implementación de huertos

Organización proponente

Red de Mujeres Indígenas sobre Biodiversidad de América Latina y El Caribe (RMIB-ALC)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

20 mujeres de la comunidad Dadnakue Dubbir, de la comarca Guna Yala

Resultados

- 20 mujeres capacitadas en gastronomía guna lideran cambios económicos en su comunidad
- Preservación de la memoria e identidad cultural
- Intercambio intergeneracional de conocimientos
- 20 mujeres capacitadas en contabilidad básica y en los principios de la soberanía y seguridad alimentaria
- Diversificación de cuatro huertos familiares con semillas como la yuca, el otoi, el ñame y también el arroz rojo, maíz criollo y plátanos
- Contribución a la soberanía y seguridad alimentarias
- Alianza con otras dos comunidades para emular el proyecto
- Involucración de autoridades indígenas con el proyecto



de contabilidad y soberanía y seguridad alimentaria en tiempos de COVID-19, cada uno de dos días, y la remodelación del local.

El jardín

La fonda —llamada Duddu Galu en su idioma, el dulegaya, que equivale a jardín en español— estuvo cerrada por más de un año a raíz de la pandemia. Con su reapertura, ellas tienen un espacio donde pueden preparar y vender los platillos y bebidas rescatados del olvido.

En la planta baja está una cocina independiente, siguiendo el modelo de las viviendas gunas, y el comedor; en el piso superior hay un salón de reuniones.

Tras la remodelación se decidió elaborar un menú basado en las recetas gunas, que estará abierto al público de forma constante.

Los insumos serán comprados a las propietarias de las huertas beneficiadas, las que tendrán una oportunidad de incrementar sus ingresos.

“Las mujeres fortalecen su emprendimiento económico, al utilizar las recetas tradicionales



revitalizan y recuperan los conocimientos del pueblo guna”, precisa el documento citado.

Por lo pronto, los potenciales clientes de este local son los maestros que empezaron a retornar a las comunidades, donde el sistema de clases semipresenciales por la COVID-19 está de vuelta.

“El próximo año se volverá a las clases presenciales, las compañeras van a ofrecer los alimentos a los profesores, quienes buscan dónde comer porque no tienen tiempo para preparar su propia comida”, apunta la coordinadora.

Desideria también cree que en la zona se reactivará el turismo y el flujo de personas, ya que Dadrakue Dubbir es punto de paso obligado para dirigirse al archipiélago.

Posteriormente, RMIB-LAC procedió a la compra de semillas de yuca y otoi de otras comunidades. “Se logró crear una alianza muy fuerte con los productores del lugar, que apoyaron en la consecución de algunas semillas como el arroz rojo para el próximo cultivo, el otoi, la yuca y las semillas de zapallo”.

“Con la ayuda de otro grupo se está consiguiendo semillas de camote en otra comarca, que es uno de los productos que han desaparecido de la región, pero que en épocas anteriores se consumía muchísimo”, apunta López. Luego vino la siembra en las cuatro huertas, que en conjunto tienen una superficie de 1.000 m². Las autoridades comunitarias comprometieron su apoyo y ya se prepara otra parcela para sembrar las semillas y se proyecta avanzar con dos más el próximo año.

Rescate

En la primera jornada del taller Sistemas Propios y Recetas Tradicionales se habló de la gastronomía ancestral guna, su origen, su debilitamiento —debido a la presión de la cultura occidental— y el papel clave que tienen las mujeres en la transmisión y preservación de conocimientos.

También se debatió sobre el impacto negativo para la salud el haber dejado la culinaria y agricultura ancestral, que se refleja en la aparición de cáncer, diabetes, hipertensión arterial, insuficiencia renal y desnutrición infantil.



AWEI Y7P
MP TRIPLE CAMERA

Gunas, el segundo pueblo indígena con más población de Panamá

Panamá tiene nueve provincias, 77 municipios, tres comarcas indígenas con categoría de provincias (Guna Yala, Emberá y Ngäbe Buglé) y dos con categoría de corregimiento (Guna de Madungandí y Guna de Wargandí). En el último censo, 417.559 personas declararon pertenecer a uno de los siete pueblos indígenas reconocidos por el Estado: Ngäbe, Buglé, Guna, Emberá, Wounaan, Bribri y Naso Tjërdi (2010), el 12,3 % de la población total.

El guna es el segundo pueblo con más habitantes de Panamá. Tiene 80.526 pobladores, lo que equivale al 19,3 % de la población indígena, y solo es superado por los ngäbe, que son 260.058 y representan el 62,3 % de ese universo.

El gobierno de Guna Yala, donde se realizó el proyecto, está conformado por el Congreso General, órgano dirigido por tres caciques elegidos por una asamblea

general de delegados de las comunidades. Se cree que este pueblo procede del norte de Colombia, desde donde emigró primero a la selva de Darién (Panamá) y luego más al norte hasta asentarse en su ubicación actual.

En 1903, tras la separación de Panamá de Colombia, se produjo una ruptura de su territorio ancestral que se extendía desde Colombia hasta Panamá.

El nombre de este pueblo —cuyo idioma es el dulegaya— pasó las fronteras de Panamá por una de sus batallas contemporáneas. En mayo de 2019 y a días de su lanzamiento, la transnacional Nike tuvo que suspender el lanzamiento de su modelo Air Force 1 Low, diseñado en homenaje a Puerto Rico, ante el reclamo de los gunas de Panamá y Colombia. El fabricante había incluido en el zapato deportivo motivos del arte textil guna.



La fonda por dentro. Todo, a punto para recibir a los comensales.

Se ofreció a las participantes nociones sobre la agricultura tradicional y la eficacia de los bioinsumos orgánicos para controlar enfermedades y plagas de los cultivos.

Otro eje de la capacitación fue el liderazgo, la importancia de que las mujeres sean parte de la toma de decisiones en sus hogares, organizaciones y comunidades.

El segundo día de taller, Brígida Duque, Erunтина López y Milciana López, las tres últimas poseedoras de los conocimientos sobre las recetas tradicionales, transmitieron esos saberes a las aprendices.

Las participantes aprendieron a preparar la inna, un refresco de maíz cuya elaboración toma casi un día entero; el sommi, que es una sopa de maíz cocido en leche de coco y a la que se echa pescado u otras carnes; el sia nis, un platillo a base de maíz molido y cacao, y el aaduwala, un postre hecho con plátano maduro que se bate con maíz molido, se le envuelve en hoja de bijao y se asa a fuego lento.

Desideria cuenta que la alimentación de sus hijos cambió. “Antes

casi todo era arroz, ahora preparo pescado, sommi o sopa de zapallo”.

Capacitación

En el taller de contabilidad básica, indispensable para desarrollar negocios y no fracasar en el primer intento, las beneficiarias aprendieron el control y manejo de la caja chica, cómo elaborar facturas y recibos, y a llevar un registro diario de ingresos y egresos.

Respecto al curso sobre Seguridad y Soberanía Alimentaria en Tiempos de COVID-19, el facilitador expuso las ventajas de diversificar los cultivos con especies nativas, la pérdida de semillas y de los sistemas agrícolas propios, debido también a la crisis climática.

En la segunda jornada, se explicó a las asistentes las medidas de bioseguridad que deben aplicar debido a la pandemia, las que comenzaban a ser dejadas de lado. Se les recordó que tienen que seguir utilizando las mascarillas, continuar con el lavado de manos, el uso de alcohol en gel y el distanciamiento físico.

Respecto a la siembra de los huertos, el grupo de 20 mujeres se di-

“El proyecto ha tenido un fuerte impacto político, social y cultural. Abrió una puerta para seguir (con) la recuperación de estos conocimientos”.

Erunтина López



Las participantes siembran yuca, maíz, otono y plátano.

vidió en cuatro grupos, de cinco personas cada uno, que irán a las parcelas una vez a la semana y en tiempos de cosecha, dos o más veces.

La programación de las actividades tropezó con algunos problemas por las restricciones que aún rigen debido a la pandemia y la falta de coordinación con autoridades de la comunidad para evitar que las acciones comunales choquen con el proyecto.

Perspectiva

López explica que el proyecto tiene proyección y podría extenderse gracias al interés de otro potencial financiador, y a la disposición que mostraron las autoridades indígenas que comprometieron su apoyo.

RMIB-LAC consiguió entablar una alianza con mujeres de otras dos

comunidades guna, que quieren emular el proyecto el próximo año.

Las 20 participantes se plantearon también incentivar a que niños y adolescentes recuperen los utensilios de cocina tradicionales.

Las beneficiarias reconocieron además la importancia de que estos conocimientos sean transmitidos a los más jóvenes y a los educadores, para que la población estudiantil valore la importancia de consumir las semillas tradicionales.

“El proyecto —dice López— ha tenido un fuerte impacto político, social y cultural. Siento que abrió una puerta más para seguir fortaleciendo el conocimiento, la recuperación de estos conocimientos que se han ido perdiendo”.

“El proyecto ha tenido un fuerte impacto político, social y cultural. Abrió una puerta para seguir (con) la recuperación de estos conocimientos”.

Erunтина López



Enxet Sur



Mercadeo en línea, cestería de las mujeres enxet llega al escaparate virtual

En sus manos, las fibras vegetales se transforman en artículos utilitarios, piezas artísticas o conceptuales. Esta destreza es una potencial fuente de ingresos para las mujeres del pueblo indígena Enxet Sur, situado en el Chaco paraguayo. La distancia que separa las aldeas de los centros poblados y lugares turísticos es uno de los escollos de esta actividad que las productoras intentan salvar a través de las plataformas digitales.

La creación del sitio web (<https://organizacion-mismos-indigena.negocio.site/>) y la apertura de cuentas en Instagram (<https://www.instagram.com/ommipy/>) y Facebook (https://www.facebook.com/organizaciondemujeres-mismoindigena/?ref=py_c) tienen ese propósito y son parte de los productos del Proyecto Arte e Identidad Cultural de las Mujeres Indígenas de El Estribo, uno de los 15 que fueron seleccionados en 2021 por el Fondo Internacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC).

A través del fondo concursable Tejiendo Redes, este organismo canalizó recursos donados por las fundaciones Wellspring y Ford para la ejecución de 15 iniciativas productivas con identidad. El Estribo es el nombre de una de las comunidades de este pueblo, divi-

dido en aldeas, ubicada en el distrito Irala Fernández del departamento Presidente Hayes.

La Organización de Mujeres Mismos Indígena (OMMI), de la comunidad El Estribo, decidió dar el salto al e-marketing para potenciar la comercialización de sus artículos, iniciativa que por ahora se desarrolla gracias a la determinación de cuatro voluntarios, tres hombres y una mujer, que rondan los 24 años.

La OMMI, creada en 2003, aglutina a más de 300 mujeres artesanas de nueve aldeas y promueve la participación femenina en espacios de discusión y toma de decisiones, y uno de sus fines es buscar mercados para los productos de sus socias.

“Hace una semana que hemos comenzado —dijo el 29 de octubre el consultor Milner Solano, durante la presentación del informe final sobre el proyecto— y había pedidos de Asunción, llegamos a enviar artesanía, pero no mucha”.

“Las publicaciones han despertado expectativa. Gracias a eso tenemos clientes que se interesan en comprar”.

Gerolly S. Villalba

Los productos expuestos en las tres plataformas no están acompañados por los precios; los potenciales compradores en los artículos expuestos deben marcar un número de teléfono móvil para indagar cuánto cuesta o enviar mensajes internos, en el caso de Facebook y de Instagram.



Canastas que están a la venta a través de las plataformas digitales creadas por el proyecto.

“La recomendación que recibimos de algunos clientes es que pongamos el precio, así el cliente se fija y se anima a comprar. Ahí estuvo la dificultad, no teníamos idea”.

Solano explica que, pese a esta omisión que será resuelta, hay clientes que piden la ubicación del punto de ventas en la comunidad, hasta donde llegan para concretar la transacción.

“La gente tiene curiosidad y vamos a seguir, ya que los jóvenes están yendo a la ciudad de Filadelfia a capacitarse en ventas y turismo comunitario”. Filadelfia es el nombre de la capital del departamento de Boquerón, situado en el corazón del Chaco paraguayo.

Las publicaciones, sobre todo en Facebook, que es la plataforma a la que se ha subido más contenido, han despertado expectativa, coincide Gerolly S. Villalba, de 24 años.

“Gracias a eso tenemos clientes que se interesan en comprar”. A modo de ejemplo recuerda que publicó en Instagram que la cestería enxet iba a ser exhibida en una feria en Asunción, la capital de Paraguay, entre el 12 y 13 de noviembre. “Puse la ubicación y gracias a eso los clientes, las personas, se enteraron dónde iban a estar los productos”.

La cuenta de Facebook fue creada el 21 de septiembre de 2021, un mes después tenía 233 seguidores, lo que no ocurre con Insta-

gram, que al 26 de noviembre tenía tres publicaciones y cero seguidores.

Gerolly estudia en la universidad, es artesana y una de los cuatro voluntarios que abrieron las cuentas de la OMMI en las dos redes sociales citadas y diseñaron su sitio web. El otro resultado del proyecto ejecutado por la organización de artesanas es el perfeccionamiento del tejido en fibras vegetales de 60 mujeres, las que también se capacitaron en derecho indígena, mercadeo y empoderamiento económico, entre otros.

A esto se suma la compra de un motocarro que facilitará el transporte de las fibras vegetales desde el monte hasta las aldeas.

Infierno en el Chaco

Las comunidades Enxet Sur se encuentran principalmente en el departamento Presidente Hayes, en la región del Bajo Chaco, y los habitantes de este pueblo indígena no llegan a 6.000 (Censo 2012).

Vivir de la agricultura en esta región es difícil. “Si llueve todo sale bien”, dice la profesora, dirigente de la OMMI y beneficiaria del proyecto Mabel Solano, de 34 años. Si no, deben soportar la sequía, que chamusca las plantaciones, cuarteas las parcelas y mata al ganado menor.

Desde principios de 2020, el Chaco experimenta la sequía más prolongada de los últimos 50

Una variedad de bolsas hechas por las mujeres enxet.



Nombre del proyecto

Artes con Identidad Cultural de las Mujeres Indígenas de El Estribo-Paraguay

Tipo de proyecto

Artesanía con identidad cultural: producción de artesanía enxet y promoción en redes

Organización proponente

Organización Mujeres Mismos Indígena (OMMI)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

60 mujeres de la comunidad El Estribo del pueblo Enxet Sur

Resultados

- 60 mujeres fortalecieron sus destrezas en el tejido con fibras vegetales
- Intercambio y rescate de saberes sobre las formas de hacer artesanías, conocimientos, los significados de los diseños desde la cosmovisión enxet
- Preservación de la memoria e identidad cultural
- Intercambio intergeneracional de conocimientos

Ficha técnica



años con olas de calor extremo. A este fenómeno se suman los incendios forestales, que en Paraguay arrasaron con unas 312.528 hectáreas (ha) de bosque seco el año pasado, y las consecuencias de la pandemia de la COVID-19.

“Cuando viene la sequía no tenemos casi nada en nuestra comunidad para vender. Ojalá llegue a nuestro pueblo el agua potable. Si llega, va a ser más fácil trabajar”.

La sobrevivencia depende de conseguir ingresos extra. Empujados por esta necesidad, los hombres se emplean en las estancias o buscan trabajo en las ciudades y las mujeres se dedican a producir canastos, bolsas y otros artículos que puedan vender. “Hacemos canastos, bolsos, pulseras, hamacas y collares, usamos carandilla, caraguata, palma y lana de oveja”, explica Mabel.

Sin embargo, cuando la sequía golpea a la región, ni siquiera se puede encontrar la materia prima en el monte. “Cuando llueve tenemos



materia prima, pero en época de sequía no hay, no encontramos nada en el monte”.

Objetivos y resultados

Es en este contexto adverso que se desarrolló el proyecto Arte e Identidad Cultural de las Mujeres Indígenas de El Estribo, cuyo objetivo fue fortalecer la producción de artesanía con identidad cultural, a fin de generar ingresos sustentables a las familias, desde un enfoque de derechos, pertinencia cultural y empoderamiento económico de las mujeres.

Entre los resultados alcanzados, la consultora Lorenza Benítez afirma que 60 mujeres fortalecieron sus destrezas en el arte textil y elaboraron, al menos, dos tipos de artículos para ponerlos a la venta. Además, “las participantes lograron reconocer el valor del trabajo que realizan en el ámbito familiar, en el ámbito comunitario y en el ámbito de la reproducción, así como desarrollar un mayor conocimiento de sus derechos, principalmente el derecho a la participación”.

Entre las actividades desplegadas para alcanzar esos resultados destacan: una reunión de socialización del proyecto y articulación con la autoridad local (intendente), y un taller de fortalecimiento de capacidades, en el que dos consultoras ofrecieron charlas sobre derecho indígena, empoderamiento económico, rol de la mujer indígena en la cultura enxet y el enfoque de género desde la visión indígena.

“El enfoque de género que tenemos varía un poco desde la visión indígena, porque hombres y mujeres tienen una distribución un poco más equitativa del trabajo y existe una mayor igualdad en cuanto a participación comunitaria, aunque en participación política todavía no hay esa igualdad”, dice Benítez.

También se abordó el tema del uso del dinero y del tiempo, la necesidad de no descuidar los controles ginecológicos y la pertinencia de elaborar una estrategia respecto a la participación femenina en espacios mayoritariamente controlados por los hombres.



Artesana explica su proyecto en el taller de intercambio de conocimientos.

Poco más de 5.700 habitantes tiene el pueblo Enxet Sur

Paraguay tiene una población indígena de 117.150 personas (Censo 2012), que pertenecen a 17 pueblos: Mbyá, Ava-Katú, Aché, Pa'í' Tavyterã, Chiriguano (o Guarayo), Guaraní Ñandeva, Sanapaná, Angaité, Enxet, Guaná, Toba Maskoy, Toba Qom, Ayoreo, Chamacoco Nivadé, Choroti y Maká. El 91 % de los indígenas habita en comu-

nidades rurales y se dedica a la agricultura, cría y cuidado de animales, caza, pesca y otras actividades del sector primario. El pueblo Enxet Sur se halla asentado principalmente en el departamento Presidente Hayes, en la región del Bajo Chaco, y su población asciende a 5.740 personas (Censo 2012).

Cestería y e-commerce

Asimismo, se efectuó una jornada de intercambio de saberes entre las artesanas sobre las formas de hacer artesanías, el rescate de conocimientos y los significados de los diseños desde la cosmovisión enxet.

“Las mujeres con experiencia iban enseñando a otras mujeres diferentes tipos de artesanías. Por ejemplo, a confeccionar cestas, bolsas, sombreros, pantallas”.

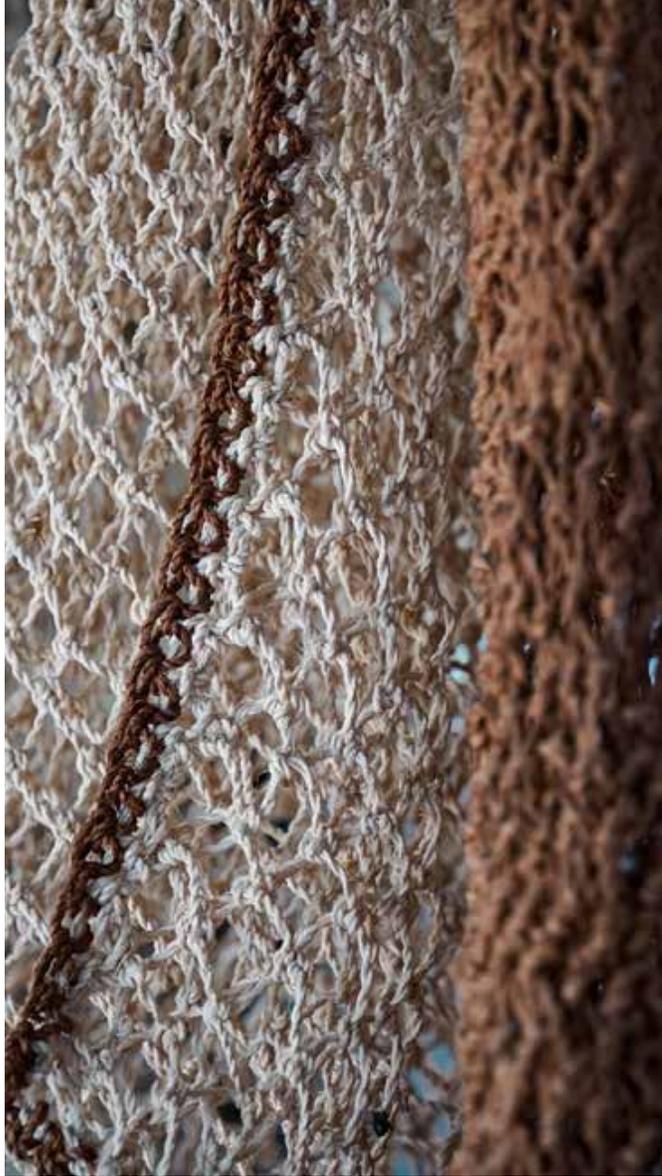
Las enxet trabajan básicamente con dos tipos de fibra vegetal: la caraguata y la carandilla, y utilizan las técnicas del enrollado, trenzado y cosido.

Las 60 participantes también fueron capacitadas en todos los pasos del proceso de teñido de las fibras y de dónde obtener los pigmentos.

“Para la página web de nuestra organización, cuatro jóvenes se comprometieron a apoyar. Son los que más conocen de tecnología”, expresa Benítez.

¿Cuál es la debilidad del comercio en línea que intenta la OMMI? La joven voluntaria sostiene que es la falta de catálogos de los productos y sus precios.

Ninguno de los cuatro jóvenes que asumieron el desafío de colocar el arte enxet en línea tienen



estudios en mercado digital. “No tenemos capacitación, nosotros mismos nos esforzamos, queremos salir adelante”, enfatiza Gerolly.

Tampoco tienen equipos ni acceso a internet gratuito. Las fotografías colgadas en las plataformas digitales fueron tomadas con sus teléfonos móviles y todo el trabajo que hacen es voluntario.

“Estamos luchando para aprender más cosas”, expresa Mabel, quien confía en que, de a poco, la vida de las mujeres de su comunidad irá cambiando; a modo de ejemplo cita la compra del motocarro que hará menos penoso el trabajo de recolección de fibras.

Entre los resultados no esperados del proyecto, Solano menciona la visita de funcionarios del Instituto Paraguayo de la Artesanía, que llegaron hasta El Estribo a documentar –tomar fotografías y elaborar fichas– de los trabajos en fibra vegetal y entregaron cédulas en las que se acredita la condición de artesanas de las participantes.

Entre las dificultades por las que atravesó la OMMI para llevar adelante el proyecto, Benítez cita la sobrecarga de actividades comunitarias, que restó tiempo para las capacitaciones,

aunque la organización pudo sortear este contratiempo haciendo una planificación consensuada con las autoridades indígenas.

El otro problema fue la “burocracia excesiva” del Banco Nacional de Fomento de Paraguay, que demoró la apertura de una cuenta en la cual el FILAC debía depositar los 8.000 dólares estadounidenses de financiamiento. “Tuvimos que hacer gestiones con el nivel central” para allanar este trámite y seguir adelante con el cronograma, recalca.

Retos

La OMMI tiene claros los retos y los próximos pasos que debe dar como organización para mantener, preservar y desarrollar los conocimientos adquiridos.

Entre estos, se propone continuar con el fortalecimiento de capacidades de las mujeres indígenas, sobre todo en el ámbito de la legislación, participación en espacios de decisión y empoderamiento económico.

El informe final también plantea ampliar las actividades o proyectos a otras aldeas y fomentar y dar participación activa a los jóvenes, mujeres y varones. “Los jóvenes esperan eso y tienen mucha predisposición”.



“No teníamos experiencia, hicimos todo lo posible por cumplir con requisitos y lograr objetivos”.

Mabel Solano

Como desafío, la organización se propone recolectar material sobre la historia y el arte del pueblo de Enxet Sur, que será una herramienta de fortalecimiento de su cultura y preservación de su memoria.

El proyecto desarrollado con el FILAC —dice Mabel— es el primero que realiza la OMMI con un organismo internacional. “No teníamos experiencia, hicimos todo lo posible por cumplir con requisitos y lograr los objetivos. Así trabajamos nosotras, luchamos y aprendemos”.



Asháninka





Guardianas de la selva; asháninkas **salvan 28 plantas nativas** y protegen el agua

Elas son las guardianas de la Selva Central del Perú, pertenecen al pueblo Asháninka y son autoras del rescate de 28 plantas nativas, entre alimenticias y curativas, en riesgo. A su influjo, dos comunidades tomaron la decisión de inventariar y proteger sus fuentes hídricas y nombrar “defensores del agua”, un nuevo cargo comunal.

Entre el 2 y el 6 de septiembre, 15 mujeres se internaron en la reserva de Bajo Quimiriki para recolectar las simientes o extraer ejemplares con sus raíces, sembradas en tres parcelas cedidas por la comunidad Shankivironi.

En unos meses, cuando las plantas alimenticias germinen, las participantes del proyecto se repartirán las semillas para plantarlas en sus chacras. Con este método la propagación está asegurada, pero el propósito es ir más allá.

Cuando este ciclo se repita y las plantas vuelvan a reproducirse, compartirán las semillas con mujeres de otras comunidades, anuncia María López, vicepresidenta de la Organización de Mujeres Indígenas Amazónicas Asháninka de la Selva Central (OMIAASEC).

“Queremos recuperar estas plantas y propagarlas a otras comunidades, a otras hermanas”. Según López, ya son ocho las comunidades interesadas en participar del

segundo ciclo del proyecto Mejorando la Economía y la Soberanía Alimentaria de la Mujer Indígena Basada en la Recuperación de Saberes Ancestrales en la Selva Central del Perú.

Toda la información, sistematizada por un biólogo, está plasmada en las 28 fichas botánicas, base de un catálogo para la preservación y difusión de los saberes ancestrales.

Lo que no se compartirá son los “evinkis” y “pinitzis”, semillas y raíces conservadas “celosamente” por curanderos y sanadoras.

El otro eje de esta iniciativa es el inventario de las fuentes de agua y su protección. Después de la reflexión colectiva sobre la escasez de este recurso y sus efectos, las comunidades Shankivironi y San Pedro de Sotani comenzaron el levantamiento de la información y ya nombraron a sus “defensores del agua”. Estas nuevas autoridades comunales tienen la misión de garantizar que los indígenas cumplan los compromisos de evitar la tala cerca de las fuentes hídricas y su contaminación.

“Queremos recuperar estas plantas y propagarlas a otras comunidades, a otras hermanas”.

María López

Concurso

El fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC seleccionó este proyecto como uno de los 15 que en 2021 recibieron un financiamiento de 8.000 dólares estadounidenses donados por las fundaciones Wellspring y Ford.



La entidad ejecutora, la OMIAASEC, es una organización de mujeres indígenas amazónicas de los pueblos Asháninka y Yanesha, es un brazo de la Secretaría de Asuntos Femeninos de la Central de Comunidades Nativas de la Selva Central (CECONSEC). Su propósito es que las voces de las mujeres indígenas sean escuchadas en diversos espacios estatales y comunitarios, y que sus propuestas se conviertan en políticas públicas.

“Nuestras bases son las mujeres de las 80 comunidades de las provincias de Chanchamayo y Satipo, región Junín, que agrupa CECONSEC”, dice la organización.

Perú tiene 55 pueblos indígenas, 51 están en la Amazonía y cuatro, en la región de los Andes.

Los asháninkas son el pueblo amazónico más numeroso. Su identidad se encuentra estrechamente ligada al territorio y su defensa, sostiene la ficha de la Base de Datos Oficial de Pueblos Indígenas de Perú (BDPI), que depende del Ministerio de Cultura. Se calcula que está conformado por 117.955 personas (Censo 2017), a las que se suman los 55.493 que viven en otras partes de este país y se autoidentifican como asháninkas.

Objetivos cumplidos

La OMIAASEC se planteó los objetivos de promover la recuperación de saberes ancestrales sobre la biodiversidad nativa, mejorar sus capacidades organizacionales, fortalecer la auto-

nomía de las comunidades y la protección de sus fuentes de agua, una garantía de seguridad hídrica.

La entidad se propuso la meta de recuperar al menos 20 semillas, plantas curativas y alimenticias nativas de la Selva Central del Perú.

Comunidades y mujeres beneficiadas

Comunidad indígena	N° de beneficiarias
Shankivironi	25
Kimiriqui	3
Churingaveni	2
Huacamayo	1
San Pedro de Sotani	10
Incariado	3
Bajo Aldea	5
Pampa Michi	2
Shintoriato	2
Boca Cheni	2
Waypancuni	3
Impitato	1
San Miguel centro Marankiari	1
Atahualpa	2
San Pascual	3
TOTAL	65

Fuente: Reporte final OMIAASEC

En el balance final, las semillas y plantas rescatadas y sembradas para su propagación son 28: 14 medicinales y 14 alimenticias.

“El proyecto se desarrolló en un contexto de crisis sanitaria, económica y política que atraviesa nuestro país. Sin embargo, la pandemia nos ha vuelto la mirada a la recuperación de nuestros saberes ancestrales y las actividades realizadas nos han permitido fortalecer la conexión con la madre naturaleza”, destaca la entidad ejecutora.

Las plantas sembradas para propagación

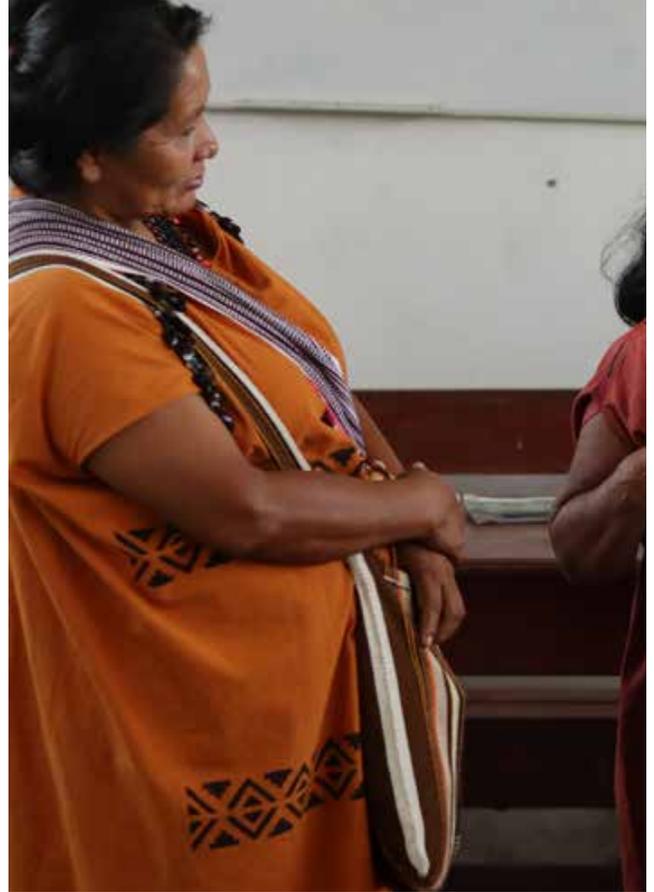
Plantas medicinales:

1. Ajos macho (gripe, tos seca, tuberculosis, covid)
2. Patekina (fortificante)
3. Crotons de la buena energía
4. Nudo, nudo
5. Huaco (paludismo, dengue y covid)
6. Tabaco
7. Chanca piedra (riñones, antiinflamatorio, fiebre)
8. Resentida (anticonceptivo)
9. Algodón rojo
10. Chilko o pega pega (tratamiento para quistes en los riñones)
11. Matico (infecciones urinarias, cicatrizante, covid)
12. Achiote rojo (desinflamación de la próstata)
13. Huampo blanco (riñones, fiebre, dolor de estómago, golpes)
14. Mata palo

Plantas alimenticias nativas:

15. Dale, dale (gastritis)
16. Frijol pitipua
17. Maona
18. Calabacilla o calabaza espinosa
19. Yacón (tubérculo)
20. Pallar (judía)
21. Maíz amarillo
22. Camote morado nativo (tubérculo)
23. Zapallo nativo
24. Pituca (tubérculo)
25. Shapaja (fruto de palmera)
26. Ungurawi (fruto de palmera)
27. Chonta Palmera (fruto palmito)
28. Pan de árbol (similar a la castaña)

Fuente: Reporte final OMIASEC



Para la siembra se implementó una parcela demostrativa —un espacio donde se unen la teoría y la práctica— de media ha (5.000 m²) en el bosque primario del sector San Carlos, de la comunidad Shankivironi. Le llamaron Bosque de los Saberes de la Mujer Asháninka, que ahora es parte del circuito turístico de la comunidad, cuyos atractivos son, además, las piscinas ecológicas y el Mirador del Asháninka.

Plantas medicinales

En un área de 450 m² (30x20 m) construyeron un vivero en el que sembraron 11 clases de plantas y raíces que solo conocen las sanadoras asháninkas, depositarias de los secretos de su uso, que las llaman “pinitzis” e “evinkis”.

“La implementación de una parcela demostrativa de plantas medicinales y alimenticias nos ha permitido conversar con las sabias de las comunidades y valorar las plantas medicinales, los bosques y los ojos de agua, encontrar plantas medicinales y que ellas nos describan cada una. Es entrar a un mundo de saberes que no tomamos en cuenta porque los quehaceres del hogar y la recarga de trabajo nos abruma”, dice la entidad en su reporte final.

“Poco a poco —agrega— caímos en el facilismo de correr a una farmacia, teniendo una farmacia natural en nuestros bosques, que es una despensa natural de saberes”.



Becky Chamorro, de 30 años, cuya actividad principal es la agricultura, da un ejemplo de esa afirmación. Ella cuenta que hace años sufre del síndrome de ovario poliquístico, ocasionado por el desequilibrio hormonal, uno de cuyos síntomas es la irregularidad menstrual.

“He estado años con medicamentos occidentales, nunca me han funcionado; cuando un día fui a la comunidad, me dijeron: ‘Por qué no tomas tal plantita, la combinas con chanca piedra y tomas los primeros días de la menstruación’. Empecé a hacer ese tratamiento y la irregularidad acabó. Esta planta podría servir para ayudar a otras mujeres que sufren de este síndrome”.

Como en la Selva Central del Perú era la primera vez que iban a recuperar, recolectar, sembrar y propagar plantas medicinales, una delegación de ocho mujeres acudió ante la sabia yanesha Teresita Antazu, a quien pidieron consejo sobre cómo organizar el trabajo, qué plantas propagar y cuáles se deben compartir.

Además de las recomendaciones y orientación, Antazu les entregó “ivenkis” y “pinitzis”. Luego, 15 beneficiarias con el proyecto visitaron la reserva Bajo Kimiriki. Allí, con guías y cinco sabias colectaron semillas de plantas medicinales. El tercer trabajo de campo tuvo como escenario el jardín botánico El Perezoso, situado en San Luis de Shuaro, en sus 5.000

hectáreas se calcula que hay 20.000 especies de flora. Esta actividad tuvo el propósito de observar su manejo y trasladar los aprendizajes al Bosque de los Saberes de la Mujer Asháninka.

El intercambio de saberes entre participantes y sanadoras —destaca la organización— se realizó en todo momento, en especial en las tres visitas de campo. Una de las recomendaciones destacadas es: “No debemos permitir que las religiones acaben con nuestros saberes, porque nuestras plantas medicinales también son creación de Dios”, ya que hubo casos de asháninkas que las exterminaron porque para su credo eran “plantas del diablo”.

Plantas alimenticias

La situación de las plantas comestibles nativas era aún más crítica. “La mayoría estaban por desaparecer”, sostiene María López, quien tiene 50 años y siete hijos, y se unió al proyecto porque es parte de la directiva de la entidad ejecutora.

La alimentación asháninka fue desplazada gradualmente y los ingredientes nativos dieron paso a dos productos hoy presentes en casi todos los platillos: arroz y fideo. “Estamos sembrando nuevamente nuestras pitucas, nuestras machonas, nuestros zapallos nativos, nuestros frijoles, tenemos diversidad



Nombre del proyecto

Promoviendo la Recuperación de las Prácticas y Saberes Ancestrales de las Mujeres Indígenas de la Selva Central del Perú.

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria y medicina tradicional: recuperación de conocimientos, plantas de especies nativas curativas y alimenticias de la biodiversidad amazónica “conservación in situ” y elaboración de un catálogo de especies nativas

Organización proponente

Organización de Mujeres Indígenas Amazónicas Asháninkas de la Selva Central (OMIAASEC)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Beneficiarias

65 mujeres de nueve comunidades asháninkas

Resultados

- Rescate de 28 especies de plantas nativas curativas y alimenticias
- Una parcela demostrativa de 5.000 m², denominada el Bosque de los Saberes de la Mujer Asháninka
- Un vivero de 450 m² en el que sembraron 11 clases de raíces y plantas conocidas solo por las sanadoras
- Una parcela de 1.350 m² en la que plantaron especies alimenticias nativas
- Intercambio intergeneracional de conocimientos
- Alianzas con organizaciones que le dan sostenibilidad al proyecto
- Catálogo biológico de las especies recuperadas
- Dos acuerdos territoriales sobre el agua
- Nombramiento de defensores del agua en dos comunidades



de frijoles. Antes, el arroz y el fideo estaban reemplazando a nuestros alimentos y ahora va a ser al revés”, afirma la dirigente, quien es agricultora y también artesana.

“Ya tenemos sembradas (en la parcela demostrativa) la mayor parte de nuestras plantas, dos de cada variedad. Esto fortalece nuestra canasta familiar y también a la comunidad porque vamos a compartir con otras mujeres para que también puedan sembrar. Nuestra idea es propagar, sembrar y enseñar a otras comunidades para que tengan sus plantas y puedan alimentarse de ellas”, agrega la dirigente.

Para las plantas nativas que crecen al aire libre, como moanas, pallares, maíces nativos, frijoles, pitucas y otros, que cuando se reproduzcan serán distribuidas entre las socias, se habilitaron 13.500 m² también en el sector San Carlos.

La siembra se hizo con luna llena, ya que este pueblo indígena aplica el calendario lunar en la agricultura, con la guía y asesoramiento de dos técnicas agropecuarias que son también socias.

El proyecto concluyó el 29 de octubre de 2021, pero este fin es un nuevo comienzo para la OMIAASEC. La iniciativa despertó el interés del programa de ayuda de las iglesias protes-



Fin del proyecto, las participantes se toman una fotografía para el recuerdo.

Los asháninkas son el pueblo amazónico más numeroso de Perú

Los asháninkas son el pueblo indígena amazónico más numeroso del Perú. Vive en 675 comunidades de la Selva Central y, según el Censo de 2017, son 117.955. A estos se suman los 55.493 habitantes de diversos puntos de este país que se consideran parte de este pueblo indígena.

Su lengua, el asháninka, pertenece a la rama del arawak y su territorio abarca la selva alta

y baja de los departamentos de Ayacucho, Cusco, Huánuco, Junín, Pasco y Ucayali. Según el artículo Pasado y presente del pueblo Asháninka, publicado en 2019, el territorio de este pueblo indígena ha sido depredado por colonos no indígenas, que han hecho desaparecer gran parte del bosque por lo que ahora los indígenas tienen pocos espacios para la vida tradicional.

tantes de Alemania Pan Para el Mundo, que comprometió su apoyo para ampliar el vivero de plantas alimenticias para su propagación a ocho comunidades. A esto se suma la implementación de dos piscigranjas y la capacitación para las mujeres.

La municipalidad distrital de Perené ofreció realizar un video promocional del Bosque de los Saberes y el Fondo de Acción Urgente de América Latina y el Caribe (FAU-AL) aprobó un financiamiento para promoverlo, aprobar dos estatutos comunales y dos planes de vida, actividades programadas para los próximos nueve meses.

Gobernanza del agua

La organización de mujeres se planteó también fortalecer sus capacidades en la gestión políti-

ca de protección de las fuentes de agua, a partir de la aprobación de acuerdos territoriales en tres comunidades indígenas.

“A través de talleres de gobernanza territorial se ha logrado visibilizar la importancia de proteger las fuentes de agua, de incorporar en los estatutos comunales el nombramiento de los defensores de los ojos de agua”.

La OMAASEC también promovió acuerdos territoriales destinados a la conservación de los bosques y al levantamiento de un inventario de los ojos de agua.

Los acuerdos territoriales del sector San Carlos, de la comunidad de Shankivironi, donde existen al menos 30 fuentes de agua, con-



Participantes con sus hijos en la siembra, el nombre de la planta en español y en su idioma.

sisten en no talar alrededor de las fuentes de agua y nombrar “defensores” a tres indígenas: Jaime Quicha, Teodoro Casanto y Enrique Casanto, quienes tienen la misión de vigilar que los indígenas cumplan sus deberes de reforestar y no talar alrededores de los ojos de agua.

En San Pedro de Sotani los nombrados son Zoila Aco y Roni Elías, quienes estarán dos años en el ejercicio de ese cargo y se encargarán de vigilar la única fuente hídrica de la comunidad.

Como parte del proyecto, el área que circunda las ocho fuentes de agua en San Carlos fueron reforestadas con 320 plantines.

Capacitaciones

La entidad ejecutora también llevó adelante el taller Economía Indígena para la Sostenibilidad de la Vida, en la que participaron 23 socias.

“Se ha logrado visibilizar la importancia de proteger las fuentes de agua, de incorporar el nombramiento de los defensores del agua”.

OMIAASEC

La agenda de la economía indígena “tiene que ver con la forma en cómo sostenemos nuestros medios de vida, qué está sucediendo con nuestros territorios, qué tipo de economía queremos, el cambio de paradigmas entre la visión indígena y el desarrollo occidental que destruye”, dice el reporte final.

El taller Introducción a la Estrategia Económica y Política de la OMIAASEC apuntó a recoger elementos para el diseño de una política pública que reconozca la economía, la soberanía alimentaria, la recuperación de saberes, teniendo en cuenta el rol central de las mujeres y la defensa territorial.

López destaca que, en uno a dos años, las beneficiadas directas deberían tener lo suficiente en sus parcelas para el autoconsumo e incluso llegar a los mercados con los excedentes y pone su confianza en ello.



Uwotitja



Juventud uwottuja se abre paso con la **gastronomía fusión** y el gusto de la selva

La gastronomía fusión y la producción artesanal de mermeladas y salsas picantes con productos amazónicos son una esperanza para la juventud uwottuja, que huyó de su territorio ante la presencia de grupos armados que protegen a la minería ilegal y se asentó en Puerto Ayacucho, capital del estado venezolano de Amazonas.

Este es el horizonte que abre el proyecto Mujer Uwottuja: Sabiduría y Vida, ejecutado entre agosto y octubre de 2021 por la Organización de Mujeres Indígenas de Autana (OMIDA).

Esta iniciativa fue seleccionada por el fondo concursable Tejiendo Redes del FILAC, que en 2021 canalizó 8.000 dólares estadounidenses a 15 proyectos productivos de mujeres indígenas. Los fondos fueron donados por las fundaciones Wellspring y Ford.

El objetivo de la iniciativa fue “aumentar las capacidades técnicas y económicas de 23 familias uwottujas en el estado Amazonas a partir del comercio de productos amazónicos obtenidos con prácticas ambientalmente sostenibles”, explicó Amalia Conde, coordinadora general de OMIDA, durante la presentación de resultados.

OMIDA trabaja desde 2007 en la defensa de los derechos territoria-

les de los indígenas, los derechos de la mujer indígena, la promoción de medios de vida ambientalmente sostenibles y la economía indígena.

Novedad

Entre los productos elaborados de forma artesanal y cuyos empaques mejoraron debido al proyecto sobresale la catara, que es una salsa picante a base de las colas de un tipo de hormigas de gran tamaño, llamadas “bachacos” que se cocinan en zumo de yuca y especias.

El mañoco es una harina granulada de yuca brava o yuca amarga que es venenosa si se la consume cruda. Para producir el mañoco se ralla su raíz, se la deja macerar por un día y luego se la exprime y se la seca al fuego, por lo que toma una textura crujiente. Este producto se usa como espesante y da un sabor ligeramente amargo a los preparados.

En esta lista también está el casabe o pan de mandioca sin levadura que se cuece en un budare, que es una plancha de metal o de arcilla, el ají molido y las mermeladas de copozú, manaca o azaí, túpiro (un híbrido entre tomate y berenjena) y piña.

Si este circuito funciona, también beneficiará a las comunidades indígenas que ya proveen los productos de sabores exóticos. La expectativa es alta, se espera que

“Estamos trabajando con productos (de) diferentes comunidades. Hay un día que vienen a vender a la zona urbana y ahí nosotros nos proveemos”.

María Arana



Limpieza comunitaria del terreno de OMIDA donde se sembraron 400 plantines.

cuando los productos artesanales tengan una marca colectiva, su presencia en el mercado se consolide.

“Actualmente estamos trabajando con productos que tienen diferentes comunidades. Hay un día que vienen a vender a la zona urbana y de ahí nosotros nos proveemos para hacer nuestros productos”, dice María Arana, de 28 años, soltera y con dos hijos.

“Hemos planeado crear una etiqueta, hacer una sola marca y trabajar en conjunto, agrega” .

De los 23 jóvenes beneficiados, entre los cuales hay tres varones, 16 residen en el área urbana de Puerto Ayacucho y cinco aún viven en sus comunidades en Alto Carinagua y Caño Grulla.

En el Estado de Amazonas existen 51 pueblos indígenas que representan menos del 3 % de su población, de 24,88 millones de habitantes.

Metas

Para cumplir el objetivo, OMIDA propuso fortalecer las capacidades técnicas y económicas destinadas a incrementar la producción; generar valor agregado a los productos artesanales mejorando la calidad de los envases y su presentación, y reforestar media hectárea con 400 plantas nativas amazónicas.

La primera meta se cumplió. Los 23 participantes recibieron un curso de Manipulación

de Alimentos, que les permite ahora trabajar como emprendedores en el sector de la gastronomía.

“Aprendimos a esterilizar las botellas antes de vaciar la catara”, comenta Mónica Santos.

Además, 15 pasaron el curso teórico-práctico de cocina básica del Instituto Culinario de Investigación Amazonas (ICIA) —carga horaria de 80 horas— para mejorar sus técnicas culinarias, capacitación que concluyó con la preparación de 32 productos de repostería con el sabor de la Amazonía; el proyecto suministró los ingredientes para la muestra.

Los aprendices prepararon cascos de túpiros en almíbar, dulce de túpiro, licor de túpiro, dulce de piña, ruedas de piñas en almíbar, tres leches de copoazú, crema pastelera de túpiro, bizcochuelo relleno de guayaba y arazá, torta de yuca dulce y pan piñita.

También bombones de chocolate, pan salado, pan baguette, pan de jamón, quesadilla, queso de copoazú, suspiros, arroz con leche, craqueladas de chocolate amazónico, torta de auyama, torta de chocolate, pan rústico de mañoco, masa sable, galletas de frutos secos, pasta de guayaba, conserva de coco, pan relleno de túpiro, pan relleno de chocolate, pan dulce, torta de cambur, torta fría de arazá, torta fría de túpiro, antipastos y bruschettas, panquecitos de copoazú.



Nombre del proyecto

Mujer Uwottuja: Sabiduría y Vida

Tipo de proyecto

Soberanía alimentaria, transformación de yuca, ají y frutas amazónicas

Organización proponente

Organización de Mujeres Indígenas de Autana (OMIDA)

Financiamiento

8.000 dólares estadounidenses

Donantes

Fundaciones Wellspring y Ford

Otros

Manos Unidas
COICA
Land is Life
ORPIA

Beneficiarias

23 personas y sus familias

Resultados

- 23 familias uwottuja capacitadas para fortalecer sus emprendimientos indígenas
- 15 mujeres y jóvenes uwottuja formados en cocina básica en el Instituto Culinario de Investigación Amazónica
- Nuevos empaques para los productos amazónicos transformados
- Siembra de 400 plantas nativas comestibles
- Mujeres empoderadas económicamente
- Intercambio intergeneracional de conocimientos
- Articulación entre organizaciones para conclusión exitosa del proyecto
- OMIDA cuenta con una caja de ahorro y crédito para los beneficiarios, con fondos donados por la COICA y Land is Life



Mónica fue de esta partida. “Varias personas fueron a observar la clausura y nos dijeron que les gustó lo que cocinamos, que en eso había que trabajar”. De hecho, tanto ella como María se dedican a elaborar tortas, que según dicen tienen alta demanda.

OMIDA estableció que este grupo no contaba con los equipos básicos para trabajar desde su casa. Por ello puso a su disposición una cocina equipada para la transformación de los alimentos, que es de uso común.

El organismo no gubernamental español Manos Unidas aportó un capital de inversión para la adquisición de equipos y maquinarias para el procesamiento de alimentos de la Escuela Gastronómica Uwottuja y uniformes de cocina, reportó la organización.

En cuanto a la mejora del empaque, se entregó a los 23 participantes para su comercialización bolsas de 45 kilos para el maíz, 20 botes de mermeladas y frascos para la catara: 10 de 200 ml, 10 de 300 ml y 10 de un litro.

Se compraron 1.000 envases de vidrio con tapa de metal, 900 empaques transparentes con válvula en la tapa, 800 con cierre, 900 bolsas plásticas gruesas y 1.000 bolsas de papel Kraft. “Vendemos mermeladas y salsas en la tienda,



la mayoría de las personas que estamos en este proyecto estamos vendiendo tortas, mermeladas...”, explica Mónica.

En este resultado también fue incluido un taller de capacitación en asesoría comercial, estructura de costos y acceso al mercado local. “Aprender a sacar los precios, valorando su mano de obra y tiempo de dedicación, también es complejo porque los beneficiarios no tienen conocimientos de contabilidad”, dice la entidad ejecutora en el documento final.

“Nos han enseñado a hacer la estructura de costos. Nosotros no sabíamos y, prácticamente, regalábamos nuestros productos, nuestros trabajos, pero esta formación nos ha enseñado a ponerle precios”, destaca María, quien abrió una pequeña tienda en la capital del estado de Amazonas en la que vende su repostería.

En lo referido al resultado tres del proyecto, los 23 beneficiarios y sus familias participaron de jornadas colectivas de trabajo (minga), en la limpieza, preparación del terreno y siembra de 400 plantas nativas en un terreno degradado de OMIDA, localizado en Caño Carinagua.

La siembra se adecuó al calendario ecológico uwottuja y los aprendices plantaron 250 ejemplares de manaca o azaí, 15 cejes y 15 guamas

(fruto similar al pacay), 20 copoazús, 10 plantines de merey (anacardo o cajú), ocho de pijigao (palmera de la que se extrae el palmito), 10 de temara, siete de cocura (que produce uvilla o uva de monte), 35 de topocho (un tipo especial de plátano) y 30 de yuca amarga. Durante la siembra, las abuelas les transmitieron sus conocimientos sobre el calendario ecológico y la agricultura. OMIDA destacó que se restauró el terreno con especies comestibles y frutales.

Al finalizar el proyecto, María expresa que el reto que tienen por delante es difícil. “Nosotros, como organización no tenemos todo ese apoyo, hemos decidido trabajar desde nosotros mismos, buscar alternativas para expandir (estas pequeñas iniciativas), para llegar a todo el estado de Amazonas y, más adelante, a todo el país”.

Capital semilla

El poco apoyo en capital semilla para que cada familia inicie sus emprendimientos fue destacado como uno de los principales obstáculos por Amelia Conde.

Sin embargo, OMIDA gestionó recursos ante la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) –Perú, Ecuador, Bolivia, Colombia, Brasil, Guyana, Gu-



Una mujer explica las características de la planta durante el proceso de siembra.

Minería ilegal amenaza el territorio uwottuja

La minería ilegal ha invadido el territorio del pueblo indígena de Uwottuja, estado de Amazonas. Hasta hace poco, a este pueblo indígena, que vivía en semiaislamiento, se lo llamaba Piarona, aunque ellos optaron por la denominación de Señores de la Selva: Uwottuja.

En 2017 este pueblo indígena, uno de los 52 que reconoce el Estado venezolano, tenía 19.293 habitantes, quienes sufren los efectos de la actividad minera ilegal y el

amedrentamiento de las bandas armadas que protegen la minería ilegal.

Su subsistencia está basada en el cultivo de rotación, la cacería, la pesca y la recolección de vegetales silvestres, arañas, orugas, lombrices, bachacos, termitas y larvas.

El pueblo de Uwottuja tiene dos organizaciones representativas: del pueblo Uwottuja de la cuenca del Cataniapo y otra del pueblo Uwottuja de la cuenca del Sipapo. Ambos ocupan una superficie 1.450.000 ha.

yana Francesa, Surinam y Venezuela—, y Land in Life, coalición internacional que trabaja en la promoción de la autodeterminación y los derechos colectivos indígenas.

Gracias a esa colaboración, “OMIDA cuenta con una caja de ahorro y crédito para los beneficiarios, para fortalecer los emprendimientos indígenas, para que cada familia tenga un ingreso económico permanente y así mejorar las condiciones de vida como alimentación, salud, educación y transporte”.

La Organización Regional de los Pueblos Indígenas del Estado Amazonas (ORPIA), la entidad matriz de OMIDA, cedió además un quiosco en Puerto Ayacucho para que los beneficiarios del proyecto puedan vender sus productos.

Aprendizajes y retos

OMIDA destacó la necesidad de realizar la formación permanente en la gestión de em-

prendimientos, es decir producción, comercialización, empaques, marcas y de buscar alternativas ante la minería ilegal. También destacó las ventajas de la articulación organizativa, en referencia al quiosco cedido por ORPIA y la motivación de las familias en la preservación de especies nativas, que se puso de manifiesto en las jornadas de limpieza, preparación del terreno y siembra.

En cuanto a los retos, la organización ejecutora aseguró la sostenibilidad del proyecto, del que manifestó que “ya es un compromiso de la junta directiva de OMIDA y las familias”.

El empoderamiento de mujeres y jóvenes para desarrollar sus emprendimientos y la necesidad de que aprendan a desenvolverse en un mercado volátil, la necesidad de aumentar la producción de cada familia, la formación en gestión y el desarrollo de una marca colectiva fueron otros desafíos citados por esa entidad.

